A woman is shown from the chest up, wearing a black corset with a red lightning bolt graphic on the side. She has long, dark, wavy hair. The background is dark and textured.

PERMÁS erveersa

Sheila Maldonado

MÁS PERVERSA



SHEILA MALDONADO

INDICE



[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

CAPÍTULO 25

Todos los derechos reservados

Copyright©2019Sheila Maldonado.

Diseño de cubierta: Pixabay. Imagen con derecho a reutilización.

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: Marzo 2019, versión digital.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia, sin previa autorización del Autor.



SINOPSIS

Frederick Valverde, famoso escritor, lleva una doble vida. Casado con la aristocrática Marlene, y amante de la mejor amiga de esta, Claudia, con la que mantiene desenfrenadas sesiones de sexo duro. La madre de Marlene, Joanna, interviene para delatar al infiel marido de su hija, pues ha sorprendido a Frederick en una de sus visitas a un club nocturno muy selecto para exquisitos de experiencias eróticas de diversa índole en el mismo Nápoles.

Frederick descubre quién es realmente Joanna, su suegra, en esa escapada a Italia con Claudia, sorprendiéndola en ciertas actividades poco recomendables para una señora de su condición social y sufre una encerrona en las mazmorras de las ruinas de un castillo por parte de esta al ser descubierta. Pronto saldrá a relucir el pasado de Joanna, algo oscuro se esconde en la vida de jovencita que tuvo en Nápoles, su ciudad natal y por fin se desvelará la verdadera historia de cómo conoció a Alfred Montalván, el supuesto estudiante madrileño con el que se casó.

Tras el divorcio solicitado por Marlene, al enterarse de los escarceos de su marido, Frederick se centra en la escritura, dejando aparte los negocios y en un Congreso de Literatura Hispanoamericana conoce a una bella azafata, Alina, la mujer que avivará su inspiración en su nueva faceta literaria: la erótica, en la que despliega todas las fantasías vividas y por experimentar. Alina acabará convirtiéndose en toda una experta en el arte de la perversión, al ser la mujer que destapa el monstruo que vive dentro de la mente de su querido escritor.

La musa poco a poco reflejará en la realidad lo que ha inspirado en la imaginación del artista que la descubrió.

CAPÍTULO 1

Mazmorras del Castello del Carmine, Nápoles

La oscuridad se pelea con los fantasmas que rondan la mente de Frederick Valverde, pugnando por llevárselo al mundo de las sombras.

Ahora no está sentado en su escritorio donde las letras batallan por dar en el blanco de sus ideas, tampoco está entre sábanas de arriesgadas tentaciones junto a su amante Claudia y sus acompañantes, ni siquiera haciendo el papel de esposo de Marlene, la mujer mármol que forma parte del mausoleo de una vida aristócrata y superficial.

Los botones de su camisa se rompieron al forcejear con los esbirros de Joanna para intentar escapar de sus zarpas. Fue imposible. Tenían la fuerza de dos titanes recién salidos al circo de los gladiadores. De un solo puñetazo le derribaron hasta perder el control y fue presa cazada. Después le ataron contra uno de los muros de esa antigua prisión. La frialdad se le mete en los huesos y no puede acurrucarse, tiene los brazos estirados hacia arriba, abierto de par en par con las muñecas sujetas a unas argollas, no se puede mover con libertad. Sus pantalones de vestir están manchados de polvo. *¿Desde hace cuánto tiempo que nadie ha bajado aquí a limpiar?* Parece un almacén clandestino para guardar las mercancías que quieren ocultar, armas, o como ahora, encerrar a quienes obstaculizan su camino por las andaduras de crímenes y delitos.

De su labio partido aún brotan pequeñas lágrimas de sangre, tiñendo de rojo parte de la rasgada camisa.

Por una minúscula ventana situada a cuatro metros de altura de las lóbregas paredes de piedra sucia, desgastada y enmohecida, entra a duras penas la tenue claridad de un rayo de luna.

¿Quién le iba a decir que aquel viaje iba a ser la puerta a los infiernos?

Ahora debería estar probando el néctar de la pasión en el cáliz de la fogosa Claudia, hundiéndose entre sus piernas, delirando en un frenesí de caricias y besos ardientes.

Claudia le destapa sus fantasías, las libera haciendo que la vida sea más llevadera. No sabe cómo desapareció de su vista en los últimos momentos previos al aturdimiento que le destinaron a este encierro.

Tiene mucha sed, lleva así cinco largas horas y lo último que refrescó su garganta fue la copa de *Chardonnay Pinot Noir* con la que brindó por una prometedora velada en el “*Vanity*”, el club napolitano más selecto de los amantes de perversiones sexuales.

Lo empieza a ver todo borroso, y como en una espiral se va sumergiendo en una vorágine de imágenes que mezcla sucesos pasados, como en una pesadilla, con secuencias fantasmagóricas que surgen de su más profundo subconsciente.

Recuerda, entre vahídos de memoria confusa, la figura de su padre, músico fracasado, y se ve a sí mismo que está siguiendo su camino, se está perdiendo en el remolino de los vicios y placeres mundanos. Tiene flashes que le vienen a la mente y se repiten sin cesar, atormentándole: En casa del que podía haber sido un célebre pianista, hay unos hombres agolpados en una masa carnal desenfrenada que se acoplan formando un collage de lo más surrealista. Hombres copulando con hombres, mujeres succionando miembros masculinos que ni siquiera saben a quién pertenecen pues llevan los ojos vendados, chasquidos de látigos contra la piel de torturados hombres que deambulan a cuatro patas por la sala, y ese olor a cera de velas que no es precisamente evocador de afanes religiosos, sino de prácticas al límite de lo soportable, susurros de placer, gemidos de excitación, alaridos de rabia y satisfacción a la vez.

Se imagina escribiendo en un libro lo que extrae de esos momentos, su afán literario quiere plasmar todo lo que le produce impacto y aún bajo los efectos de alguna droga que le hayan puesto, va formando frases que quedan

suspendidas esperando a ser leídas:

“Son locuras representadas en cada figura masculina o femenina que se desatan, adoptando el rol de dómina, sumisa, señor, amo o sumiso, conduciendo a la catarsis que desahoga sus traumas. No les ha servido de nada ir al psiquiatra, necesitan sentirse siervos, esclavos, dominados por otro que represente el Dios que les ajusticie y les condene. O, por otro lado, necesitan soltar sus imperiosas ganas por humillar, maltratar, someter a otro u otra y recuperar así la confianza en sí mismos.

Es el teatro de la liberación.

Los monjes que se flagelan saben el efecto que esas tiras de cuero producen sobre su magullada y sangrienta piel, limpian su conciencia con un castigo que para ellos proviene de lo divino. El alma liberada, absuelta por fin de sus pecados, recobra la capacidad de ser digna de alzarse entre los que guardan las puertas del Cielo.”

Vuelve a recobrar la consciencia. Deja apartado su libro imaginario y se centra en su estado físico, que le pide atención.

Sus muñecas están inflamadas, hartas de sujetar la tirantez, sus piernas desfallecidas de tanto rato de pie, No sabe cuándo vendrán a traerle un poco de agua porque comer no podría,

Oye unos pasos y se sostiene contra el muro atento a ver quién es.

Es un hombre corpulento, lleva barba espesa y larga, parece más bien un oso, pues asoma una gran mata de pelo de su escotada camisa negra. Es dantesco, sus ojos están tintados de negro haciéndole parecer aún más siniestro. En su cabeza lleva un pañuelo negro atado tipo corsario, marcando su rudeza y los pantalones negros de cuero ceñidos, hacen gala de sus mastodónticas piernas. Botas tipo cowboy negras con tachuelas y ya solo faltaría el ojo tapado y la pata de palo para ser el puto amo de los piratas.

Con su voz grotesca, se presenta, sosteniendo un cuenco con algo que parece agua. *Ni que fuera a sacar al preso después a mear por las esquinas...*

—Toma, bebe, tienes que salir dentro de un rato. —Parece que tiene un ápice de humanidad. *¿O se limita a cumplir órdenes?* Por la fonética tan fuerte es un auténtico italiano del sur.

—¿A dónde me llevan? ¿No van a soltarme ya? —Freddy le mira pensando que sigue alucinando... en su lienzo imaginario le describe como al *Hulk de los océanos*.

—No, ¿qué te has pensado? De aquí nadie sale... a no ser que sea con los pies por delante. —el muy cabrón se ríe y aunque los pelos se le metan en la boca se nota que le faltan dientes delante, *claro, por eso la barba y los bigotes, para ocultar la penosa dentadura*.

—Dile a Joanna que pagará por todo esto, la voy a hundir y se va a pudrir en la cárcel. —*Ahora Freddy es un justiciero vengador, escupiendo sangre antes de dejar que le llenen la boca con a saber qué sustancias*.

—No la conoces si dices esto... más vale que te calmes y actúes bien, —*amenaza el mastodonte tirándole el agua a la cara con cara de asco*—, porque de lo contrario, —*mirando al suelo y negando con su cabezota*—, tu final será muy desagradable, créeme, sé de lo que hablo.—*Le apunta con el dedo como si le disparara*—, He visto a muchos arrogantes rogar clemencia a la señora, no vas a ser tú menos, patán.

¿Actuar bien? ¿Qué es esto? ¿Una película porno o qué?
—elucubraciones de Frederick que no atina a saber de qué va todo eso.

—Vamos, tú también estás implicado en esto, sácame de aquí y te protegeré. —Ahora nuestro escritor intenta pillarle al carcelero barbudo el *talón de Aquiles* de la compasión y la “sensatez”. (*Ardua tarea sería esa*) y le propone: —Tengo amigos que pueden conseguirte otra identidad y podrás rehacer tu vida. Estás a tiempo de librarte de lo que te espera cuando todo esto salga a la luz. —Su mirada fija e intensa bajo el ceño fruncido y una voz de sentencia y *muy señor mío* intentan convencer al siervo de la víbora Joanna.

—Yo soy fiel a mi señora. No has debido inmiscuirte en sus asuntos, has sido un cretino. —Y se aleja dándose la vuelta, exhibiendo su ancha espalda y

un culo redondo que parece querer estallar de su ajustado pantalón.

—Si te parecen sus asuntos estafar a las organizaciones solidarias y quedarse con las donaciones... me creo que alguien debería haber hecho algo mucho antes. —dice Freddy como para sí, pero el carcelero lo escucha y retrocede tres pasos sin girarse.

—Pero hasta ahora nadie lo ha destapado, por algo habrá sido, —y se detiene aún de espaldas—. ¿No te lo has planteado, miserable entrometido? —su enorme cuello gira 90° y mira a Freddy de reojo.

—Yo no me vendo, eso es lo que me diferencia del resto de los que están metidos en todo ello. A mí no me convencería un fajo de billetes, antes preferiría ser un muerto de hambre que vivir a costa de engañar a la gente necesitada, nunca negociaría con un asunto en el que está involucrada la pobreza. Eso es de miserables y cretinos...

—Si me estás llamando miserable por ayudar a levantar un imperio de la nada, adelante. Antes muchas familias no tenían más que pan duro para echarse a la boca, las hijas se veían obligadas a prostituirse para llevar dinero a casa, los hijos metidos en clanes mafiosos, robando, delinquiendo, y ahora míralos, con sueldos dignos, llevando los negocios de la señora... ves a sus hijos estudiando en buenos colegios, tendrán un porvenir... Ella me sacó de la miseria, se encargó de hacer justicia con los que mataron a mi hermano, pagó mis deudas y me permite servirla, que para mí es un gran honor. —confiesa desde la distancia, esperando que alguien más le oiga, *es como un discurso que tiene grabado y se expresa automáticamente.*

—Si ha utilizado la inteligencia para estafar, también la podría haber usado para crear empresas legales, pero eso supone mayor sacrificio. —Afirma el encadenado mirando hacia arriba, *él también espera que alguien le oiga y le dé la razón*—. Y usted también podría haber escogido otro trabajo, “quien busca encuentra”.

—Sí, claro, algo digno y con esfuerzo, como el tener que levantarse a las 6 de la mañana para ir al puerto y cargar de los barcos a los camiones—,

parece que es lo que más odia—... como hacía mi pobre padre que se rompió la espalda para malvivir...— *ahora levanta una mano y alza más la voz*—... o mi difunto hermano, —*mira a un lado esperando verle en sus recuerdos*—, al que se cargaron para quitarle el puesto de chófer en una empresa de transportes... esto es la ley de la selva, amigo. O estás con los depredadores o te devoran.

—Nunca se me hubiera pasado por la cabeza quitarle lo que gente bondadosa dona a los pobres, eso es indigno. —Vuelve a escupir, el corte del labio vuelve a sangrar cada vez que habla—. Pero tú ya estás envenenado por ella, y tu única vacuna será la cárcel. —El barbudo se lanza a decirle cuatro cosas más que le acaben de callar, *ya se le acabó el repertorio y tocarían los mamporros*...

Aparece ella, Joanna, la madre de Marlene, su mujer, la dama digna que todos piensan que es en Madrid, golpeando con los tacones de sus botas altas el suelo de piedra, retumbando el sonido por todas las paredes de la mazmorra.

Se quedan un rato mirándose. —Se podría cortar el aire, *hay tensión a patadas*. —Ella suspira y taconeando el pie derecho como si quisiera sacarse una piedra de la bota, le fastidia haber tenido que apresarle.

Tenía su vida perfectamente controlada y ahora se ha mezclado todo, la noche y el día, la luz y la oscuridad, la verdad y la mentira. —masculla para sus adentros el escritor, sin poder evitar seguir narrando la situación.

Lleva un vestido largo medieval escotadísimo, un ceñido corpiño negro con tiras de cuero en el medio, semi ocultando parte de sus agraciados y blancos senos, ajustado a la estrecha cintura y con algo de vuelo en la parte inferior, salpicada la falda con diminutos cristales cosidos a la tela, emitiendo destellos cada vez que un rayo de luna los atraviesa. —*Demuestra un gusto gótico que nunca hubiera imaginado*. —piensa él.

Un gato negro la sigue, se arrima a ella arqueándose para rozarse a su dueña. *Sólo falta el cuervo, pero eso dejémoslo para Allan Poe*.

A sus 45 años se conserva fantásticamente; su piel está tersa como la seda, fruto de sus frecuentes visitas a los centros de belleza, sus ojos rasgados recuerdan a las estrellas de Hollywood, proyectando glamur y elegancia además de exotismo. Las piernas se adivinan largas y escandalosamente esbeltas, surgiendo de las aberturas a los lados de la falda. Las ondas de su cabello color chocolate se acoplan al perfil de su rostro y caen con mimo hacia los hombros tentadores y radiantes. Sus manos están enfundadas en guantes negros hasta la mitad del brazo.

Emite luz, pero esa clase de luz que enfoca el peligro. —sigue describiéndola Freddy en su relato mental.

Ahora está demostrando lo que llevaba mucho tiempo escondiendo a toda la sociedad madrileña, a él y a su hija Marlene.

—*Se ha caído el velo del misterio que rondaba a esa extraña mujer, a la que todo le parece insignificante e imperfecto.* —puntualiza mentalmente.

—Joanna, ya está bien de representar el papel de *Dómina*, ¿no crees que estás llevando todo esto demasiado lejos? —Freddy no quiere creerse que va de veras lo de torturar gente.

—No hubieras metido las narices donde no debías, Freddy. —Dice sensualmente Joanna, dirigiéndose a él—: Siempre has sido la piedra de mi zapato, desde que te metiste en nuestras vidas he querido quitarte de en medio no sabes cuántas veces, y de qué manera.— ella extiende uno de sus brazos, señalando al aire en círculos como para ver en una pantalla digital todo lo que tramaba—. Si hubieras respetado a mi hija te habría llegado a aceptar, todo por ella y su felicidad, pero ahora que veo cómo la vas a destruir... prefiero verte muerto antes que Marlene sea una desgraciada.

—Ella no tiene por qué saber nada de lo que has visto, ... —intenta hacer un pacto, para que no revele con quién ha estado esa noche en el club —yo tampoco le diré quién es verdaderamente su madre. Podemos volver a nuestra pantomima, suéltanos a Claudia y a mí y olvidamos esta absurda comedia.

—Ya es tarde. Tuviste tu oportunidad y la has desperdiciado. La fruta

podrida se tiene que eliminar. —y dirigiéndose a dos tipos con cara de asesinos que aparecen de las sombras nada más que escuchan el chasquido de sus dedos, ordena: —lleváoslo, no hagáis esperar a nuestros invitados.

El gato maúlla y se eriza sobre sus cuatro patas, no parece que le hagan gracia esos dos.

—Vas a explicarme a dónde me llevan, y dónde está Claudia, ella no tiene nada que ver en todo esto. Espero que la hayáis soltado.

Entonces Joanna se acerca a Freddy antes de que le suelten, le pasa el dedo por la cara, parando el recorrido en sus labios.

—Mmmmm esos labios se están estropeando...no me dañéis a mis juguetes, son muy frágiles —murmura con voz melosa mirando a los tres — tenéis que tener más cuidado, los quiero enteritos .

Frederick siente un latigazo eléctrico recorrer de abajo arriba toda su columna vertebral. Esa mujer es una vampiresa, si no fuera porque es la madre de su mujer, no le importaría domarla, someterla y ponerle una correa al cuello para arrastrarla por esa sucia mazmorra, para después follársela delante de los tres esbirros.

—Soltadlo ya, y atadlo bien corto, no quiero que tengáis que amputarle las piernas como al último que intentó escapar...queda mal en el escenario un hombre mutilado...— Joanna es una experta en ironías , se le dan bastante bien. Sacude con las manos a los dos tiarrones para que procedan a cumplir sus órdenes.

El asombro y el pánico se están apoderando cada vez más de Freddy. Esa víbora estaría dispuesta a todo, ya lo está comprobando.

Le abren los grilletes de las muñecas cada uno por un lado, lo agarran del antebrazo y le conducen hacia el corredor. En uno de los muros por los que pasan ve un trozo de carne seca pegada...puede ser parte del rostro de alguna víctima tras ser disparada o *la misma guadaña de la bruja de Joanna podando cuellos*— Freddy se imagina toda una película no de Disney precisamente...eso le indica que ahí se producen sesiones para nada

consensuadas como en el “*Vanity*”.

Lo llevan casi a rastras hasta el final del pasillo, son dos gigantes que tienen inmensos bíceps de proporciones alarmantes como para intentar desembarazarse de ellos y le hacen subir unas escaleras. ¿Qué será lo que haya allá arriba? ¿Qué tendrá que hacer para satisfacer a ese demonio con piel de cordero? Si pudiera escapar de alguna forma...cavila pero no se le ocurre ninguna astucia. Notas graves de un piano se escuchan levemente, dando una sensación satánica cada vez que se eleva de volumen al ir acercándose al centro de su emisión. Otra vez esa música le hace recordar...

CAPÍTULO 2

7 horas antes del encierro

“Placer en bandeja”

Claudia y Frederick se sonríen al entrar en la cabina azul. En esa estancia morbosa tan especial, con un espacio de unos cuatro metro cuadrados aproximadamente, se respira erotismo a raudales.

Las paredes están recubiertas por un panel *Capitone* negro con efecto acolchado; de ambos lados sobresalen dos bancos de piel forrados en rojo burdeos, mullidos y amplios; el techo es todo un espejo que muestra lo que sucede como un invitado más que observa callado.

Un carrito con ruedas metálicas plateadas en un rincón está lleno de bebidas alcohólicas, champán, vasos e incluso afrodisíacos...

La pared frontal, contraria a la puerta, dispone de una ventana amplia por la que va a aparecer algo que esperan.

De ella saldrá, mediante unas guías corredizas, una camilla ocupada por una persona, pero no entrará en la cabina azul hasta el fondo de su extensión, se quedará por la mitad por lo que no se verá más que de cintura para debajo de quien esté tumbado en ella.

Puede ser un hombre o una mujer.

Lo excitante y morboso del asunto es que esa persona semi oculta está dispuesta a todo, ofrece su medio cuerpo para lo que sea...

Es como si te sirven en bandeja un manjar...hay que apreciarlo y degustarlo... hasta cierto límite, marcado por un pitido emitido por la persona que se ofrece, y que se puede escuchar al otro lado perfectamente, a la vez que se enciende una luz de alarma...es una señal de advertencia por si se exceden los del otro lado y se debe parar la sesión.

De todos modos, una norma establecida antes de entrar en el “*Vanity*” de

Nápoles, club erótico de la élite, es “*respetar siempre la voluntad de todos los integrantes en las sesiones*”, no se puede obligar a nadie a hacer según qué cosas, toda acción ha de ser consensuada por todas las partes que interactúan, tanto activas como pasivas. No se puede incumplir este pacto, o como en este caso, en la cabina azul, hay que tomar en consideración hasta dónde llega el límite en soportar lo que dos desconocidos hagan con un cuerpo a su merced.

Claudia y Freddy están esperando el medio cuerpo que aparecerá ante ellos; es divertido, puede ser cualquier cuerpo, esbelto, grueso, viejo, joven... es una sorpresa.

No existen los complejos por si se es más o menos corpulento. En este sitio todos son bien venidos. Aquí se ama la naturalidad más que los típicos clichés estéticos de medidas perfectas.

Muchos que anhelan poseer esta noche *la fruta de la pasión*, la están degustando en las habitaciones destinadas a intimar profundamente. Están al fondo del salón principal, decoradas con todo lujo de detalles, camas amplias con faldones que caen de la armadura de madera que las enmarca, alfombras persas que acogen juegos a ras del suelo, bañeras a un lado con grifería de oro, lámparas *Tiffany* ambientando con cálida iluminación el espacio destinado a experimentar máximo placer. Un hombre y una mujer se están entregando en una de estas habitaciones, no se conocen de nada pero se han gustado nada más verse. Ella tendrá unos treinta años y él ronda los sesenta pero se conserva muy bien, incluso su cabello blanco le otorga muchísimo encanto. Han venido a buscar satisfacción. A ella le ponen los hombres maduros como él y a él la mirada de hechicera de ella.

Entre sábanas negras de seda se enredan sus cuerpos dejando que hablen por sí solos.

La condición expresa de ella es estar en silencio. Él también lo desea. La comunicación se establece a través de los suspiros, gemidos, miradas, caricias, besos, y el movimiento de sus miembros.

Puede que la sesión sea tan satisfactoria que quieran repetir, y si es así, hasta incluso lleguen a intimar más a fondo. No es la primera vez que surge una pareja de estos encuentros.

Pero Claudia y Frederick solo quieren explorar otros cuerpos, disfrutarlos, compartir esa lujuria.

Suena una música tipo jazz, piano desbordado de sensualidad.

Es la señal para poder abrir la ventana que permanecía cerrada. Abren completamente y se ve una cortina negra espesa que oculta lo que hay al otro lado, pero el carril está empezando a moverse y comienza a aparecer la camilla. Es una plancha forrada en piel, mullida y cómoda para la persona que se estira en ella.

El cuerpo que les está llegando es el de una mujer.

Sus pies llegan primero, bonitos zapatos de tacón de aguja: rojo charol, medias de red, muy sexys, eróticas a más no poder.

Va deslizándose la camilla hacia ellos, enmarcando la figura tremendamente excitante de los muslos bien contorneados, mullidos pero musculados, teniendo sus entrepiernas cerradas como un regalo por abrir...y por encima luce su vestido de púrpura dorado, igual que papel celofán de una joya de gran valor, cubriendo lo que se tiene que destapar.

—No siempre es lo que te imaginas... —se refiere Claudia a la posibilidad de que se trate de un travesti.

—Mmmm sería motivador igualmente —responde Freddy, poniendo los ojos como platos imaginándose qué puede haber bajo su vestido.

—En este caso hay que descubrirlo.

Claudia mira con expectantes ojos a Freddy, brillan sus miradas llenas de lujuria. Con la copa de *Chardonnay* en la mano, brindan por ese pecado a disfrutar.

Les ha tocado un verdadero bombón relleno del más exquisito deleite, olor a perfume caro, se trata de alguien selecto, como así han exigido antes de pagar por tales experiencias.

Otros han optado por la tarifa normal, en la que no hay tanto esmero en la selección de los que en esa plataforma aparezcan.

Freddy le cede a ella el turno de desenvolver la sorpresa.

—*¿Será un paquete varonil lo que se esconde debajo o un pubis afeitado, bien rapado como suele ser en damas que quieren ofrecer sus cálices del placer?* —se pregunta.

Claudia da un buen sorbo al champán y comienza a acariciar las piernas, roza su piel, sintiendo la fragancia que desprende; le es excitante saber que va a poder hacer lo que quiera con esa parte de su cuerpo, que va a sentir su reacción pero sin ver su cara, solo sus movimientos.

Con todo cuidado le va quitando los zapatos que después deposita en la camilla para que le regrese a su propietaria.

—*Hay que ser valiente y decidida para aparecer así, ofreciéndose a ciegas, queriendo ser saciada ... Un morbo increíble.*— Piensa excitada.

Le van a procurar mucho placer, y ellos igualmente van a sacar el máximo partido a ese centro tan apetitoso, sea como sea, que van a destapar.

Pero aún quieren procurar más tensión, y ambos la tocan, cada uno por una pierna. Es exquisita, es un plato a degustar a la vez. Van subiendo con sus dedos hasta llegar a su ingle, levantando su vestido vaporoso y brillante hasta que divisan una superficie demasiado lisa como para considerar que se halle un delito masculino debajo.

Rozan la tela de lo que parece un bodi de seda rojo pasión y Freddy comprueba, con sus manos de experto en sensualidad, que se trata de una mujer, con las hendiduras propias de sus labios vaginales, su apertura entre los mismos y nada de vello en el pubis, por lo liso que se siente en su extensión.

En cierto modo se alegra, va a poder ser el ejecutor principal de ese juego perverso, aunque tienen aparatos eróticos que pueden usar para complacer el instinto de Claudia por poseer a otra mujer.

A ella también le gusta penetrar una jugosa vagina, ayudándose de penes de materiales muy similares al de la anatomía humana, que incluso llegan a

parecer que son reales. ¡Cuántas veces han penetrado a alguna amiga de juegos, primero con el miembro de él y después con esos juguetes sin que ella se diera cuenta de quién la follaba, si el juguete o la polla de Freddy...!

Un pequeño cosquilleo en el monte de Venus proveniente de las caricias perversas de Claudia, hace reaccionar, con un leve movimiento de caderas, a la dueña de ese obsequio sexual tan apetitoso.

Una trampilla impide ver más allá de su cintura; se corta la vista con esa suave mampara que, aún con la posibilidad de poderla levantar, nadie lo hace.

Por los alrededores hay supervisores para garantizar la armonía en ese ambiente. Y todos respetan la discreción, nada de caras, nada de identidades. Solo sensaciones.

—Por la tersura de su piel es joven, no tendrá más de 30 años. —augura Freddy, intentando hacerse una composición figurativa de la mujer a quien tocan, masajeando sus muslos con el dorso de su mano cada vez más efusivamente, hundiendo sus dedos para desatar excitación.

—Tendremos que quitarle los botones del bodi, voy a hacerlo yo, que soy la experta. —Claudia guiña un ojo a Freddy y aparta lo que queda del vestido dejando totalmente expuesto el pubis pero protegido por la sedosa prenda interior tan íntima y femenina.

Suelta los corchetes manejando sus dedos en el cierre y al clic de cada uno al desprenderse de su sujeción, va asomándose un bello paisaje, unos labios rosados finos como el culito de un bebé, cuidadosamente depilados, ni un perceptible vello, invitando a ser contemplado y acariciado.

—Cariño, es una maravilla de coñito, sin menospreciar lo presente— susurra Freddy besando a su amiga de locuras en uno de sus hombros desnudos.

—Pruébala, bribón, que lo estás deseando, quiero que lo chupes como si fuera un helado de vainilla, y deja algo para mí. —Claudia excita a su amante al máximo. A ella le encanta verle desatado, sabe que lo está deseando nada más desabrochar ese bodi. Oír su agitada respiración se lo confirma.

Él entonces se acerca, se apoya ligeramente contra sus piernas y posa sus labios sobre la parte interna de las mismas, a la altura vertiginosa del vértice donde se estas se cruzan y se presenta con su boca ante ese pubis radiante y dispuesto a ser tomado.

Pasa su lengua con tal delicadeza que apenas la toca, casi flota sobre la superficie aterciopelada, pero esa mínima sensación basta para aligerar la excitación que está provocando en la extraña que se ofrece.

Cuando Freddy nota que la tensión sexual es difícil de controlar, se centra en la apertura de sus labios vaginales, saborea la hendidura, deslizando la punta de su lengua por dentro, de arriba abajo, empujando para abrir bien y por fin serpentear más hondo, hasta que los primeros fluidos provenientes de una gran excitación hacen acto de presencia mezclándose con el jugo de su propia saliva.

Claudia observa la escena con mirada lasciva, atenta a cada gesto de su acompañante; está deseando verle entregado a la labor, y en el fondo envidia a la afortunada desconocida.

Las manos de Freddy se afanan por poseer ese cuerpo, por sacarle el máximo placer, por hacer trizas la apacibilidad de su dueña hasta dejarla exhausta.

Claudia está empezando a desabrocharle su pantalón, aflojando el cinturón primero para que libere su miembro in crescendo; sería muy molesto que esté tan oprimido ante lo que quiere expresar. Le baja después la prenda junto a sus bóxers y le hace salir de ellos levantando los pies. Está empalmado a más no poder, su miembro está izado y duro, preparado para copular.

La extraña desconocida se mueve, levantando sus caderas, dejando que él la manosee por las nalgas, dándose por entero. Está dispuesta a recibir lo que va a venir de un momento a otro, por ello va abriendo sus piernas, dejándolas un poco apartadas una a cada lado de la camilla, y acto seguido, dada la baja posición en la que se encuentra esa plancha acolchonada, se coloca en medio de las piernas que están abiertas de par en par.

Freddy tira con precisión de sus nalgas y la acerca a su miembro, que ya juguetea con la entrada de su vagina.

Ella estará imaginando lo que está sucediendo al otro lado, que una polla merodea por su coño hambriento, y le va a dar de comer, la va a saciar. Se deja hacer, levanta aún más su culo para poder sentir el glande, lo quiere atrapar, es como una boca que busca su alimento. Freddy la posiciona en medio de la raja, y deja que ella juguetea, que mueva su pelvis haciendo círculos para recibirlo.

Claudia masajea el cuello de Freddy, gimiendo de ganas de ver cómo se la va a follar, escucha también los gemidos de ella que apenas puede contener.

Con ansias de participar, Claudia toca el trasero de vicio de Freddy, macizo y extremadamente sexy, intenta empujarle hacia adelante y hacia abajo, dirigiendo la operación, como si ella también tuviera ese pene que va a traspasar un cuerpo sin rostro, pura lujuria.

De un golpe Freddy se hunde en ese cuerpo y comienza a follarla con un vaivén sin freno. Está mojada y es una gozada entrar y salir sin ningún impedimento. Mientras tanto, Claudia está frotándose con una de las piernas de la mujer X. Se ha bajado las bragas y las ha lanzado a un rincón, participando en pleno de la fiesta. Su vestido le permite moverse con libertad, pero aún así se lo quita de un arrebato, quedándose completamente desnuda.

Freddy está a punto de irse al ver a su amante de cara a él, cogiéndose los pechos y acariciándoselos mientras amasa su coñito contra la pierna de la extraña. Se pone un dedo en la boca, chupándose y lo mete y lo saca como si la follaran. Es toda lujuria, está poseída por la magia del erotismo y a él lo lleva a un estado de locura tan placentera que tiene que retirarse para evitar derramarse dentro.

Claudia se tira hacia su polla, lamiéndosela con hambre pero inmediatamente se gira dándole la espalda y le ofrece su coñito por atrás para que lo atienda. Ella entonces se agacha y se pone de rodillas sobre la camilla que es bastante resistente y lame a ella en lo más profundo, más bien

devorándola.

Freddy dirige su polla desesperada hacia la hendidura ardiente de su amante y la enfila de un embiste, clavándosela hasta el fondo, como a ella le gusta. Le da unos cuantos azotes en las nalgas, a la vez que va dando golpetazos a su culo mientras la folla. Ella acompaña el ritmo echándose hacia atrás cada vez que él la vuelve a meter dentro. Están follando duro, desesperadamente, con una arrolladora fuerza que les enloquece.

Ahora Claudia coge la raíz de jengibre que está ya preparada en un vaso con agua. Se la mete dentro a la extraña para que sienta más sensaciones, cosa que logra enseguida, retorciéndose en la camilla de puro placer.

Freddy quiere probar ese efecto y soltándose de su amante vuelve a ocupar el interior de la mujer X, haciendo que esta enloquezca, atrapando con las piernas la cintura de él para aferrarse más a su polla y generar mucha más satisfacción. Freddy la embiste con más velocidad y nota que las paredes de su vagina le aprisionan el miembro de tanta excitación que siente dentro, ocasionada por el efecto afrodisíaco del jengibre. Pero no quiere correrse dentro y se retira para parar la salida del semen.

Claudia se tocaba mientras, sentada en uno de los bancos, esperando su turno. Cogió una uva del carrito y la puso en la entrada de su vagina.

—Ven, amor, cómete mi uva. Verás qué deliciosa..mmm

—Voy...

Freddy se agacha ante las piernas abiertas de Claudia y mete la boca en su coñito cogiendo la uva con los labios. Después se la come sonriéndola. Es una perversa, le encantan jugar, disfruta viéndole completamente entregado a sus locuras.

Ahora los dos van a satisfacer completamente a la mujer de la camilla, y cada uno coge un consolador de los que hay en el carrito. Él escoge uno que es propio para el ano. Ella quiere follarla en su coñito caliente con una buena verga de imitación vibratoria.

Se colocan cada uno a un lado de ella y poco a poco van introduciéndole

los instrumentos de placer.

Claudia se entrega con pasión, imaginando que es su miembro al meterlo y sacarlo con proeza. Él con cuidado la prepara untando con lubricante su orificio anal para después ir pasando toda la pieza dentro y originar un torrente de sensaciones en ella que dan su fruto: está gimiendo con muchas ganas, se retuerce, levanta sus nalgas con afán por experimentar al máximo y cuando los dos están al unísono penetrándola por ambos sitios a un buen ritmo, escuchan el desgarramiento de su orgasmo y la posterior relajación de sus piernas, por lo que paran inmediatamente el frenesí para envolverla con caricias suaves y reconfortantes.

La camilla se va desplazando hacia atrás, dando por finalizada la sesión erótica, pero ellos dos se entregan en un cuerpo a cuerpo contra uno de los bancos y como dos furias por domar se devoran follando hasta verterse el uno en el otro y caer desplomados.

CAPÍTULO 3

Un mes antes...Los añicos de la mujer mármol

Madrid

Marlene está dispuesta a recuperar a su marido, va a comprarse un conjunto de encaje, muy provocativo. Sobre el mismo se ha ceñido en un vestido blanco, color que gobierna mayoritariamente su vestidor, con un escote barco que invita a imaginar el radiante busto tan perfecto en proporciones respecto al resto del cuerpo, *demasiado atrevido para lo que acostumbra a llevar*.

Las dos horas de Pilates y otras tres de yoga a la semana, conservan su figura y ayudan a que su ánimo supere la laguna emocional que anida en su interior.

Seguidamente ha ido a la editorial, pero le han dicho en la recepción que sigue ocupado en los negocios de la anterior empresa, hasta que esta acabe de tomar el ritmo que asegure su funcionamiento sin tener que estar él al frente a cada momento. O al menos es lo que ha hecho creer.

En la pared que preside la recepción de la firma literaria, situada en la planta decimoctava de un edificio de nueva construcción, todo cristaleras y espacios iluminados hasta el infinito, está enmarcada una foto panorámica a escala inmensa del primer libro de Frederick, “*La confidente de Beethoven*”, en cuya portada aparece la protagonista, clavada a Marlene, con la expresión dulce y a la vez inquieta que conquistó al escritor.

Ella mira el cuadro, observa la mirada que transmiten esos ojos, immortalizan una parte importante de su vida y se siente orgullosa y nostálgica a la vez de haber sido la protagonista de esa gran historia. Porque él es su autor, y ella forma parte de su destino.

Se siente unida a él, a pesar de pasar muchos momentos en silencio. Él necesita la soledad para inspirarse y ella respeta el espacio que todo genio

precisa para crear; después, cuando vuelve a publicar otra obra se la dedica a ella, agradeciéndole el esfuerzo y comprensión por las horas de distanciamiento que conlleva la creación literaria. Sus encierros en el despacho, sus excursiones al campo, sus noches desveladas... son propias de quien se centra en unos personajes, su descripción, en la ambientación de los escenarios, y saber bordar el hilo de cada historia...

Sale del edificio decidida en volver a casa, pero tiene todo el día libre para ella, los niños están en la Residencia educativa hasta bien tarde y puede vagar por la ciudad así que no lo duda y quiere intentarlo una vez más, quiere ver a Freddy, sus hormonas están revolucionadas y requieren atención. Se siente mujer antes que madre y esposa y desea lucirse para su marido. Está tentada en llamarle, pero procura no hacerlo, es algo que a él le irritaría, pensar que está siendo controlado, por lo que se lanza y va a buscarle a las oficinas de la empresa inmobiliaria, donde se supone que está ahora.

A ella le extraña un poco que sigan necesitando de su orientación, pero ha demostrado ser un crack en el mundo de las transacciones inmobiliarias y le cabe en la imaginación que requieran de sus directrices aún.

No lo encuentra allí tampoco. Las secretarias son discretas, ven salir y entrar a los directivos y no hacen preguntas, se limitan a informar de lo que es realmente fundamental, los datos personales son para ellas un tema ajeno que deben respetar, sino, van a la calle sin ningún miramiento. Entra en su despacho y comienza a registrar los cajones, las estanterías... busca algo que le de alguna pista de una supuesta amante a la que le dedique el fervor que con ella no corresponde. Tan solo ve algo que le llama la atención, las llaves de su coche están en la mesa. Hace un par de preguntas en recepción pero no acaba de aclararse.

Marlene no ha podido presumir de su vestido, ni siquiera se ha quitado el chal que cubrían sus hombros y su espectacular escote. No quiere que ningún otro se sienta tentado en descubrir la belleza que solo pertenece a Freddy, su único poseedor.

Se conforma con las noches de blanco satén una vez a la semana, desayuno en la cama, caricias y fusión en un acto que para ella es todo amor. Como en un estudiado ritual, ella le despierta cubriéndole de pétalos de rosa, enciende unas velas y serpentea por su cuerpo hasta alojarse encima de él. Después le pide como siempre, que le haga el amor.

Él la complace, la estira en la cama, con delicadeza como a ella le gusta la besa en el cuello, levemente en los labios, sin apenas abrirlos, nada de fluidos que a ella la molesten en su obsesiva manía sobre la higiene. Y con dulzura gobierna su sexo con su polla endurecida. A él le sigue excitando su cuerpo angelical, la satisface hasta que la escucha gemir de placer en un orgasmo profundo que procede de su entrega ferviente más espiritual que física.

Los primeros años fueron dichosos, se concedían mutuamente el cariño que colmaba la casa en un ambiente de felicidad, de escenas familiares que los niños protagonizaban demostrándolo en las fotos que conmemoran cada cumpleaños celebrado, cada festival escolar. Abrazos y sonrisas. La familia ideal.

Si Freddy no tuviera esos fantasmas en su mente, quizá hubieran sido el matrimonio perfecto.

Las manías obsesivas en cuanto al orden y la limpieza de ella también han creado una barrera entre ellos. Quizá fomentada por su constante preocupación por ser la mejor en todo, sobreprotegiendo a sus hijos y a sí misma ante el contagio de cualquier enfermedad.

Lo ha visto en su casa, la insistencia de su madre en evitar contraer enfermedades utilizando a cada momento antisépticos se ha guardado en su mapa mental y ahora es ella la que lleva a cabo esas prácticas higiénicas aunque no tenga motivos para sospechar que su marido pueda traerle a casa patógenos provenientes de escauceos con fulanas.

Su marido es un hombre escrupuloso en ese sentido y tiene un elevado sentido del gusto, no se iría con cualquiera, tiene un espíritu noble como lo

demuestra en sus escritos. Su ideal de mujer es más bien etéreo, ensalza el misticismo que convierte el amor en una catapulta que para conseguir la unión con el Universo, objetivo que él anhela en un deseo profundo por encontrar paz.

Su mujer es su musa espiritual, elevada al mitificarla como pasa con las figuras tan representativas de ideales lejos de lo terrenal, de lo efímero.

Pero Marlene ha pasado a ser solo eso, mientras que otra mujer, que nunca imaginaría quien es, le arrastrará como Beatriz al poeta Dante a los infiernos por conseguir su amor apasionado y meramente carnal.

Frederick necesita en esta nueva etapa de su vida algo más que romanticismo y pureza.

CAPÍTULO 4

Por la noche espera a su marido y al oírle llegar le llama desde la alcoba.

Él se acerca, cansado, pues según él, ha estado con asuntos muy conflictivos en la empresa inmobiliaria.

Ella le sorprende con esa estampa tan sexy, el conjunto de seda le queda de película, los encajes negros de los bordes de su sostén y braguitas resaltan en la tela ajustada a sus turgentes senos y avisa de la maravilla que espera bajo la que cubre su pubis, parece una chica de portada del playboy y él se queda perplejo.

Freddy piensa que se debe haber aburrido tanto su mujer que ha llegado a ver vídeos tutoriales de cómo seducir al marido tras las paletadas de rutina de un matrimonio acabado. La mira con cierta pena. No se puede negar al menos a darle unas palmaditas en su muslo y darle un beso inocente en sus mejillas. Después se gira y comienza a desvestirse.

—¿No te gusta? —Marlene le pregunta mirándose al espejo, alisándose el cabello para que ningún mechón quede suelto de su compacta melena.

Ella siente un vacío inmenso, *no es de su gusto, demasiado rojo quizás...*

—Estás preciosa, Mani. Lo sabes, eres una diosa.

Ven, quiero que me lo quites. —le susurra ella, causando en él una extraña sensación.

Freddy no se atreve a tocarla, no quiere mancillar el ideal que la identifica, la mujer pedestal que no quiere perder para tener equilibrio en su tormento interior. Además aún siente las huellas de los dedos de su amante en su piel. Aún así se esfuerza y tras desnudarse, comienza a recorrer su piel, se tumba sobre ella en la postura del misionero y la cubre con la máxima delicadeza, apenas la ha despeinado.

Ella corre al lavabo después a recuperar el olor a gel que forma parte ya

casi hasta de su misma aura. Freddy se queda en la cama, aturdido, tras limpiarse igualmente en su propio cuarto de baño, pegado al de Mani.

—¿Dónde has estado, cariño? ¿Cómo fue tu día? —le pregunta, cubriéndose con un camisón blanco immaculado.

—He visitado unas instalaciones, había que comprobar con los arquitectos que diseñaron los planos si cumplen o no los requisitos para convertirlas en una entidad bancaria. Ya sabes, los compradores quieren asegurarse antes de embarcarse.

Pero a Marlene, al estar esa mañana en la oficina inmobiliaria esperando verle, ya las secretarias le dijeron que se había ido a hacer unas gestiones. Lo que a ella le llamó la atención fue que él se dejara las llaves del coche en su escritorio. Siempre que sale a hacer una inspección coge su propio coche. Intenta sonsacarle si fue o no en su vehículo, algo se huele, sospecha.

—Fui en el coche del cliente, Mani, ¿por qué me preguntas tantas cosas?

Ella sabe que le está mintiendo, pues se está poniendo nervioso, a pesar de que otras veces él ha logrado desviar toda sospecha. Pero esta vez ella está demasiado interesada en seguir sus pasos, en averiguar dónde y con quién va. Se está obsesionando en controlar su vida porque la suya la siente vacía. Los niños se pasan el día en la Residencia educativa y sus amigas no hacen más que presumir de las atenciones de sus maridos. Ella no puede compartir con ellas más que los valiosos regalos que Freddy le hace en fechas señaladas, a ella y a sus hijos.

—¿No cogiste un taxi? En la oficina me dijeron que pediste un taxi...— Así fue lo que la secretaria aseguró a Marlene, *la misma recepcionista llamó a la centralita de taxis*, según sus palabras.

—Bueno, pero el cliente se empeñó en llevarme, así que anulé el trayecto con el taxista— aclara él, saliendo del embrollo como puede. —¿Para qué me buscabas, Mani?

—Claro, amor, es lógico tal como me comentas. Me pasé por allí para verte, solo intentaba darte una sorpresa, he comprado un vestido muy elegante,

pero ya me lo verás puesto el día del aniversario de mis padres, lo celebran de aquí a quince días ¿recuerdas?

—Oh, bueno... seguro que te queda estupendamente, ya podré presumir de mujer modelo, serás la admiración de todos, como siempre. —intenta complacerla para apaciguar su deseo por llamar la atención en él de cualquier manera, y subiéndole el camisón con prudencia, la besa en su vientre. Es el punto débil de Marlene, su centro diana en el que él le demuestra su afecto. Con ese gesto ella se calma y vuelve a recuperar su gesto inocente y pacífico. Se disponen a conciliar el sueño. Ha sido una jornada agotadora en muchos sentidos...

Al día siguiente Marlene vuelve a husmear en sus cosas, quiere saber qué hace todo el día su marido para que esté tan cansado por las noches. Pero no ve nada, ni un detalle que le pueda recriminar como para ser culpable de una infidelidad, que es lo que teme.

El día del aniversario de la boda de sus padres, Mani prepara a sus hijos con todo afán por convertirlos en las joyas de la familia, encantadoras, formales, perfectas. Les enseñan a guardar la compostura en público y conquistan a todos los invitados con sus avances al piano o en el canto.

Marlene luce su fabuloso vestido blanco, Frederick la lleva del brazo como dos monumentos históricos que nadie osaría a escarbar bajo la superficie para descubrir su estado hueco. Fachada, todo es fachada.

—Hija, ¿no crees que vas demasiado escotada? —Joanna la mira arrugando el entrecejo, centrándose en la línea del vestido que está, según ella, más bajo de lo normal, escandalosamente al mismo margen de sus radiantes y generosos senos.

—Mira a las demás, mamá, y mírate tú, tienes la tela justa para ocultar tus vergüenzas, no me digas a mí lo que es digno o lo que no lo es, porque soy la que más tapada va en esta fiesta.

—Mani, no te pongas así, sabes que cuido tu imagen, y a mi edad es lo que se lleva, enseñar que se conserva el tipo, es lo mejor que se me ha

ocurrido para dar por saco a las amantes de tu padre infiltradas en el banquete. Si se han creído que son mejor que yo es que no les han graduado ni la vista ni se han mirado al espejo. ¿No me ves genial?

—Siempre con esas.... No sé por qué te molestas en demostrar que no hay nadie mejor que tú.

—Mani, mira quién fue a hablar... eres mi calco, amor, solo que tú aún tienes mucho que aprender de la vida, pero no quiero que lo hagas a través del dolor como he tenido que hacer yo. Yo te enseñaré si me dejas, claro. Pero eres tan tozuda... siempre lo has sido, y así te ha ido. Aunque... tengo que reconocer que tu maridito hoy está sensacional, tiene un no sé qué que atrae todas las miradas ¿te has fijado? ¿Hace deporte últimamente?

—No, tan solo juega al tenis con los niños y sale a correr con el perro por los alrededores de la casa bien temprano.

—Pues debe ser que la madurez le está sentado bien. Como a los vinos... ya sabes. —Joanna le hace un guiño lleno de picardía.

—Ah, mira, ahora parece que lo encuentras interesante y todo... a ver si es que tú también estas madurando... —Marlene suelta y las dos ríen... son tal para cual.

Los padres de Marlene brindan con todos los invitados por ese año más de casados. En el fondo es una excusa para renovar los contactos que favorecen los negocios, sale a flote mucha información, se hacen amistades nuevas, y así los ricos serán más ricos gracias a sus ingeniosas ideas que muchas veces perjudican a los consumidores y gente de a pie.

—Me han dicho que la materia prima para elaborar las pizzas en la cadena de restaurantes de tu primo viene no precisamente de un sitio aconsejable. —le dice Joanna a su marido.

—¿Cómo crees sino que podremos ganar más beneficios? Hay que intentar sacar el máximo provecho o las nuevas franquicias les comen el terreno. —responde el Sr Montalván, cerebro de las operaciones financieras y económicas de la familia.

—Si sigues por esa línea llegarás muy alto y cuanto más alto, mayor será la caída...cuidado donde te metes. Como el género sea de peor calidad, entonces sí que perderán toda fiabilidad y...

— Y crearemos otra, querida. Los mismos perros con distintos collares... si no se prueba no se sabe. La gente se come lo que sepa a ketchup, especias, una buena base crujiente y a triunfar.

Ya son varias las veces que han cambiado los nombres, la decoración de los locales hasta dar con lo que tiene aceptación. Y si fracasan, un buen seguro cubre los daños causados por incendios súbitos, nunca pierden.

—Bueno, Alfred, imagino que esta noche harás el esfuerzo por quedarte conmigo. ¿Qué dirían todos si te ven marchar dejándome sola justo el día de nuestro aniversario?

—Claro, Joanna, te prometo que hoy haré ver lo felices que somos ante todas tus amistades. Si te beso procura corresponderme. ¡No querrás que sospechen que me repudias!

—Pues hazme un favor, querido, que sea sin lengua o vomito. A saber dónde la has metido antes. Te he visto entrar en la habitación de la doncella y has tardado demasiado en salir...

—Yo no te espío cuando vas a Nápoles, pero me llegan noticias de cómo se ha transformado tus salas de fiestas...

—Mis negocios son mis negocios y en los tuyos no me meto, tan solo te aconsejo cuando veo que vas a meter la pata por avaricioso. —se defiende Joanna.

—Vamos, anda. Hoy estás preciosa, no arruines tu especial glamur frunciendo el ceño, que ni el bótox puede disimular lo rabiosa que estás por dentro. Relájate que no te conviene y sonríe, sigamos ofreciendo nuestra imagen de pareja bien avenida esta noche y mañana podrás volver a tu propio mundo. ¿Cuándo te irás a Nápoles? —Alfred le pregunta para dar por concluida ese frente a frente con su mujer por contrato.

—¡Cuánto antes! ¡Ya me está cansando esta pantomima! —responde ella

cogiéndole del brazo para bajar de nuevo al salón donde les esperan todos para poder empezar el baile en esa gran representación.

La pequeña orquesta, situada al fondo de la gran pista improvisada entre columnas y cortinajes voluptuosos, da por iniciada la exhibición de la pareja homenajada. Joanna y Alfred sonrían y entre dientes se siguen disparando dardos envenenados que solo algunas personas consiguen descifrar.

—¡Podrías decirles a tus putitas que vengan más decorosas! ¡Se están comiendo a Frederick con la mirada! ¡Mucho les habrás pagado para que te la chupen, si parecen tus nietas!

—No tanto como otras que yo me sé que hasta montan empresas a sus esclavos sexuales... —devuelve Alfred con ironía ese reproche.

Todos aplauden al verlos bailar el primer vals, tan coordinados que hacen mérito a las clases privadas de bailes de salón que les han dado durante esa semana previa a la celebración.

—Si me pisas te mato. —Joanna le advierte en bajito sin abrir los labios.

—¡Uuuyyy qué miedo! ¿Qué me harás? ¿Me torturarás antes como a tu sumiso? —y ríe mostrando sus dientes relucientes rodeados por el fino bigote y la pequeña perilla bajo sus labios.

Después él la toma por la cintura, la deja caer hacia atrás en un estudiado gesto y la besa impactando toda su boca en la de ella, intentando que sea lo más verídico posible, haciendo ventosa con una extraña fuerza que más bien es para dominarla.

—¡Vayaaa Alfred! Otra vez has comido espárragos. Voy a beber algo o sino...

Joanna con disimulo se distancia, tirándole un beso con la mano y para sus adentros se dice: *¡estúpido engreído!*

Ya entrada la madrugada, la mayoría se han ido a sus casas o a seguir la fiesta en algún bar de copas. Joanna se retiró hacía tiempo a sus habitaciones. Despidió a los nietos y a su hija, prometiéndoles muchos regalos para cuando volviera del viaje que tenían pensado hacer.

Desde su cama no paraba de imaginar lo que su marido estaría haciendo ahora. Le movía la curiosidad. Cuando era más joven entendía que las chicas se lo pasaran bien con él y fuera de mutuo esparcimiento sexual los encuentros que tuviera con ellas, en sus continuas infidelidades, pero ahora ya, a sus años, debía ser patético.

Fue a la cocina a por agua, la tenían en la planta superior de igual forma que en la de abajo, para no tener que estar subiendo y bajando cada vez que comían en el salón superior. Sentía que algunos invitados aún hablaban, reían y se asomó un poco desde la pared que asomaba la inmensa escalinata. Estaban intimando unos jóvenes que se habían conocido en la fiesta. Se notaba que eran primerizos en ello, porque ella se tapaba la boca para evitar mostrar su boca al chico que la piropeaba. Tendrían unos 20 años más o menos y sus padres, tal como lo imaginaba Joanna, serían cómplices de ese romance. Dos familias interesadas en unir su poder.

Le pareció hermoso en cierto sentido, porque mostraban real entusiasmo en profundizar a otro nivel.

Se quedó ahí observando entrándole una gran envidia por no haber podido cumplir su sueño. Ella fue también una jovencita enamorada. También quiso vivir el amor de una manera auténtica, pero tuvo que renunciar a él por ayudar a su familia.

Se apoya en la pared y cierra los ojos. De sus ojos brotan lágrimas que quiere frenar poniendo sus manos en ellos y apretando con rabia.

—Nooo.. tengo que olvidar... no quiero sufrir...

Y se va con la cabeza alta hacia la cocina. En vez de agua toma una botella de champán y una copa. La descorcha y se sirve. Mira a través de las burbujas que flotan en la superficie y se dice:

—Si no has podido amar... te queda poder disfrutar, Joanna. Mañana nos vamos a Nápoles, ¡que tiemble la tierra que allá voy!

CAPÍTULO 5

Pasa un mes y Mani se queda sola, Frederick se ha ido de viaje, según él a Hamburgo con nuevas propuestas, nuevos proyectos, supervisiones de empresas que se adhieren... o al menos es lo que él alega como motivos para alejarse de ella unos días, “*son viajes de negocios*”.

La aburrida esposa comienza a preguntar en la oficina si sabe dónde se alojará su marido esos días, pues nunca se lo dice.” *Todo está en manos de los organizadores*” “*Cuando lo sepa te llamo y te doy el número de mi habitación, cariño*”. Es lo que siempre le dice. En la oficina tampoco saben nada.

En realidad suelen ser números de hoteles que no tienen que ver con los que él escoge para pasar noches de frenética pasión con su querida perversa, Claudia. Una buena propina a los empleados de los hoteles con los que él pacta a base de transferencias asegura que Mani tenga la información que a él le interesa, que está en los típicos hoteles de empresarios, ocupado en reuniones inacabables, cenas y visitas guiadas a los focos de interés meramente profesionales, y como último recurso una llamada desde tales fingidas recepciones a su móvil para ponerle en sobre aviso si ella insiste en hablar con él. Entonces Freddy la llama calmando su preocupación y lamentando lo cansado que es negociar tales proyectos empresariales.

Su escapada está respaldada, es su válvula de oxígeno, salir del país y lanzarse a la aventura del desenfreno en materia en sexo es lo que le mantiene en equilibrio. Solo así podrá soportar seguir manteniendo después la compostura con su esposa de mármol.

La búsqueda de satisfacción es constante, en sus entrañas guarda un dolor inmenso, una pena que Mani desconoce porque él no se la ha desvelado, sólo una mujer que no tenga tantos prejuicios como ella puede ayudarle a redimir su tormento más profundo.

Mani se mira al espejo y se ve envejecida interiormente, ya no encuentra brillo en sus ojos, su sonrisa ha desaparecido de su rostro desde hace tiempo para dar paso a un rictus serio y rígido.

Va a ver a Joanna, su madre, aunque le fastidia tener que oír sus reproches, *“ya te lo dije” “no era de tu altura” “ese chico no encajaba para nada en tu vida”...*

Ella ha vuelto de Nápoles, su ciudad natal, a la que acude de vez en cuando para, según ella, visitar a sus familiares e intentar vender las propiedades que heredó de sus padres recién fallecidos.

—Cielo, te noto triste. ¿Dónde tienes a tu marido? ¿Sigue tan ocupado como siempre? — Joanna finge no saber nada de Freddy, y para disimular asume el papel de madre protectora que tan bien sabe desempeñar.

—Sigue de viaje, están promoviendo la unificación de varias empresas relacionadas con la automoción, será un paso muy importante para fusionar importantes firmas y volverse más potentes. —Mani le recita a su madre lo que Freddy le repetía antes de marcharse mientras metía en la maleta lo necesario para esos días, como un autómatas que tuviera grabada la excusa perfecta.

Era tan verosímil que daba nombres reales de acuerdos que se estaban realizando, pero lo que ella no sabe es que los representantes de la compañía eran los que acudían a tales eventos en vez de él, y si precisaban de su orientación establecían una conferencia vía Skype. Ninguno de ellos vivía en España ni se pasaba por las oficinas, por lo que Marlene no se enteraba de nada, no sabía nunca que su marido estaba de viaje de placer mientras otros agentes de la compañía se encargaban prácticamente de todo.

—Ya ves, cariño, te dije que no era buen partido, ¿No sospechas que pueda haberse ido con alguna...?

—Mamá, ¡basta! Siempre te ha caído mal Freddy, pero hace lo que puede por estar a la altura, es muy responsable y se entrega al máximo en su trabajo, ¿Qué no lo comprendes?

—Sí, hija, como tu santo padre... que cada vez que se va de cena de negocios viene oliendo a perfume de mujer...

—Lo vuestro es diferente, yo no hubiera soportado que me engañaran así, y como bien dices, apenas te lo oculta, pero nuestro matrimonio funciona, dormimos juntos cada noche, se preocupa de los niños...

—Y te llena de regalos, sí, cariño... los que su secretaria tiene que ir a comprar por encargo suyo...

—No seas así. Tú te casaste apenas sin amor. Yo no, yo le amo, y él me ama a mí. Me respeta, y si quieres te lo demuestro. Ahora delante de ti le llamo a su hotel y verás que está trabajando o descansando, que no es ningún mentiroso que se vaya por ahí a golfear.

—Mani, cariño, no eres feliz. Antes tenías ilusión por todo, canturreabas y bailabas nada más escuchar música, ahora ni la pones, te has sumido en la típica actitud de esposa que espera fielmente a su marido, como si estuvieras en una estación, viendo los trenes ir y venir y no avanzas, te has quedado ahí, en el banco en el que te hicieron promesas que se las ha llevado el viento... no salís nunca de vacaciones, no vais a ningún baile, no celebráis apenas fiestas en casa, no acudes casi nunca a espectáculos ni a la ópera siquiera, con lo mucho que te gustaba sentarte en tu palco reservado y presumir ante todos tus admiradores. ¿Qué te ha hecho, vida mía? Te ha dejado a un lado y aparenta llevar un matrimonio digno, pero yo tengo experiencia y lo veo todo desde la distancia... Mani, amor, tienes que vivir, tienes que volver a ser tú, la Marlene que se comía el mundo. La Marlene que soñaba con un amor de película, con un hombre que te hiciera ver las estrellas... y ahora mírate, ya no tienes ilusiones, estás estancada y te estás conformando con las migajas de cariño que él te da.

—¿Y tú, mamá? ¿Por qué no te divorcias? O ¿es que a ti no te ha dejado papá en segundo lugar? ¿Por qué no comienzas una nueva vida? A mí ya no me importa lo que diga la gente, hasta las princesas y los reyes se divorcian hoy día... tú sí que tienes motivos y no lo haces, ¿Por qué?

Joanna calla, cómo va a explicar a su hija que su padre y ella tienen un acuerdo, que cada uno hace su vida y que mientras todo el mundo piensa que es una distinguida dama de la alta sociedad, en el fondo tiene una doble vida, que es un ángel sin alas en su casa y un demonio de mujer en su lado oscuro, en el mundo de la sombras que es donde halla la máxima satisfacción. Y además... su marido no permitiría nunca que ella se quedara con la mitad de la fortuna Montalván tras un divorcio. Joanna es la única que conoce a fondo a su marido y cómo tiene atrapada a la gente que le rodea.

Marlene se encamina hacia la puerta, está furiosa y cierra de golpe, tratando de callar la voz de su propia conciencia. Freddy no es como su padre, él la quiere y le seguirá esperando, porque para ella él lo es todo.

CAPÍTULO 6

Nápoles

Dos esbirros de Joanna conducen a Frederick por las escaleras que dan a una especie de circo romano en miniatura; construido a baja escala, representa lo que fue entonces lugar para celebrar espectáculos y tener contento al pueblo, distraerlo para que no pusiera en tela de juicio la manera de gobernar. Pero en este caso están bajo techo y en un ambiente de total discreción y secretismo. La entrada no está abierta más que para gente muy seleccionada.

Freddy observa el panorama que se le presenta ante sus ojos, y de inmediato siente un nudo en su estómago. Se pregunta cómo ha ido a parar a este extremo, cómo se ha ido su vida al traste. Se odia a sí mismo.

—*“Tendría que haberme controlado, y no dejarme llevar por la persuasiva Claudia, ella se ha aprovechado de mi debilidad y me ha arrastrado hasta los infiernos”*. —habla para sí como si escribiera el libro de su vida, su propia autobiografía.

Ahora se le vienen como en un film recuerdos de su niñez, de lo que pasó para que se apoderaran de él las cadenas de la esclavitud y no le dejaran libre para vivir en paz, pudiendo amar como la mayoría de sus semejantes, siendo fieles a sus esposas y satisfaciendo sus cuerpos bajo las sábanas blancas de lo habitual y permitido.

CAPÍTULO 7

Recuerdos, infancia de Freddy

Como en un flash se le viene la palabra tortura. Tortura mental, situaciones difíciles de sobrellevar. Y la causa principal era su padre. No puede evitar encogerse al recordar su rostro colérico, su aliento destilando alcohol.

Freddy se levantaba temprano para ir al conservatorio, estudiaba música y las clases eran para él su estímulo, deseaba ser un buen pianista y por ello ponía todo su empeño. Cada mañana, nada más bajar a desayunar tenía que vivir una nueva pesadilla.

No eran saludos de buenos días, sino gritos que se colaban por sus tímpanos, reproches, insultos, ninguna cordialidad. Cogía una manzana y se la comía por la calle, cuanto menos tiempo pasaba en casa, mejor.

Su padre hablaba siempre alto, con voz desafiante, rompiendo la calma, volviendo a los de alrededor en blancos de diana para el tormento. Su madre aguantaba todo en silencio, apenas hablaba, pues cada palabra era incrementar aún más las disputas.

Era un hombre muy violento, por nada se exaltaba, vociferando más. No dejaba espacio a nadie, todo lo acaparaba él con sus historias, a todo le veía la pega.

Como hijo único se sentía comprometido con su madre, no quería dejarla sola, además, ella empezó a enfermar. Cada día estaba más pálida, se consumía.

Su padre era el que absorbía toda la energía de los demás. A Freddy le invadía la desesperación. Pero no podía hacer más que evitar en todo lo posible que se metiera con su madre, le distraía con partituras para que no la tomara con ella, y prefería llevarse él las reprimendas si alguna vez no tocaba como él pretendía. Su madre entonces marchaba a la Iglesia a rezar, confiando

que un día el Señor escribiera rectos en los renglones torcidos de su casa. O al menos que se la llevara pronto para poder descansar. Pero luego pensaba en su hijo y se arrepentía de sus egoístas pensamientos. Como buena madre tenía que ver crecer a su hijo y acompañarle hasta que se pudiera defender solo.

Tras unos episodios desagradables con los vecinos, al padre le diagnosticaron una terrible enfermedad mental que desataba su agresividad en el hospital al que le llevaron las autoridades. Eran tantas las quejas que tenían que hacer algo para combatir esa constante amenaza en el vecindario, o iba a la cárcel por altercado público o se sometía a un examen médico. Aquel día, antes de su internamiento, se había obcecado en que le cogían las cartas que no acababan de llegar a su buzón y fue interrogando uno por uno a todos los vecinos a ver si a alguno le había llegado la carta que él tanto esperaba. Pero el modo con el que se dirigía a ellos era inquisitorio, con nervios, con ojos de loco, lo que empezó a crear tensión hasta el punto de que le dijeran que bajase la voz, que no era nadie para imponerse así por cualquier cosa. Todos le detestaban por sus maneras. Se puso tan histérico que empujó a los propietarios de las viviendas y entró él mismo a rebuscar por el interior, tirándolo todo a su paso. Las fuerzas del orden tomaron cartas sobre el asunto de una vez. Eran demasiadas las veces que, oyendo cómo trataba a gritos a su mujer y a su hijo, llamaban a la policía para que fueran a ver qué pasaba en esa casa. Pero al entrar en el piso donde provenía el escándalo, todo parecía en calma, nadie se quejaba. El miedo les hacía ocultar la verdad.

Al cabo de dos meses salió del centro, pero él no quería seguir tomando la medicación impuesta por el tribunal médico para tratar su enfermedad. Bastaría con que tomase cada día la pastilla determinada para que apaciguara su alteración.

Su madre tenía que tenerle la comida a las 9 de la mañana, porque él tenía siempre prisa para todo, quería que todos estuvieran pendientes de él en todo momento, su vida era acaparar continuamente la atención de los demás.

No era difícil estar en un cuadro de ansiedad al lado suyo. Era

desesperante. Además, creaba alrededor un halo de tensión desquiciante. Su propio olor era fruto de los infiernos que habitaban en su mente enferma.

La situación se agravó cada vez más; al sentirse repudiado por todos, su cólera creció y creció, volviéndose peligroso. Por las noches la madre dormía en el salón, preparada siempre con los zapatos puestos por si tenía que correr hacia la puerta y escapar de sus malos tratos. Él bebía y este hecho aumentaba sus delirios aún más, sintiéndose poderoso, omnipotente y con derecho sobre la vida de los que le impedían tener la razón en todo. Ella no hablaba, no le reprochaba nada, le atendía y sufría cada vez que no respondía como él pretendía que lo hiciese según sus delirantes pensamientos. Su mente estaba trastornada, su mirada perdida en un océano de angustia, pues a cada rato era intentar satisfacer las exigencias de su egoísta marido.

CAPÍTULO 8

Nueva etapa desolada

Se la llevaron un día en una ambulancia de un ataque al corazón, pues se le había ido rompiendo poco a poco hasta acabar hecho pedazos.

Al morir tristemente su madre, pero liberada del suplicio que tenía por vida, el padre sacó todo el mal que anidaba en su interior, si antes era un ser vil ahora escampaba a sus anchas todos los demonios que tenía en su cabeza. Un ser sin remordimientos como era él o quizás escapando de ellos se entregó a los vicios para olvidar. Empezó a llevar gente extraña a casa, lo más rastroso de la noche, compañías que buscaban lo mismo que él, perderse en la inconsciencia y dejar manifestarse a las bajas pasiones, en otras palabras, *satisfacer su inmensa agonía bebiendo espejismos.*

Fue una etapa muy dura en la vida de Frederick: Siendo un niño de 13 años, aún estando caliente el cuerpo de su madre en el ataúd y su padre esparciendo las ropas de unas putas que se llevó a casa en el salón, salpicando la alfombra que su madre tenía tan limpia con ginebra, llenando los platos de cerámica de adorno con colillas, esos que su pobre madre procuraba no romper y que para ella eran recuerdos de los primeros años felices de su matrimonio, momentos que compartieron en armonía, disfrutando de su luna miel donde todo eran sonrisas y caricias...

Pero todo se acabó cuando él empezó a tocar en salas de fiestas. Llegaba con una copa de más las primeras veces, hasta que al jugar al casino perdía sus ganancias y el alcohol pasó a ser su paño de lágrimas, su anestesia ante la adicción que le hizo perder el oremus.

Quizá la enfermedad fue una consecución de esa mala vida que llevaba, junto a las drogas que debía ingerir para paliar el estrago de verse en la bancarrota, sin nada que llevar a casa más que deudas y algún que otro puñetazo por no liquidar los préstamos que le hacían sus amigos, que ya

pasaron a ser su peor pesadilla, amenazándole con llevarlo a la cárcel. Hasta que un día tuvo suerte y ganó una gran partida. Ese día liquidó todas sus cuentas pendientes y lo celebró por todo lo alto. Gracias a esa buena racha, matricularon a Freddy en la mejor academia de música, el conservatorio al que iban los hijos de las mejores familias del país, y pudo aprender enseguida las técnicas que le consagraron después como un buen compositor. Pero igual que el gran genio Beethoven, tocar en su infancia fue un verdadero suplicio. Su padre insistía en que lo hiciera perfecto, que no fallara nunca, le obligaba a practicar hasta altas horas de la madrugada, le hacía pasar un calvario para que fuera el número uno en la clase, e incluso en el mundo. Tenía aires de grandeza y quería que su hijo fuera lo que él no pudo lograr jamás: ser alguien en la vida, triunfar, y no llevar una vida mediocre como la que tenía.

CAPÍTULO 9

Comienzo de su perversión

Tras el funeral de su querida madre las fiestas en su casa no paraban. La afición por la música convertía en un cabaret el salón de su casa. Su padre tocaba el piano en ellas, jazz del bueno, ponía lo que le quedaba de creatividad en notas enérgicas que desataban la euforia en sus invitados, tanto hombres como mujeres que aplaudían sus intervenciones musicales y a cambio de esa invitación le bailaban sexualmente todos los ritmos imaginables con o sin ropa, incluso disfrazados; los invitados se explayaban en orgías sin fin.

Una noche, el joven adolescente se levantó para ir al lavabo y se encontró allí una escena impactante.

En la bañera tenían a una chica atada a la barra de la cortina, y por su fuerte fijación a la pared, esta quedaba casi suspendida, como una pieza de carne dispuesta para ser troceada.

Freddy observó su rostro, estaba amordazada, no podía apenas pronunciar palabra. No sabía si estaba sufriendo e intentó desatarla, subiéndose a un taburete.

Su cuerpo desnudo era extraordinariamente bello, era toda una modelo de medidas proporcionadas que invitaban a dibujarla, a eternizar cada línea de su contorno.

Sus pechos eran medianos, sin suspensión alguna, sujetos en su precioso cuerpo como dos montes macizos turgentes al tacto. Su boca eran dos fresas maduras enardecidas de un tono rosado vivo.

Su mirada sin embargo quería expresar algo que él no acababa de entender.

No era necesidad de ser desatada, sino otra cosa diferente, extraña, por la intensidad con la que le miraba. Entró una mujer con un disfraz de policía y al ver al joven se le ocurrió algo atroz. Cerró la puerta y le obligó a tocar a la

chica de arriba abajo, él no se podía negar. Si no obedecía pegaría a la chica, atizándola con una espátula en sus nalgas.

—Hazlo, ¡tócala! Has de experimentar si te quieres hacer un hombre. Ella quiere caricias, dáselas.

Él no quería que la chica sufriera, en el fondo deseaba tocarla pero no en esas circunstancias.

Hizo lo que quiso aquella señora, no podía negarse, pues si lo hacía, llamaba a los que estaban en el salón para que le incluyeran en el juego vicioso que iban a dar comienzo.

Freddy tenía que haber huido hace tiempo de allí, de esa casa de locos, pero hasta ahora solo habían sido dos las ocasiones en las que venía toda esa calaña porque su padre se pasaba casi todas las noches fuera, en tugurios de mala muerte. Además, Freddy era aún casi un niño, prácticamente un adolescente y no sabía dónde ir, no tenía familiares a los que acudir.

Tocó a la chica, temblando de vergüenza y espanto. Nunca había estado con nadie en la intimidad, y para él el cuerpo de una mujer era algo delicado que admirar, no para someter, como pretendía esa furia vestida de policía. La chica respondía a las caricias con gemidos, parecía un animalillo indefenso, *un ser salvaje por domesticar* según la que la ató, callada, sin mediar palabra en ese trance esperpéntico.

—Muy bien, chaval, pero ella quiere más, tienes que seguir tocando en otras partes. Tócala más a fondo, no la dejes con las ganas, dale placer y dirige tus manos a su entrepierna.

Freddy posó su temblorosa mano en el pubis de la joven, apenas pasaba de la capa de vello que lo cubría, entonces la mujer dominante le forzó a tocar más fuerte, hasta sentir toda la extensión del monte de Venus, así pudo sentir la ternura de los labios, pero sin intención de abrirlos. Para él era un enigma esa parte del cuerpo en la mujer, era casi como una herida abierta que no quería rozar por si dolía al contacto con otras manos inexpertas.

—Mete tu dedo índice en la boca de ella y después méteselo dentro de su

coñito, vas a follar con tu mano, querido, pero otro día seguiremos avanzando...

Freddy se sentí a acelerado. La chica en la bañera le miraba suplicando ese contacto. Él se excitó súbitamente, su miembro empezó a crecer bajo el pantalón de su pijama aunque su mente renunciaba a tener tales sensaciones. Las piernas abiertas tan femeninas, tan suaves y deliciosas y el movimiento de sus caderas reclamando caricias desencadenaban impulsos en el adolescente que sus hormonas lanzaban como respuesta al despertar sexual. Tuvo que meter sus dedos en su vagina tal como se lo ordenó.

—Más, más, éntralos y sácalos varias veces, muchacho.

Freddy adentraba sus dedos en la vagina hambrienta que los acogía con ganas, facilitando la labor con los fluidos que salían de su excitación mientras se oía un ligero chapoteo de las entradas y salidas cada vez más rápidas, más intensas del muchacho en el fondo caliente de la joven fogosa.

—Ahora pellízcale los pezones con la otra mano, muérdeselos.

La dominante se los tendía como flores para degustar su elixir. Él acercó sus labios a uno de sus botones y lo besó, pasando después la lengua por encima, bordeándolo, como si hubiera nacido sabiendo hacerlo.

—¿Verdad que es delicioso?

Después, la mujer desató a la joven y la extendió en la bañera. La chica abrió sus piernas con las manos, indicándole a Freddy algo que deseaba.

La mujer disfrazada de policía la empezó a atizar con toques en sus muslos, le decía “*aún no, zorra*”...

Freddy se quería ir de allí, no podía seguir formando parte de ese cuadro, no quería sentir ninguna obligación por tomar a la joven, ni quería seguir excitado, aunque la tensión en su pene era más evidente al destacar la elevación del tejido delantero del pantalón. La mujer vestida de policía se fue quitando los botones de su chaqueta y al irse descubriendo se asomaron dos voluminosos pechos que aguardaban debajo por sobresalir, sin sostén, eran redondeados y firmes como dos melocotones en su punto de madurez. Sin

quitarse la chaqueta se agachó ante el muchacho y le tomó por la cintura. Él no podía moverse del sitio. Era una mezcla de temor y deseo a la vez. La estampa de esos dos pechos y la melena rubia que se dejó caer sobre sus hombros al desprenderse de la gorra que lo ocultaba fueron los detonantes de una explosión de fuego y lava que corrían por sus venas. La mujer bajó la cintura del pantalón de Freddy y salió liberada su polla empalada como una durísima roca. Se la metió en la boca, enmarcándola en sus labios rojos, y en un par de segundos se liberó en su garganta. Ella se lo tragó y le lamió todo el pene recorriéndolo de arriba abajo como un helado por apurar. Después se levantó y le siseó al oído palabras muy sucias que incitaban a mostrar lascivia.

Le tomó su mano y se la puso en su pecho. *“Tócame”*

La situación era muy caliente, la chica de la bañera se ponía muy excitada, gemía en voz baja...se movía, se contorneaba, se tocaba y finalmente cogió el instrumento de placer que tenía la otra en el pantalón y lo fue introduciendo en su propia vagina, mientras con la otra mano frotaba su clítoris para lograr más satisfacción. Mientras tanto la otra la besaba en la boca, enlazando sus lenguas, y en esa postura, agachada hacia la bañera, acariciando sus pechos primero, metió un dedo en el ano de la joven para darle aún más placer.

Estaban desatada en deseo...y el muchacho se volvió a excitar al contemplar cómo se contorsionaba de placer, cómo se encendía al tocarse, al meter eso en su vagina, sin freno, sin pudor, sin vergüenza. Puro erotismo sin límite. Las ganas de Freddy se volvieron a despertar cuando la rubia se levantó antes de que él se fuera de allí y apresándolo contra la puerta le empezó a comer la boca, frotando sus pechos contra el cuerpo adolescente, y bajándose el pantalón le invitó a tocar su sexo. Él se dejó llevar por esa furia intempestiva de pasión devoradora y la tocó, amasó su pubis e insertó sus dedos sin orden alguna, siguiendo lo que su naturaleza le pedía.

—Ahora no serán tus dedos los que follan. Vamos a desvirgarte, chaval. Apunta tu pistola al blanco.

Le fue fácil metérsela, ella estaba tan mojada que la penetración fue instantánea. En unas cuantas embestidas él se vino por segunda vez, dentro de ella. La rubia seguía cimbreándose con su polla dentro para llegar al éxtasis igualmente y cuando lo logró llevó su boca al cuello de Freddy y como una vampiresa le clavó los dientes, marcándole salvajemente como una pantera.

La otra chica se había quedado medio adormilada, el exceso de alcohol la sumió en una actitud aletargada, tras el desfogue de su ardorosa ansiedad.

Una ráfaga de confusión inyectó una respuesta de huida en el muchacho y apresuradamente se subió los pantalones y abrió la puerta nervioso, marchándose de allí como alma que lleva el diablo.

Freddy no podía haber todo eso, pensó que era pecado, que el mal se había extendido para atraparlo y no quería acabar como su padre, cayendo en los vicios de la carne. Con lo puesto se fue al portal, y esperó con impaciencia, escondido en el rellano a que se fueran todos para volver a su cuarto.

A sus diecisiete años llegó a acostumbrarse a esas escenas; habiendo pasado el susto de la primera vez, lo demás se lo tomó de otra manera, si le pedían intervención en alguna orgía se negaba con firmeza y se ganó el respeto dando alguna que otra bofetada. Comprobó que los que fingían sufrir en el fondo gozaban, disfrutaban viviendo ese rol de víctimas e incluso a él le entraban ganas de producir las vejaciones a las que sometían a algunos que ataban como a perros, dándoles de comer en platos para mascotas, propinándoles puntapiés, azotes, haciendo que lamieran los pies de sus “amos” o metiéndolos en jaulas provisionales como sillas volcadas a su alrededor y muchas más escenas que seguramente se sucedían en los antros a los que el padre iba a tocar por las noches.

Un día, una de las putas sacó algo de su bolsillo de su americana abierta, del que sobresalían sus pechos y le dijo que se lo tomara, que iba a sentir algo muy especial.

Se lo metieron en la bebida, ya que no quería tomar nada de lo que esas

mujeres le daban.

Empezó a sentir una incontenible necesidad de aligerar la tensión que tenía en su sexo, se dejó llevar por las sensaciones que le pedía su cuerpo y todo giró a su alrededor, cayendo entre piernas, brazos, pechos que reclamaban atención atrayéndole hacia actos sexuales de muy diversas maneras.

Su padre tocaba el piano mientras él naufragaba en coitos interminables, sucediéndose besos, lamidas, embestidas como en una corriente que le empujaba arrastrándole a formar parte de ese mosaico salvaje e instintivo. Tras esa experiencia, aturdido al día siguiente, decidió marcharse definitivamente de allí, de esa casa de perdición, donde las notas del piano marcaban el ritmo de una locura vertiginosa, hacia el abismo del que no habría retorno.

CAPÍTULO 10

Monstruos en la mente

Frederick Valverde vivió momentos muy dramáticos en su infancia, con un padre enfermo mentalmente que abandonó su carrera de excelente músico para darse a la bebida y al juego. Él no quería seguir su línea porque acabaría igual, malviviendo con lo poco que ganaría en los locales de alterne donde él tocaba el piano, antes que Freddy pudo comprobar el vicio desmedido que en ellos reinaba en una ocasión que tuvo que ir allí a recogerle, de lo mal que estaba según gente que le fue a avisar para llevarlo de nuevo al hospital. Su manifestación artística se perdió por el desahogo del desenfreno y sus ritmos de jazz al rojo vivo dejaron de embriagar a todos los que un día disfrutaron de su genialidad.

Después de dos años de la muerte de su madre al padre le atropellaron y quedó parálítico. Freddy tuvo que encargarse de todo. Era su responsabilidad. No podía dejarle tirado y trabajó día y noche para pagarle el tratamiento que ahora sí aceptaba.

En su recién adquirida cordura se arrepentía de todo lo que había hecho, de cuánto había hecho sufrir a él y a su madre. Hasta que día se metió en una pelea una vez que pudo salir con muletas y acabaron con él al darle un empujón y darse con la cabeza en el suelo. Fue el final de una dura etapa en su vida, que dejó importantes y graves secuelas en el subconsciente de Frederick.

La mujer que conocía su historia no era precisamente Marlene, su mujer, sino su amante. También se le vienen ráfagas de recuerdos instantáneos de cómo le confesaba el origen de sus pesadillas, las que le hacían levantar a media noche con la frente sudorosa y que solo apaciguaba cuando se entregaba apasionadamente a los juegos de rol con ella y sus acompañantes.

A ella le contaba lo agotador que era vivir con su padre enfermo, pendiente continuamente de todo lo que hacía. Que la paz se veía mermada,

que su casa ya no era su casa, sino un lugar inhabitable, un psiquiátrico. Que buscaba un refugio aislándose en su cuarto pero era interrumpido por sus constantes locuras, contaminándole con sus desquicios, arrebatándole el equilibrio con tantas insensateces, obsesiones. Siempre anticipándose a las mil situaciones que se le iban a presentar cada vez que asomaba por sus ojos ese brillo diabólico de locura. Le confesaba que era un lastre que llevaría toda su vida, una cadena perpetuándole a la condena, a la lucha diaria por vencer los arrebatos por tirar la toalla, por dejarle, por salir corriendo, por liberarse y dejar atrás ese infierno, dejando de sufrir de una vez el tormento de tener continuas manifestaciones de locura, absurdas incongruencias y actos que le desquiciaban, que le tenían en vilo, que invadían su mente catapultándole al lado amargo de la existencia.

Pero ella le decía que no pudo hacer nada, porque si hubiera exterminado su imprescindible cuidado y presencia en el hogar, si hubiera dejado a su padre solo se hubiera convertido en un asesino, en un verdugo de la autodestrucción de su padre. Entonces Freddy asentía las palabras de Claudia, porque sabía que él hubiera atentado contra su propia vida, por ello tenía todo el peso de la responsabilidad sobre lo que le pudiera pasar por la mente si se sentía exiliado de su hijo.

Como terapia escribió todo ello en una de sus obras, en voz de uno de los personajes que llegó a sufrir igualmente el infortunio de tener un familiar alcohólico a su cargo

“No te queda otra que adaptarte a esa cárcel que son los barrotes de la insufrible circunstancia; tu conciencia te dicta que soportes hasta lo insoportable y más lejos aún, hasta que tú mismo delires y enloquezcas, abandonando tu propia forma de ser, siendo un pedazo de humano que ha quedado de lo que un día fue, siendo su vigilante, condenado a la misma

pena que la naturaleza le ha destinado.

Solo así, no caerás de lleno en las llamas del infierno de la culpabilidad porque si arrojas la toalla, si permites que otro o alguna institución se lleve esa carga de responsabilidad sabiendo que con ellos va a arrojarse al vacío de los repudiados, entonces su pérdida, su desesperación, será tu propia sombra que irá contigo hasta la eternidad.”

CAPÍTULO 11

Entrando en el patíbulo del sexo

Frederick sintió de pronto unos dedos posarse sobre sus ojos y una tela cubrió su visibilidad. Tal como apretaban en el empeño para que no viera nada no le produjo la misma sensación que sentía cada vez que Claudia jugaba con él al escondite de los besos y caricias que con diversos objetos eróticos le producían mucho placer.

¿Pero dónde estaría en esos momentos? Sufría por ella, porque no merecía que nadie la hiciera ningún daño. *“Ella destapó sus fantasías y aunque alguna vez odia haberle seguido el juego, reconoce que gracias a sus encuentros apasionados ha podido sobrellevar su matrimonio recuperando las ganas de vivir”*.— la describe en sus escritos invisibles instantáneamente.

Ahora se le viene a la mente aquella primera vez que saboreó sus labios...



Claudia, amante y amiga. El despertar del monstruo.

“Tras cinco años del matrimonio Freddy-Marlene”:

Claudia visitaba a menudo a su íntima amiga Marlene, esposa de Frederick Valverde.

Una tarde, Freddy se queda en casa solo mientras su mujer y los niños van a una fiesta de cumpleaños, él tiene que acabar de corregir unos manuscritos. Ha aprovechado ese momento de tranquilidad y está en su escritorio centrado en el proyecto de su siguiente novela. Claudia se presenta en la mansión de su amiga esperando encontrarla para pasar un rato juntas.

No hay nadie del servicio para abrirla y acude Freddy a la puerta.

—¡Buenoo Freddy! ¡Qué sorpresa! No esperaba encontrarte aquí! Como siempre estás fuera... —y tras dos besos al aire se cuelga por la apertura y busca a Marlene como si estuviera en su propia casa. —¡Maniii que me tienes abandonadaaaa. —dice sin saber que ella no está. Va medio saltando por el vestíbulo, sujetando con dos dedos la cadena del bolso que lo hace voltear como si fuera una noria.

—Claudia, que no está, que...— intenta explicar Freddy, enredando sus dedos en su cabello mientras la contempla brincar. —*¡Qué loca está!*— piensa él.

—Uyyy Mister literatus se ha quedado solito... —se gira sobre un pie como una bailarina a punto de darse de bruces y se acerca a Freddy de puntillas, desde la entrada del salón hasta la entrada donde aún está él sin saber si cerrar o esperar a que ella marche.

—Oye, no habrás venido conduciendo así, ¿no? Porque por el camino habrás pillado lo menos a medio Madrid. Tal como te veo, ya llevas más de dos copas.

—¡Qué va! Lo que pasa que yo soy así, cielo. Soy la ostia bendita, la vida es bella, ¡¡hay que vivirla!!

Buah, ¡¡cómo está!!— Deduce Freddy— *Todo un barril se ha ventilado esta antes de venir.*

—En serio, Claudia, ¿Has estado bebiendo? Mira que si quieres te acerco a tu casa, no puedo permitir que te la pegues, si ya al volante eres un caso, bebida ya eres una bomba de relojería, chica.

—¡Jajajajja! Me encanta que te preocupes por mí, cielín, pero no, no me he cargado a nadie. Aunque si hubiera visto a Giancarlo por la calle igual se me hubiera ido solo el coche por encima de la cera...¡Hijo de..!

—¿Quién es Giancarlo?

—Es igual... me voy ya, que no quiero molestarte con mis historias. Buenooo dile a tu mujercita que mire el móvil, que la he dejado mil mensajes.

—Se lo ha dejado, ya sabes, las prisas por salir...

—Por eso no me contestaba... en finnn, hasta otra y a ver si un día... —
No puede terminar; le viene una sensación de mareo que hace que se tenga que agarrar a Frederick para no caerse.

Él la recoge por la cintura y apoyándola en el banco isabelino de la entrada comienza a darle toques en la cara para reanimarla. Después, al ver que no responde la estira y coloca sus piernas en alto sobre el reposabrazos.

—Vamos, Claudia, reacciona, vuelve.

La observa, comprueba con sus dedos sobre su cara que está muy pálida, pero la blancura de su piel le trae sensaciones que despiertan una extraña atracción. Retira cabellos rubios de sus ojos y le desabrocha los primeros botones de su camisa. Mete su mano por debajo de la tela color turquesa y palpa su corazón. No lleva sostén debajo, solo un top con encajes blanco que rivaliza con el nácar de sus senos. Siente su latido, cosa que le tranquiliza, y un deseo de seguir acariciando su pecho firme y aterciopelado, le hace rodear toda su superficie para acapararlo en su mano, hasta que inevitablemente lo presiona según su instinto le reclama. Es voluminoso pero muy bien proporcionado a sus caderas. Ella está semiinconsciente y aunque no corre peligro debe hacer algo para que vuelva en sí. Recobra el sentido común y va a por agua a la cocina.

Le pasa un paño mojado por la frente, la cara, los labios pero no despierta. Vuelve a cogerle de los pies y los alza para que la circulación le baje a la cabeza. Le quita los zapatos de tacón y los lanza a un lado, después se le ocurre que un masaje ayudaría y frota sus piernas desde el tobillo hasta más arriba de las rodillas. Cuando llega a la cara interna de los muslos, su falda se desplaza y entonces se da cuenta que no lleva bragas y el pubis asoma descaradamente ante sus ojos. Está totalmente depilada excepto una línea pícaro en el Monte de Venus y le vienen irrefrenables ganas de tocarla.

—*“Estás casado, no la mires. Es la mejor amiga de Marlene, no puedo traspasar la línea de la amistad. Mi vida se echaría a perder y haría mucho*

daño a Mani si se enterara. Pero seguro que Claudia correspondería si le propusiera algo, de eso estoy seguro”. —rumia para sus adentros.

No quería abusar de ella. Le ponía a cien verla así, provocativa, semi expuesta sin ningún pudor para, en cualquier ocasión, dar rienda suelta a sus necesidades sexuales. ¿Por qué sino iba sin bragas? Además ya sabía que ella era muy liberal y que no se andaba con chiquitas, si un hombre le interesaba iba a por él.

De pronto ella abre los ojos. Como si un láser saliera de ellos, deja a Frederick paralizado. Estaba a punto de estirarle la faldilla para tapan la tentación y ha sido pillado in fraganti en lo que puede darse a una mala interpretación.

—Frederick, ¿estoy soñando?

Su mirada revela que es de su agrado esa instantánea que acaba de descubrir al despertar.

—Te has mareado, Claudia, estaba intentando reanimarte.

—Si... y lo estabas consiguiendo manoseándome, ¿no?

Claudia le mira con malicia. Está jugando.

—¿Tú te crees que se puede ir por la vida sin ropa interior? *“Para mí que lo ha hecho a posta, venir sabiendo que estoy solo... se cree que soy tonto y me chupo un dedo, pues se va a enterar, si quiere guerra se ha encontrado con las fuerzas armadas hasta los dientes”* Deduce ante esa ecuación: $x+y=z$ y la z es de lo zorra que es, está buscando que le den caña.

— No puedo llevar según qué prendas, me dan alergia en mis partes sensibles. —responde ella metiéndose un dedo en la boca en plan inocente y pícara a la vez.

—No me mires así, chica, que parece que me estuviera aprovechando de ti y no es el caso. Te he puesto con los pies por alto para que te baje la sangre a esa cabecita de chorlito que tienes. Se te ha subido la falda y he ido a bajar las cortinas de todo ese paisaje que llevas ahí debajo, porque no era plan tener la panorámica de tus vergüenzas mientras te hacía las maniobras para

resucitarte.

—¿Y qué hace mi camisa desabrochada? ¿No te habrás aprovechado de mí mientras estaba inconsciente? Ay Freddy, Freddy....

Claudia sigue guiñándole un ojo y ahora le saca maliciosamente la lengua tocando con la punta el borde de sus propios labios, toda una golfilla perversa.

—No sigas por ahí, Claudia. Respeta a tu amiga. ¿No querrás tentarme, verdad? Recuerda que soy un hombre casado...

—Casado y cansado, querido Freddy.... —ahora con la punta de su pie empieza a darle masajes en el pecho de Frederick, desde esa posición, tumbada a lo largo del sofá, teniendo al marido de su mejor amiga frente a ella, aún sentado en el otro extremo.

—¿Cansado de qué? “ *Maldita sea, me está poniendo a cien esta mujer, tal como está me la follaría a lo bestia. Lo está deseando la cabrona y si no me contengo mi polla empalmada se va a dar el gustazo de penetrarla hasta hacerla gritar de placer. Mmmm cómo quisiera darle lo suyo a la condenada...*”

—Vamos... —ahora abre un poco las piernas poniendo el pie que tenía sobre el pecho de Freddy sobre su pantalón, frotándole uno de los muslos, doblando la pierna en el masaje haciendo más visible su sexo desnudo.— ¿No me dirás que no te gustaría variar de menú? —con una mano se va levantando la faldilla y la dirige a su entrepierna.

—¡Basta! —Freddy se levanta y con una gran calentura se va hacia la puerta.

Su polla está a punto de reventar presionada por la escenita que le está montando Claudia. En su imaginación caben mil respuestas a esa invitación a complacerla, pero ante todo siente que le debe respeto a la madre de sus hijos y buscando poner cordura a la situación abre y la invita a salir de allí.

—Lo siento, pero tengo que trabajar. Veo que estás mejor. Ahora llamo a un taxi para que te lleven a casa. Espera fuera si no te importa.

—Espera... me estoy volviendo a marear.. —dice ella al incorporarse.

Se ha vuelto a quedar con los ojos cerrados, tumbada a lo largo del sofá, y uno de los brazos suspendido hacia el suelo.

—Menudo papel está interpretando... —piensa Freddy sonriendo.

Le hace gracia lo cabezota que es. Cuando algo se propone, no para hasta conseguirlo. Pero él no va a ser uno más de su colección. O al menos eso piensa...

—Vale... no te muevas, ahora vuelvo. —Freddy cierra la puerta y corre a la cocina. Tiene un plan.

Ella se queda inmóvil, pero por el rabillo del ojo le sigue a ver dónde va. Después hace una mueca de satisfacción. “*De aquí no salgo hasta que no me lo folle*” —masculla entre dientes.

Freddy vuelve con un recipiente, su rostro ha cambiado. Va a tomar el control de una vez con aire de niño malo.

—Así despertaban a los perezosos en el ejército.— le dice tras arrojar agua helada sobre ella.

—¿¡Serás hijo de ...?!

De un brinco se ha levantado mirándose de arriba abajo. La ha puesto perdida. Toda calada. Sus pechos muestran el relieve de su contorno y los pezones apuntando como dos señales de alarma, y la cara es un mapa con el eye liner desdibujado.

Freddy se ríe sin poder contenerse. Sin siquiera preocuparse va al salón y coge el móvil.

—Sí, por favor, quería pedir un taxi, es urgente.

Ella se lanza hacia él y le da la vuelta cogiéndole del hombro para situarse frente a su cara.

—Sí, tome nota de la dirección... —prosigue Freddy ahora en un tono más bajo apenas perceptible.

Claudia se arrima a él, comienza a frotarse contra la dureza de su miembro que ha vuelto a crecer intempestivamente. Le envuelve con una de

sus piernas y va subiendo y bajando para darse placer con su protuberancia viril.

—Sí... perdone....ya no hace falta.... —y el móvil cae de su mano para sujetarla. Se agolpa a su cuerpo estrechándola fuertemente para poseerla, besarla, tocar todo su cuerpo, entrar en todos su orificios, consumirla vorazmente como un lobo a su presa.

No puede más y deja que ella siga moviéndose; coge el ritmo para procurarse placer igualmente. No puede detenerse, es más fuerte que su raciocinio. No es un superhéroe y la tentación por dejarse llevar es superior a su voluntad.

—Nena...tú te lo has buscado. Te voy a follar como nadie lo ha hecho jamás.

—Mmmm Frederick, ya creía que eras de piedra...

—Hasta las piedras se resquebrajan —le suelta mordiéndole un pezón mientras la agarra por las nalgas estrechándola contra su polla y prosigue: —, ante demasiado calor.

—¿Te enciendo? —susurra malévolamente, suspirando de placer arqueándose mientras él sigue mordiéndole, besando, apretando y desplazándola hacia la mesa de seis metros de largo del salón.

—Eres muy muy mala, Claudia. Sabes que sí. Eres un volcán de lava, nena.

Ella se pega contra el borde y se sienta sobre la mesa, se tira hacia atrás y se da la vuelta, comienza a gatear, dejando que se vea su pecado mortal mientras va zigzagueando hacia delante.

Los objetos que hay encima se ven desplazados por su mano, pequeños centros decorativos con bolas en cuencos de madera que caen rodando.

Él la mira con los ojos desorbitados. Se sube a la mesa y la persigue, gateando igualmente.

—Hola, tigre... ¿Quieres comerme? Mira, tengo algo para ti... —Claudia gira su cara e inclina hacia atrás su trasero, exhibiendo su sexo mucho más a

Freddy que ya casi la alcanza.

Sin más miramientos Freddy se desabrocha el cinturón, se baja los pantalones y saca su miembro empotrándoselo de un golpe. La agarra por la cintura y ella se deja follar recogiendo cada arrebató para ir al unísono.

—¡Aaaggg! ¡Qué puta eressss Claudiaaaa! ¡Cómo me pones!

—Sigue, sigue...más , ¡más másssss!

—Toma, ¿es lo que querías, no?¿Querías que te follara? Pues aquí la tienes, toda para ti... vamos, muévete, zorra... así me gusta....Mmm qué bien lo haces, eres una verdadera puta, así.... Más más...muévete más..... ¡Aaaaggg!

—Sí, sí, sí, síiiiiiii ¡no pares no pares no paaaaa Aaaaggg!

Se quedaron un rato pegados, en un vaivén tranquilo que seguía sacudiendo de descargas eléctricas todo su cuerpo, exhaustos, abatidos después de haberse desfogado.

—Mmmmm tigre... eres muy salvaje... —se vuelve hacia él y comienza a darle besos en la boca, relamiendo sus labios con la lengua mientras él va desabrochándole los botones que le quedan por abrir.

—Y tú eres una pantera en celo. Dime, nena, ¿te has quedado satisfecha o quieres más?

—Másss quiero másss

—¿Ah, sí? ¿La fiera quiere másss? Pero no se ha portado bien... y hay que domesticarla... —se mete uno de los pezones en su boca y empieza a mordisquearlo, haciendo que ella suspire y ahogue su excitación en un ligero lamento. Se agarra a su cabello y pasa sus manos hacia su espalda, metiéndolas bajo su camisa. Le araña con sus uñas largas dejándole las marcas.

—Mmmmm ahora verás. Me has hecho daño, fierecilla.

Freddy la agarra por las manos y la echa hacia atrás, dejándola totalmente estirada encima de la mesa. Tiene la blusa abierta, los pechos al aire y la faldilla aún semi ocultando su pubis.

Su pantalón acaba deslizándose hasta desaparecer y con mayor libertad de movimientos vuelve a cargar sobre ella. Introduce su miembro dentro de ella y se detiene.

—¿Quieres que me mueva?

—Sí.... Muévete....

Ella alza y baja su trasero a compases irregulares a la vez que contrae las paredes de su vagina, consiguiendo más sensaciones ya que él no se mueve un ápice dentro de ella. Solo la mira con cara de perverso.

—No te lo mereces... me has hecho caer en tus redes... niña mala. Te tendría que dejar así, con las ganas y dejarte marchar para darte tu merecido...

—Te mueres de ganas como yo de hacerlo miles de veces conmigo. He visto cómo me miras cada vez que nos vemos. Estabas deseando metérmela pero no te atrevías... pero he tenido que dar yo el primer paso...

—Eres una provocadora... siempre tan sexy... ¿Por qué vas siempre tan caliente?

—Solo cada vez que te veo, Freddy. Me pongo sexy para ti, aunque tú no te lo creas. Lo que pasa que no me haces caso, solo estás por Mani y tus libros, tus negocios... pero algún día tenía que salir el macho que hay en ti...

—¿A este macho te refieres? ¿Al que te tiene metida su polla dentro de tu coñito? —se va moviendo dentro de ella, haciendo pequeños círculos para después ir embistiéndola cada vez más rápido.

—Sí... a este macho me refería... al que me folla con ganas... no pares...no pares.....no.....

Ella se arquea a la vez que deja salir un alarido del diablo. Su sexo emite pulsaciones que transmiten a Freddy la increíble llegada al mismo nirvana.

Entonces sale de ella y como un surtidor la riega, siguiendo con su mano la largura de su pene en repetidas idas y venidas hasta vaciarse encima de ella. Le ha llegado hasta su misma cara, salpicando su cuello, el pecho, su vientre. Ella se relame intentando llegar con la punta de su lengua a las gotas de semen que la rocían. Después se unta el cuerpo con toda la sustancia

lechosa y le mira con cara de lascivia. Se chupa los dedos para colmarse de los restos que le quedan y se va doblando hasta colocar sus labios ante su polla.

—¡Estabas cargadito de amor, baby! No tienes quien te ordeñe como Dios manda... pobrecito...

Comienza a lamer el glande, dando rodeos sobre él con su lengua, untándola después sobre toda la largura del miembro, recorriéndolo para degustarlo por completo.

—Mmmm está tan rica... esta Mani tiene un verdadero tesoro... cómo la envidia... Mmmm

—Mmmm nena, no tienes fin, vas a conseguir que te vuelva a follar, pero tenemos que parar.... Pueden venir de un momento a otro...

Un ruido les alerta de que un coche ha llegado. Las cortinas están echadas y no pueden ver nada del exterior. Son tan opacas que sería imposible que alguien les hubiera visto desde fuera. Otras veces están recogidas hacia los lados dejando solo un visillo ibicenco como filtro ante la luz, pero Freddy las había corrido cerrándolas para poder concentrarse en su novela. No le gusta sentirse observado.

—Vamos, vístete, rápido. Ya están aquí.

—Por qué poco... ya podrían haberse entretenido más por ahí... otro día vienes a mi casa, allí no nos molestará nadie.— le propone Claudia, abrochándose los botones y buscando sus zapatos.

—Están en el vestíbulo. —y colocando lo que Claudia derribó de la mesa ve que hay gotitas blancas que se están secando en la mesa de caoba.

—Entretenlas. Diles lo del mareo. ¡Qué desastre!

Freddy se afana en limpiar con un paño de cocina todos los restos de su eyaculación. Sería una evidencia que le complicaría la vida. No quiere ni imaginar la que le caería si Mani se enterara de que su mejor amiga y su marido se han liado en la misma mesa donde la familia se reúne para comer.

El chófer abre la puerta de la casa para dejar pasar a Marlene y a los

niños, que corren casi sin ver a Claudia sentada detrás de la puerta poniéndose bien los zapatos.

—Niñoosss venid a ver la tita Claudiuuuu!!

Se paran justo antes de entrar en el salón y milagrosamente no ven a su padre medio despeinado , con la camisa fuera del pantalón, la bragueta abierta y algo de carmín en la cara. Está recogiendo todo lo mejor que puede y sale escopeteado al baño para acabar de adecentarse.

Ufff qué demonio de mujer...— se mira al espejo bufando de tensión, con un brillo infernal en sus ojos.

“...Y al quedarse a solas, entre ellos saltaron las chispas de la atracción, provocando un incendio de pasiones prohibidas” — escribió en su novela invisible.

Marlene se quedó algo extrañada al verla mojada y arrugada su camisa, pero Claudia manejó bien la situación:

—Me he peleado con Dani, Mani, me tomé unas copas y vine a desahogarme. No cogías el móvil.

—Lo olvidé... las prisas... dime..¿Qué ha pasado? ¿No aprenderás nunca? Es que no cambias, ¿eh?

—No, esta vez ha sido por causas mayores. Si no te importa me quedo a cenar y cuando se acuesten los niños te cuento. No puedo irme así a casa. Te cojo algo de ropa, ¿vale?

—Claro, ve a mi habitación, voy a saludar a Freddy que debe estar enfrascado en sus escritos.

—¿Has avanzado mucho, amor? —Marlene besa a su marido en la mejilla, echando un vistazo a los apuntes que tiene entre las manos. Él no levanta la vista hacia ella. Sigue centrado en las últimas líneas como si lo que pasó después de ellas hubiera sido un paréntesis escrito con un bolígrafo sin tinta. Él está echado en el sofá del salón, con las piernas estiradas a lo largo. De pronto se acuerda que ha dejado la toalla manchada de carmín en la bañera, oculta tras la mampara. Espera que no la descubra y se levanta para

ocupar el lavabo.

—Hola, Mani. —corresponde con un beso casto en su barbilla. —puesss si... algo he avanzado... tengo la idea... pero me hace falta elaborarla, ya sabes.

Da unos pasos hacia el lavabo y los niños se le ponen por medio persiguiéndose el uno al otro alrededor de la mesa.

—Niños, dejad la bola, que no es una pelota.— les pide su madre al ver que están jugando al fútbol con una de las esferas que había en la mesa. — ¿Pero quién os ha dicho que juguéis con eso? ¡Dejadla en su sitio, vamos! Se romperá... eso no es un juguete.

—Si estaba en el suelo, mamá.

—No mintáis. Nunca están en el suelo. Venga, que os voy a enseñar modales, ala, a la habitación a cambiarse de ropa.

Freddy lo escucha desde el lavabo. Tiene el corazón a mil por hora. Claudia ha ido dejando pistas por todos lados. La va a matar. Y encima se queda a cenar.

“Ufff quiero desaparecer de aquí. Se nos va a notar que nos hemos liado. Ya la veo mirándome con picardía mientras mete la comida en la boca, o subiendo su pie por debajo de la mesa hasta intentar tocarme. Mejor me voy a dar una vuelta hasta que se vaya. Mañana hablaré con ella. Ha sido una locura. ¡Diosss qué he hecho?!!



CAPÍTULO 12

—Claudia, tenemos que hablar.

—¿Solo hablar...?

—No empieces... tengo poco tiempo. ¿Estarás en casa?

—En la tuya o en la mía... me encanta la mesa de tu salón...

—No sigas... vamos a dejar las cosas claras. Voy a tu casa dentro de media hora. ¿Estarás sola?

—Aquí estaré, calentando la cama hasta que llegues, Frederick. Mmm te espero...

Desde la oficina de la editorial coge un taxi hasta la urbanización de Claudia. Mira a los lados antes de salir del vehículo para que ningún vecino y ve que hay una mujer mayor regando el jardín. No puede mostrarse y dejar cabos sueltos.

—Por favor, lléveme a una tienda donde tengan artículos de disfraces, cualquier supermarket con gorros, gafas, barbas postizas...

—Entiendo. —deduce el taxista, un hombre que debe estar a punto de jubilarse y ha visto de todo en el asiento trasero. —Hay una tienda por aquí cerca, de esas que tienen desde un tapón de bañera hasta un diccionario de inglés. ¿Va a darle una sorpresa a alguien, verdad? —pregunta con socarronería mirando a Freddy por el espejo retrovisor.

Ahora Freddy se prepara para salir de incógnito del taxi. Lleva puesto un sombrero de cowboy, bigote del llanero solitario y un ojo tapado a lo “Piratas del Caribe”, una mezcla que llama la atención de las señoras que se cruzan en su camino y sonrían al imaginarse la fiesta que se va a dar su vecina Claudia con tal visitante. El traje color caqui en seda de Armani, y su camisa vainilla no le pega nada con el conjunto, ni los mocasines Hogan sin cordones.

“ Qué gilipollas que soy ” “ Si encima me reconocen las vecinas ya el colmo, infiel y payaso a la vez...el lote completo ”

La puerta está entornada, a un centímetro del cierre. Empuja un poco y entra con ganas de quitarse todo eso de encima.

Dentro hay un olor a incienso , a sándalo, que se mete por las neuronas receptoras avisando de que ahí se está o bien meditando o preparando una sesión terapéutica.

“Estará preparándose para entrar a escena... esta Claudia no me va a volver a tentar. Dejaré claro que lo que pasó no volverá a ocurrir.” Se quita el sombrero, lo lanza al sofá y acto seguido tira del elástico que sujetaba el parche del ojo arrojándolo al suelo.

—Aquí...estoy aquí... —susurra ella desde el dormitorio sin verle aún.

Freddy avanza por la alfombra roja del pasillo. Tiene la casa que parece un burdel. Demasiado rojo por todos lados. Lámparas rojas, cristales rojos colgando del techo, cortinillas de bolas rojas y granates.... Se le está quedando la vista cansada ya de tanto estímulo.

—No te creas que vengo a lo que tú piensas, Claudia. Esto —y la ve tumbada en la cama de sábanas de seda negras, en el centro de un dosel del que caen cortinas plateadas, también cuelgan motivos cristalinos que emiten brillos de plata al reflejar la luz de las velas. Dos candelabros macizos argentados colocados sobre un mueble de caoba negro y tiradores con motivos coloniales otorgan una ambientación de verdadero ritual en esa habitación.

Imponentes cuadros con desnudos y escenas del kamasutra con figuras japonesas decoran las paredes oscuras. la blancura de la piel de Claudia contrasta con toda esa penumbra y misterio, emitiendo una luz hipnótica que Freddy no puede evitar en contemplar.

Ella está únicamente tapada con un cojín negro de seda , abrazado a él mientras le mira sonriendo. Su cabello rubio platino le cubre el pecho y los hombros, ondeando sus rizos como las olas de un mar embravecido a punto de hacer naufragar al mismo Ulises.

—Oohhh te ha crecido bigote desde ayer... me gusta... vienes dispuesto a jugar, eh?

Se quita el bigote de un tirón y se le pega en la mano.

—He tenido que disfrazarme para venir aquí. No es lo que tú te piensas.

“Qué bella está... si fuera libre la poseería endiabladamente. Se me está poniendo dura de verla tan disponible para mí, tan sexy, tan provocativa...”

Ella se levanta dejando el cojín a un lado y muestra toda su escultural figura, es una Venus esculpida con cinceles de suma delicadeza y sensualidad. Su cabello acaricia sus pechos permitiendo que hechice aún más su presencia para continuar recorriendo la vista de su cuerpo hasta su pubis aterciopelado, coronado por un triangulito de vello dorado en su inicio.

—¿Por qué te fuiste anoche? ¿Temías que nos descubriera tu mujercita?
—posa sus dedos largos y finos por el traje de su presa, deslizando las yemas en ondas desde los hombros hasta abajo.

Él le toma las muñecas y la echa hacia atrás con fuerza haciendo que caiga en la cama, rebotando ligeramente. Su melena se esparce por su cara, sus brazos extendidos en plan sacrificio y los pies tocando el suelo con las piernas cerradas. Se queda tal cual agarrando las sábanas con las manos, estrujándolas y moviendo a la vez las caderas, cimbreándose de un lado a otro como una serpiente venenosa.

—Te deseo, Freddy, te deseo... quiero tenerte otra vez...

—Tú y yo no tenemos nada que hacer, ¿me escuchas? Lo que pasó es como si no existiera. No intentes destruir mi matrimonio. Por el bien de Marlene, no des pie a que sospeche nada. ¿Está claro?

“No puedo ser débil. La tomaría ahora tal como está, abierta para mí, me hundiría en su cuerpo hasta desintegrarme en ella.”

Claudia va abriendo cada vez más las piernas. Una de sus manos se pasea por sus senos con sensual erotismo y aterriza en su sexo, señalando con sus uñas sangrientas la entrada del averno. Poco a poco va introduciendo más su dedo hasta enterrarlo en su vagina, acompañando una ligera presión que despierta un gemido de placer que sale de su boca, a la vez que su lengua va

bordeando con lascivia sus labios sanguinarios.

“ Diosss qué hembra... cómo sabe... siempre ha sido tan atrevida... la he soñado tantas veces en esta postura, me parece mentira que lo esté viviendo , que no sean imaginaciones mías... es más perversa de lo que pensé... con razón cambia tanto de pareja, a esta no le sacia nadie, es una piraña devoradora de hombres...”

— Freddy... tengo frío... ¿Quieres acercarte y darme calor...? Mmmm ven... no seas malo... cuídame... —se coge ambos pechos masajeándolos y llegando a sus pezones rosados con la lengua según los levanta hacia su cara.

Frederick no puede resistirse más, es demasiada la tentación, ni un célibe sacerdote soportaría negarse a probar ese manjar que derrite sus entrañas.

Se quita la chaqueta, lentamente, saboreando lo que ve, deteniéndose en sus ojos vidriosos, llenos de deseo. Levanta la barbilla en actitud de dominio y control y va desabrochándose los botones de su camisa. Sus manos son precisas, determinantes.

Ella se excita al ver que lo ha conseguido, que va a ser suyo de nuevo. Se toca calmando la tensión que hay en su interior, hundiendo sus dedos en su vagina.

—Mmmm siiiii...ven... tócame... mira cómo estoy ...húmeda para ti...

Frederick no dice nada, sigue desnudándose, desabrochando el cinturón, lo retira de la cintura y lo aparta encima de la mesilla de noche. Con la mandíbula hermética, el semblante severo, está lleno de coraje. Su talante es la de un hombre que no se anda con tonterías y va a demostrar qué es lo que ella necesita. Quiere calor y él es el mismo fuego. La va a domar, va a marcarla para siempre porque así ella lo ha querido. No hay vuelta atrás. *“Al infierno de cabeza, Freddy”*

Ella baja de la cama y se arrodilla frente a él. Retira sus pantalones y él acaba de salir de ellos y del bóxer levantando los pies. Su polla está erguida devastada por la aglomeración de sangre en toda su voluminosa erección. Un conjunto de venas se perfilan a los lados brotando con furia a punto de

explotar. Claudia la toma con su mano mientras la otra acaricia sus testículos, la va lamiendo poco a poco por todo su contorno hasta irle adentrando en su boca, sacando a veces la lengua para irle degustando con ansias.

—Métela hasta el fondo. Y mírame.

Claudia nota el carácter tan rígido que se apodera de las palabras de Freddy. Su mirada es fría como el carámbano. No es el mismo. ¿Quién es ahora?

—He dicho que me mires.

Ella se eriza por dentro. No se atreve a fijar sus ojos en los suyos. Se concentra en el lameteo de la polla que no puede parar de engullir y chupetearla.

Freddy le tira de los pelos inclinando su cabeza para que le mire. Toma su barbilla y aprieta sus mejillas con la polla aún dentro de su boca.

—Cuando yo te dé órdenes las tienes que cumplir, zorra.

—Sí.... —dice ella como puede al soltar un poco su miembro para hacerse entender.

—Sí qué... —le da un pequeño cachete en la cara.

—Sí, Fred...

—Sí, señor. A partir de ahora llámame así. Tú serás mi esclava. Yo tu señor.

—Sí, señor... soy su esclava, señor... —responde ella cambiando el semblante, ahora en un trance. Se convierte en objeto de deseo del hombre que tanto la atrae por el fuerte magnetismo que la empuja a él desde el primer día que lo vio, hace años ya, en aquella heladería junto a su amiga Marlene.

—Dime una cosa, esclava. ¿Querías que te domara azotándote? Solo si tú quieres.

—Sí, señor, quiero que me azote, que me corrija mis faltas, que me castigue...

—Bien, esclava, bien... si me excedo házmelo saber y pararé. Quiero que disfrutes mientras te marco, ¿entendido?

—Sí, amo...le indicaré cuando mi cuerpo no lo soporte más...amo...

—Ahora ponte de espaldas en la cama. Túmbate.

—Sí señor.

—Muy bien... niña mala... tu culito va a recibir. Mi cinturón servirá. Prepárate, nena, vas a temblar y te voy a dejar el trasero hirviendo. Te vas a acordar de mí cada día al sentirlo dolorido... ahora...disfruta...

Coge el cinturón de la mesilla y empuñándolo desde la hebilla lo va lanzando hacia las nalgas de Claudia, primero con suavidad, casi sugiriendo su roce, después con más fuerza hasta conseguir que suene el golpe seco con la piel a la vez que surge el gemido de tal sensación, dolorosa y placentera al mismo tiempo.

—Oh señor... deténgase ya... he aprendido la lección...

—Eso es lo que quiero, demostrarte que me debes un respeto, y que solo harás lo que yo te ordene. No consiento que hables de nuestra relación con nadie y mantendrás esto en secreto...¿entendido, zorra?

—Entendido, señor. No hablaré con nadie de nuestro secreto. Solo lo sabremos usted y yo. Lo prometo...señor...quiero cumplir todos sus deseos y todas sus órdenes. Seré merecedora de su cuerpo, quiero que me posea, amo...

—Primero vamos a cuidar de tu culito, está necesitado de caricias después de recibir el castigo. Voy a mimarlo como se debe, es mi culito, eres toda mía, ahora tu cuerpo me pertenece y solo yo gozaré de él. ¿entendido, nena?

—Sí...

—¿Sí qué..?

—Sí, señor... solo usted tendrá mi cuerpo, solo usted me follará, nadie más tocará lo que es suyo, señor, mi señor. Poséame, entre en mí...

Tras suaves caricias sobre sus nalgas encarnadas, le abre la entrepierna y va metiendo su mano hasta dar con su clítoris, rodeándolo con los dedos, rozándolo con sus yemas una y otra vez, mientras ella deja que sus gemidos salgan de lo más profundo de su garganta, llegando casi al éxtasis.

—Más... tócame más...

Él se levanta, manifiesta enfado y la coge de los pelos de nuevo, sacándola de la cama.

—Te he dicho que solo yo doy órdenes. Si quieres algo de mí me lo suplicas, me dices: se lo suplico, señor. ¿Está claro?

—Sí, señor, lo siento... quiero ser una buena esclava, enséñeme. Nadie como yo le va a satisfacer. —ella le mira con la cara de una poseída, está encantada de causar en él ese arrebató. Se siente poderosa al haber desmontado el arquetipo de hombre tranquilo y respetuoso. Ahora está soltando el hombre apasionado que ella esperaba encontrar y que intuía escondido, dentro de su coraza, sin que nadie hasta ahora lo descubriera. La toma por la cintura y comienza a olerla por su cuello, sus hombros, dándole pequeños besos susurrantes a la entrada de uno de los oídos.

—Por hoy te lo paso, no quiero lastimarte más, quiero disfrutar de ti toda entera, mañana ya te impondré la condena...— *Mmmm es tan deliciosa...* ¿Vas a ser tan puta como espero, verdad, nena? —le dice mirándola directamente a los ojos, tomando su barbilla con los dedos. Ella le corresponde con los párpados medio cerrados de la excitación. —Me vas a mostrar cómo te masturbas, como antes lo hacías, pero ahora vas a hacerlo con esta vela...— él sopla una de las velas del candelabro que tiene cerca y la coge entre sus dedos. Claudia la toma y se lleva el extremo frío hasta sus labios, pasando su lengua por el borde, provocándole. Después se da la espalda y se apoya contra él, tocando con sus nalgas su miembro erecto y duro, subiendo y bajando sus caderas para acariciarlo. Se va acariciando los pechos con una mano y con la otra va deslizando la punta de la vela que ha lamido hacia su pubis, haciendo ondas hasta llevarlo directamente a la entrada de su sexo. Se ayuda de los dedos para frotar su clítoris a la vez y comienza a follarse la vela con un ritmo cada vez más rápido, suspirando en sollozos ahogados que no acaban de mitigar su aflicción. Siente que él desea que ella goce y su placer es máximo al saberse el centro de toda su atención. Le va a

demostrar cómo busca su propio placer en embestidas delicadas y precisas que acaban por hundirla en un mar de aullidos y respiraciones agitadas por llegar al clímax.

Él la penetra por detrás ocupando el lugar del cirio y se adueña de su coño por entero. La sujeta con fuerza agarrándole uno de los pechos, apretádoselo, su aliento está pegado a su cara y ella acerca la suya para intentar besarle. Se funden sus lenguas enroscadas, emitiendo jadeos que crecen y se convierten en verdaderos gritos de locura, acabando en una embestida fuerte que hace emitir un graznido bestial y alaridos por parte de ella, derrotada tras tanta excitación.

—Así me gusta, nena, ven, descansa. Échate... tenemos mucho de qué hablar....



CAPÍTULO 13

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? Quiero saber si estás de acuerdo en todo cuanto va a suceder a partir de ahora.

—Frederick, eres adorable. Me fascina tu manera de ser. Me has hecho sentir como nadie lo ha conseguido. He descubierto tantas cosas nuevas que no imaginaba llegaran a ser tan placenteras.. me gusta verte fuera de tus casillas, adoro que me trates así, duro y delicado a la vez. Quiero pertenecerte y ser solo tuya.

—¿Y guardarás bajo llave este gran secreto? —le reclama poniendo el dedo índice sobre sus labios.

—Nuestro universo es solo nuestro, Freddy, no temas, tendremos nuestros momentos sin que nadie se entere.... Pero... ¿el próximo día cómo vendrás... te vestirás de bombero?... sería muy morboso...— ríe y se abraza a él bajando las manos hasta su miembro medio oculto por las sábanas.

—Hay unos apartamentos retirados que podrían ser nuestro lugar de encuentros. Fueron vendidos para reformar y convertirlos en oficinas de una gran firma de seguros, pero no tienen aún los permisos y va para largo... me haré con la llave de uno de ellos y tú tendrás una copia. Yo me encargaré de amueblarlo. Deben estar vacíos.

—Pero aún así... te disfrazarás cuando nos veamos, ¿quieres? —“*Le es divertido imaginárselo con uniforme cumpliendo una misión de salvamento.*”

Él se deja besar por los labios deseosos de la rubia despampanante de Claudia que no tenía fin en su consuelo. Recorre su cuerpo desde la cintura hasta su cuello, para luego ponerse de rodillas y centrar su sexo en el suyo, quiere mecerse pero antes debe pedir permiso o será nuevamente reprendida.

—Señor... su puta quiere volver a follar...

—Muy bien, así se hace, se ha de rogar, suplicar... y ganárselo... quiero

ver lo guarra que eres encima de mí... fóllame con tu coño imparable... saca la puta que han dentro de ti y demuéstrame que mi polla te vuelve loca... fóllatela con ganas...mira... la has encendido de nuevo... cómo sabes... eres una grandísima zorra, te la vas a comer entera en tu voraz coño y me voy a correr dentro de ti viendo cómo tú también te desparramas de placer...— vuelve a sacar el dominador que surge de su médula sexual, mete sus dedos en la boca de Claudia, su esclava, su hembra salvaje, y se arquea sintiendo cómo ella introduce todo su miembro dentro de su ardiente cavidad latente.



Pasada una semana se vuelven a encontrar en el apartamento acordado. Se han decorado las habitaciones al gusto de él. Son sobrias y elegantes, las paredes parecen desnudas, habitadas por espejos con marcos voluptuosos de aire renacentista, bañados en plata igual que los muebles de la entrada, es un clásico adaptado a la modernidad que incita a vivir en otra etapa de la historia, es como sumergirse en otra vida, una vida paralela. Él le hace un impresionante regalo para demostrarle cuánto le importa y su deseo de hacerla feliz: le muestra una caja dorada y le pide que la abra. Ella está como una niña, ilusionada con el detalle que habrá en su interior. Es una pulsera de rubíes rojos y diamantes que la deja con los ojos en blanco y la boca abierta. Se tira a sus brazos y no para de besarle hasta que él la detiene. “Nena, no es para tanto” “Tú te mereces esto y mucho más”. La tiene totalmente loca.

Ella le ofrece lo que mejor sabe hacer: le da un buen masaje en los hombros y le proporciona una gran relajación. Después rompe el silencio con sus inquietas dudas sobre su matrimonio.

—Podríamos celebrar nuestro reencuentro contándonos nuestras confidencias. ¿Has sido feliz con Marlene?

—No quiero hablar de ella, ahora solo estamos tú y yo...¿recuerdas? Nuestro mundo...nuestro acuerdo...

—Está bien... pero antes de nada quiero contarte algo. No debes preocuparte por lo que te voy a decir, solo quiero conocer tu opinión.

—Cuéntame...ante todo somos buenos amigos. Puedes confiar en mí, te orientaré lo mejor que puedas sobre lo que tengas dudas.

—Verás, aquel día que llegué a tu casa...

—Sin bragas...— él le lamió el lóbulo de la oreja, aspirando su aroma, exhalando su aliento.

—Mmm deja que siga, sino, no podré terminar... bueno, como iba diciendo... ese día rompí con la pareja con la que estaba entonces. Teníamos en común los gastos en la cuenta corriente de mis ahorros, tonta de mí que confiaba en él...al ir a pagar con mi tarjeta me invalidaron la compra. Me había dejado a 0.

—¿Cuánto se llevó ese miserable? ¿Le has denunciado? —se incorpora y pasea por la sala hasta llegar al mueble bar, entra en la barra y coge una botella de whisky y un vaso al que agrega unos hielos. ¿Te apetece otra cosa o te pongo lo mismo? —le ofrece a ella que lo mira desde el sofá, echándose a lo largo y estirando las piernas hacia arriba, dejando casi la cabeza fuera con su cabello suelto, suspendido como una cascada de rayos luminosos.

—Sí, ponme lo mismo...gracias, Freddy. Sigo contando... tenía para pasar al menos un año sin tener que pasar privaciones, pues me quedé sin trabajo en el salón de belleza donde hago masajes y no me va a quedar otra que irme al pueblo de mis abuelos para vender la casona que heredé de ellos. Ahí es donde quiero que intervengas.

—¿En serio has agotado todos tus recursos?

—Sí... me es difícil seguir en la ciudad, no tengo ni para el alquiler. En el pueblo de mi familia se ha fomentado el turismo rural, ecológico, pues allí se respira mucha tranquilidad.

—Vamos, el lugar idóneo para ti, la urbanita a la que le resulta tedioso el

panorama bucólico... —tras haber servido la bebida se la ofrece con amabilidad y cariño.

—Ya sé que lo nuestro será como un paréntesis en nuestras vidas, pero me gustaría invitarte, que me acompañaras a la casona donde me alojaré para que valores la posibilidad de convertirla en un centro de retiro. Puede que la empresa con la que te mueves quiera comprarlo...

—Debo ver primero en qué condiciones está, si es demasiado vieja y hay que tirarla o si se puede reformar, si es que tiene una buena cimentación y su estructura es sólida...

—Podrías venir a verla, Freddy, así no tendría que ir yo sola. Aquello es para morir de asco...todo verde me pongo mala solo de pensarlo...

—Quizás Mani pueda ir contigo, me pasáis las fotos y lo valoramos. Yo ando muy ocupado con mi nueva novela.

—¿Ah sí? ¿De qué trata?

—Bueno, es más bien biográfica. Pero no se lo comentes a mi mujer. Quizás se quede en un cajón sin terminar...

—¿Sabes? Creo que tienes un pasado interesante por contar. Detrás de tu mirada parece haber un mundo oculto, no sé, hay sombras que transmiten algo que te pasó y te ha hecho ser tan profundo, tan misterioso. Mira, podrías venir a la finca y allí te concentras fijo, ¿No hacía lo mismo aquel escritor que escribió “El guardián sobre el centeno”? ¡Vente!, te quedas después allí todo el tiempo que quieras.

Se miraron y se perdieron en una vorágine de besos y caricias hasta que él se impuso y la hizo arrodillarse para que gateara por la alfombra gris, recogiendo las perlas que él le iba arrojando, situándose detrás, admirando sus nalgas desnudas y el centro de su perversión asomándose entre ellas mientras se contoneaba como una gatita para recoger en su boca las perlas y guardarlas en su mano.



En la finca de los abuelos de Claudia...

Marlene no pudo acompañarles, debía atender las necesidades de los niños respecto a sus clases en el conservatorio de música. Los profesores celebraban clases abiertas para que los padres vieran sus progresos. Freddy ya había presenciado muchas de sus proezas pero esta vez le pidió a Marlene que lo grabara todo para después verlo al regresar del viaje.

Marlene quería lo mejor para su amiga e insistió a Freddy que fuera él con ella a valorar la propiedad de Claudia. Entonces no sospechaba nada.

Fueron en el coche de Freddy. Ella cerró sus ojos durante el camino, se relajó con la música que emitía el estéreo y permitía que él de cuando en cuando pasara la mano derecha bajo su falda. Se abría entera para él, disfrutando de cada caricia hasta derretirse entera.

A mitad del camino pararon a la entrada de una finca. Tomaron un pequeño sendero hasta el bosque y contra un árbol él se desfogó plenamente en ella. Claudia se recuperaba de su agitado viaje y volvía a subir a la cumbre de las sensaciones con esa visita inesperada al bosque. En el coche ya la había hecho llegar tres veces y el árbol detenía su cuerpo en una nueva explosión de delirios.

Por fin llegan a la finca de los abuelos de Claudia.

La gran casona está habitable, a pesar de que hayan pasado tres semanas desde que sus abuelos la dejaran vacía para pasar a mejor vida. Conserva aún el aroma a lavanda e hierbabuena que emanan los ramilletes de hierbas colgados de las vigas de madera de los techos. Las paredes son de piedra y los ventanales y armarios de fusta maciza. Todo respira naturalidad, no hay nada apenas que sea de plástico. Las cazuelas en la cocina de barro, las jarras de porcelana, las toallas en los baños con las iniciales bordadas. Artesanía y naturaleza de la mano. Los colchones de las habitaciones invitan a sumergirse

en una atemporalidad que volverá única la experiencia de poder soñar en esa atmósfera que separa lo que hay tras los muros de la casa. Es un mundo aparte.

Allí solos, intentan detener sus impulsos para solucionar el tema cuanto antes. Recorren las viñas que rodean la casona, piensan que podrían sacar el mejor vino de la comarca de las cepas tan extraordinarias que aún se conservan... el terreno es propicio para ello y las cosechas anteriores así lo testifican.

Conocen al dueño de una de las casas próximas y este les dice lo que necesitarán para que ese emplazamiento logre ser un buen destino para los amantes de viticultura.

Pasean por caminos rodeados de pinos y encuentran un pueblo fantasma. Había estado habitado por anacoretas, solitarios que amaban la paz en un retiro espiritual, meditativo.

En las paredes hay pinturas con símbolos extraños. A ella le entra miedo y él la cobija, abrazándola. De pronto escuchan algo. Es el ruido de unas pisadas sobre la hojarasca. Se asoman a ver quién está por ahí y ven salir a una mujer medio loca de entre unas ruinas. Sus ojos miran con las cuencas desorbitadas, las manos alzadas para espantarles, está asustada.

Claudia intenta calmarla. Se acerca lentamente y le enseña sus manos abiertas para demostrar que no va a hacerle daño. Él la sigue haciendo lo mismo, pero se detiene y espera que confíe en ellos.

La mujer se acerca a Claudia y al serenarse deja de gritar. Se disculpa por haberles asustado y les cuenta por qué es tan desconfiada.

Es una superviviente del asfalto que ha ido allí escondida del mundo. Desapareció de la ciudad huyendo del chulo que la maltrataba, se refugió en esas casas medio derruidas y los que la conocían no la volvieron a ver más. La mujer les pidió que no delataran su paradero a nadie, que allí vivía bien, con sus gallinas, su pequeño huerto, y lo que le daban en la Iglesia.

Decidieron no decir nada sobre ella. Dejarla en paz con su libertad y su elegida soledad era lo más razonable después de las que le había tocado vivir.

Pero al despedirse de ella, a Claudia se le ocurrió algo: le ofreció la seguridad de habitar la casona de a cambio de que la cuidara. Prometía discreción sobre su paradero. Allí no la encontraría el malnacido que la explotaba.

Quedaron en verse al día siguiente para preparar su vivienda y la dejaron con las lágrimas brotando de los surcos de sus mejillas arrugadas por el sol y el aire seco de montaña.

Después la pareja se acerca al río que bordea la finca y meten los pies en el agua, refrescándose. Se miran y sonríen. A ella se le ha mojado la falda, se la quita y la pone a secar colgándola en una rama. Como dos niños se tumban en la hierba tomando el sol de la tarde.

Ella se da masajes en las piernas, pues las plantas han provocado una pequeña reacción alérgica en su piel. Él la mira y comienza a excitarse. Se inclina sobre ella y la atrapa entre sus brazos. La envuelve de besos. Ella es traviesa y le muerde el labio. Él la mira con disgusto, arqueando una ceja. Claudia se escapa rodando a un lado y corre entre los árboles. Él la persigue. La atrapa.

—... ¿Qué me vas a hacer...lobito?

..... ¿Me vas a comer...?

..... ¿Eres un lobito malo...?

..... ¿Quieres morderme el cuello?

.....Saca tus colmillos, quiero verlos...

Él la coge por la cintura, ella se rebela.

—Vamos, lucha, soy una presa escurridiza, tienes que cogerm...— le tiente.

Se retuerce entre sus brazos, pero a la vez ríe.

Es un juego de resistencia.

—¿Ah, sí? ¿Me retas? Pues ahora vas a ver cómo domino a esta fiera que me está provocando...

—Sí... vamos.... Necesito una reprimenda por mala....

—Pues vamos a azotarte con esa vara.

Arranca una rama seca del árbol y le da la vuelta, baja sus braguitas y mientras la sujeta de la cintura le va dando golpecitos en sus nalgas, después la deja en la hierba arrodillada y ordena que se esté quieta o recibirá más golpes. Ella se excita solo de verle alterado y obedece asintiendo, con una mueca de satisfacción en su rostro.

—¿Sabes que estás descubriendo la bestia que hay en mí? Te voy a follar aquí mismo y te va a arder el coñito insaciable que tienes, de lo caliente que tengo la polla.

—Sí, señor... entre su polla dentro de mí... apague mi sed... alimente mi coño... está hambriento de su poder, quiere ser penetrado una y otra vez por vos.

—Dime, ¿qué eres para mí? —le pregunta mientras la empotra con su maciza verga, sacándola y metiéndola con agitada aceleración, entre jadeos de pura agonía. —¡Contesta!

—Soy su puta, señor, soy lo que usted quiere que sea, señor. Soy su esclava para darle placer, para que haga con mi cuerpo lo que quiera.

—Tengo que doblegarte, puta mía, vas a sentir lo que es desearme y no poder tenerme. Solo así me considerarás tu verdadero amo. —deja salir su miembro de sus profundas y jugosas profundidades y acaba eyaculando en su trasero, sin dejar que ella llegue a consumir, dejándola sin su premio.

—...¡Agggg!! quiero que me folle, señor, quiero que me atice y me doblegue...necesito su dominio, señor.

—Así me gusta, zorra, eres mi puta y necesitas disciplina. Eres mía y harás lo que yo te ordene sin volver a hacer de las tuyas.

—.....Sí señor, necesito saciar mi deseo, tengo fuego dentro de mí, quiero merecer su atención.

—... ¿Qué quieres decir....ardes, nena?

—.....Sí, le deseo desde que le vi en la heladería...quiero merecer sus caricias, y que me invite a gozar con su cuerpo.

Ella se quitó la camiseta, se acostó sobre un manto de hojas, unas rojas, otras marrones, otras verdes, formando una alfombra otoñal muy romántica, y se abrió totalmente para él, masajeando sus pechos.

Vaya...veo un coño muy hermoso...tendremos que bautizarlo con mi lengua.

—Mmmm está exquisito ... ensarta su lengua en medio de sus labios, esparciéndola como si untara mantequilla en una tostada

—....¿ Le gusta, mi señor?

Ya lo creo...sabe a mujer cachonda, me encanta. Si te resistes y no te corres mientras te como entera, después te voy a follar para sellar mi propiedad, de acuerdo?

—.....sí, amo.....

Se abalanzó sobre ella, en picado, poseído por un impulso atávico. Ella se dejaba hacer, encantada por tenerlo entre sus brazos, entre sus piernas, dentro de ella...

Un frenesí de embates sin parar, en ese acoplamiento que no parecía tener fin, unas veces paraba, después seguía, acrecentando el ritmo, para después parar otra vez...así dos horas, cambiando la posición , pues otras veces era ella quien se subía encima y seguía cabalgando , deteniéndose cuando estaban a punto de explotar. Sus sexos eran los protagonistas, acaparando toda la atención de los demás órganos, incluido el cerebro, que procuraba dar las suficientes órdenes para conseguir el mayor placer posible.

La incandescencia en sus partes íntimas era tal que se manifestaba con su propio latido. Bombeaban tanta sangre en esa dirección anatómica, que todas las fibras nerviosas estaban embriagadas de la misma sensación de placer sexual.

El éxtasis llegó al cabo de todo ese espacio temporal salido de toda medición, era un paréntesis en su vida, una conversión en otra persona que hacía que no tuviera que ver con lo que era en la vida normal de cada día. Hambriento de sensaciones fuertes, Freddy había desatado la fiera que llevaba

años contenida.



Al día siguiente, tras una noche de ensueño en la casona de los abuelos de Claudia , mientras preparan el desayuno en la acogedora cocina con las cuatro cosas que compraron en el pueblo, Freddy comienza a preparar un plan para que su amante tenga en ese lugar tan idílico su fuente de ingresos y se pueda permitir el lujo de mantener la valiosa propiedad heredada gracias al estudiado proyecto de convertirlo en un destino ecológico para los amantes del turismo rural.

—Vendrán de todas partes de Europa, encanto. ¿Qué idiomas sabes, aparte del inglés?

—Algo de francés, y algunas nociones básicas de alemán que aprendí de un novio que tuve hace años que era de allí. Estuvimos en su país viviendo durante unos meses...

—Tendrás que tener a alguien que te ayude en la casa. Aparte de la persona que vendrá hoy , habrá que contratar personal para atender a los huéspedes, guiarles para hacer rutas senderistas, enseñarles la zona, hacer talleres de agricultura ecológica, artesanía, cerámica... e incluso sesiones de yoga, meditación, reiki, masajes....

—Hablando de masajes....— Claudia le colocó las manos alrededor de su cuerpo y se oprimió a él con fuerza como si temiera perderle—, ¿cuándo puedo demostrarte mis habilidades terapéuticas? Soy una experta en la materia. Mis masajes hacen ver las estrellas...

—Seguro que sí... que las vería aún siendo de día con el cielo despejado y radiante sol. Tú eres mi estrella, Claudia, y ahora brilla más que nunca marcando un rumbo que no sé hacia dónde nos lleva, pero, aunque sea al fin del mundo no me importaría con tal de haber vivido contigo momentos tan

excitantes como el que vamos a experimentar ahora mismo... prepárate, nena, porque ese colchón va a ser testigo de escenas muy ..muy... pecaminosas....— susurra dulcemente Freddy besándola por el cuello, los hombros, tomando sus pechos con sus poderosas manos estrujándoselos mientras introduce dos dedos en la boca de Claudia, observando cómo ella los chupa con puro deleite mientras le observa con pura perversión.

—Mmm sí, mi amo.... Quiero pecar y arder en su infierno, quiero convertirme en llamas y fundirme con su fuego... quiero ser cenizas entre sus manos...



Las sábanas almidonadas se suavizaron con las muestras desmedidas de pasión que arremolinaban sus cuerpos entre ellas entre embestidas, caricias, y juegos que no parecían tener fin durante dos largas horas.

Después se refrescaron en el jardín, lanzándose agua con la manguera de riego, corriendo desnudos como dos niños traviesos, bañándose de sol, alegría, agua y muchas risas. Eran inmensamente felices, libres en ese apartado rincón donde nadie prohibía su recién enlace como amantes. Era como una luna de miel en sus vidas paralelas, en la que no existía otro compromiso más que el de satisfacer todas las fantasías sexuales que quedaban por hacer realidad.

Por la tarde ya estaban dando instrucciones a una empresa que se cuidaría de proveer lo necesario para que la persona que encontraron en el pueblo abandonado no le faltara de nada, y pudiera ir tirando en su nuevo hogar hasta que se levantara legalmente el proyecto turístico rural.

Claudia se marchó con Freddy de vuelta a la ciudad, siguió viéndole en el apartamento en el que cada vez iban aumentando en intensidad sus prácticas eróticas. El monstruo del morbo iba creciendo en su mente sin darse cuenta,

hasta apoderarse de su voluntad y volverse toda una adición.

CAPÍTULO 14

Alina, segunda esposa de Freddy.....cinco años después.

Ella está sorprendida, acaban de entrar en la casa una chica despampanante y un hombre que parece un policía por el uniforme que lleva puesto. Marco y Nick están aún dentro, esperando la reacción de los dos personajes que acaban de sumarse a la invasión en el piso de Alina.

Lo que no sabe ella es que Freddy ha encargado a un organizador de momentos inolvidables que Alina tenga una noche inolvidable...

La chica que simulaba ser la administradora, y que ahora está vestida como si fuera una actriz porno, es una aficionada a las emociones fuertes. Se acerca a ellos y empieza a abofetearlos.

—Hemos venido a protegerte. Hemos recibido un aviso, no te preocupes, nos encargaremos de ellos. Ahora si quieres puedes relajarte un rato, vamos a tomarles declaración.— explica la atrevida señorita mientras exhala humo de su cigarro con larga boquilla.

—Dime.....qué te han hecho? Te han llegado a hacer daño? —le pregunta antes de dirigirse al que tiene detrás.

—No... me han hecho desnudar, me han atado a la cama, me han

—Vamos a darles lo suyo.

Marcos, el más robusto de los dos, suplica juntado sus manos como si fuera a rezar. Ella le da con los tacones en el pecho, poniéndolo extendido en el suelo.

Ahora Alina lo entiende todo perfectamente, es un montaje... la chica se le acerca a los oídos y le susurra:

“Un mensaje de Frederick Valverde: ¡saca la zorra que llevas dentro y disfruta de mi regalo!”.

Alina recobra por fin la calma, se sentía algo culpable por querer participar en esos escarceos y ahora tenía el beneplácito directo de su

perverso marido.

Mira hacia la cámara que solían poner para verse tras grabaciones de sexo y acciona el botón para que se quede todo en la grabadora de video. Después lo verán juntos cuando vuelva de su viaje.

—¡Toma, dales su merecido, por haberte importunado! —la chica le tiende una vara para que se descargue con ellos.

—Síiii me gustaría mucho hacerles sufrir ahora. Átalos a esas sillas, por favor.

La “administradora” viene provista de todo. Lo ha traído del local nocturno con ese menester, sacar el máximo partido a la visita a la cliente.

—Así que este grandullón quería meterte su gigantesca polla.... Vamos a demostrarle quién tiene el mando aquí.— y dirigiéndose al “policia” le dice: —Sujeta a Nick, yo voy a encargarme de Marcos.

El policia observa todo sin apenas moverse. Es bastante atractivo, sus rasgos son como los de un nórdico, ojos azules, labios rosados, unas pecas sobre las mejillas, es una escultura maciza que quita el sentido.

Con ayuda de Alina atan a Nick a una silla. Las cuerdas le rodean el pecho y los tobillos. Sería capaz de levantarse e impedirlo pero no lo hace.

Alina disfruta, está muy decidida a pasarlo bien sin miedos ni mala conciencia. Ellos, Marco y Nick harán el papel de víctimas.

—Vamos a castigaros por ser tan malos... sois unos bichitos del demonio y por eso vais a tener que hacer lo que os digamos, ¿verdad, Alina? —y tras comprobar el asentimiento de ella se dirige al compañero y le ordena:

—A ver, policia, tómeles declaración.

El “policia” se acerca y se pasea delante de ellos.

—Así que os pensabais que podiais hacer lo que queriais con esta inocente chica. —dice el “supuesto miembro de la seguridad nacional” con voz grave.

Y prosigue...

—Quiero que vean cómo se hace el amor a una mujer, sin tener que

atarla.

Poco a poco se va desprendiendo de su ropa, se desabrocha la chaqueta, se baja los pantalones y queda ante la vista un cuerpazo de aúpa.

La “administradora” se acerca a él y comienza a rodearle, fijando sus ojos en todas las partes interesantes de su increíble cuerpazo: los hombros, la espalda, el trasero imponente y digno de ser dibujado, los músculos en su abdomen, en sus brazos, en sus muslos, su tórax tal coraza de guerrero, marcado por un tatuaje japonés, y su verga delante de sus testículos aún en descanso, pronosticando ser de gran consideración.

Una agradable música suena en el móvil de la mujer atrevida, es un tango. Lo que a continuación pasó fue un extraordinario cortejo en una coreografía impecable, en la que no faltaron las típicas muestras eróticas de ese baile tan sensual y arrebatador.

Y ante los demás ojos se devoraron, se enroscaron en otro tipo de baile, el del apareamiento, iniciando un incontenible deseo de seguirles en esa vorágine de incontenibles pasiones y dejarse llevar por la marea de los placeres, por lo que Alina llevó a Marcos al mismo delirio, uniéndose a ellos dos en el frenesí de caricias y exploraciones a todos los niveles que sus cuerpos aclamaban por satisfacer.

Nick les observaba, desde su silla, hasta que la chica se acercó a él y le tumbó al suelo, habiéndole desatado previamente. Él se dejaba hacer. Consintió en que ella le pusiera los pies en su boca y , obligado por esta, se los lamió. El “policía” y Nick satisfacían a la mujer al mismo tiempo. Nick , empalmado como un menhir apuntando al infinito, fue cabalgado por ella. Sus ropas tan llamativas aún no se habían desprendido de su cuerpo. Bajo su vestido mini el tanga que llevaba poseía un espacio entre las tiras que permitía el acceso sin impedimento alguno. Por eso parecía aún más sexy verla encima de él, combinando el color llamativo de su ropa con su piel y su cabello liberado. El “policía” se sumó al combate y la penetró por detrás, de rodillas, tomando sus caderas vacilantes para seguir el ritmo de la follada.

Era una locura aquella escena, la mujer de rojo en medio de los dos tiarrones jadeando sin parar en una entrega plena de sus partes más íntimas, teniendo dos pollas en su interior, jugando con sus adentros, en la vagina y otra en el ano, con tal elasticidad que se veían bien claro que no se trataba de la primera ni la última vez que gozaba de tal manera.

Alina siguió con Marcos una delirante entrada al interior de las pasiones oscuras cuando, habiendo conseguido que este se volviera a empalmar, se introdujo su inmensa polla en su vagina, alcanzando miles de sensaciones ante la grandeza de su miembro inundándola de descargas a escala máxima de placer.

Por último, tras derramarse hasta la última gota del elixir de sus cuerpos, se destapó la cortina de la verdad y se presentaron uno por uno ante Alina, excusándose si habían sido algo rudos al principio, intentando que ella entendiese que todo formaba parte de un acuerdo con su marido, Frederick Valverde, el promotor de tal “regalo”. Valoraron su actitud, su sensualidad, su gran facilidad para excitarles ante tal belleza, tales curvas de vértigo, y su propia naturaleza femenina tan sexy que les volvió verdaderamente locos.

Alina les preguntó dónde había acudido su marido para tal servicio “a domicilio”, porque seguramente le haría algún día un regalo del mismo calibre a su querido marido.

La mujer le dio una tarjeta del club donde participaban. La animó a visitarlo, a reunirse allí con su marido y poder entregarse a más posibilidades y explorar mil maneras de vivir el sexo.

—“Seguramente acudiré.... cuando se ha probado tal veneno, te conviertes en una adicta a él”.. —dice Alina al despedirse.

Se queda en la casa ya vacía y tras un profundo sueño se despierta buscando el calor de Frederick que tanto añora.

Es aún de noche y espera impaciente la llegada del día para ir a comprar otro móvil y poder hablar con él.

El otro ha quedado inservible, pero usará la misma tarjeta con su número

y seguir manteniendo todos sus contactos.

Para otra vez de seguro que utilizará una buena funda que evite la rotura tras una posible caída.

Todo lo que ha vivido ha sido una experiencia inolvidable que quiere compartir con él en próximas visitas a ese club. Su pensamiento se concentra en la gran atracción que su marido ejerce sobre ella. Se enreda en sensaciones que quiere manifestar y coge el portátil para expresar todo su amor en un texto que le va a sorprender cuando llegue y lo lea.

“Frederick, tú eres ESE hombre que me enciende....que me convierte en mecha que arde y se consume por estar entre tus brazos, por sentirme arcilla entre tus dedos y moldear mi cuerpo a tu antojo, por beber de esa mirada llena deseosa, de saciar el apetito sexual, de vivir instintivamente el apareamiento, de dejar que actúe la naturaleza salvaje con total libertad... contigo noto cómo la corriente sanguínea es lava que se derrama sin impedimento alguno... tus besos, tus caricias son torrentes de inmensa excitación... solo saber que voy a ser presa de tus manos, las que inyectan sensaciones tan placenteras que todo mi cuerpo, ya me estremezco. Mis pensamientos se transforman en reacciones sin control, me pierdo dejándome llevar por miles de deseos para que me poseas, anhelando que colonices toda mi feminidad, que tus impulsos germinen mi flor y se unan los néctares de tu propio fluido y el mío. Es mirarte sus ojos y quedar inmediatamente a tu merced, anulándose el raciocinio, queriendo que seamos solo un hombre y una mujer, olvidándonos de todo lo demás.

Lo que me siento es un magnetismo potente, que me atrapa, me arrastra a tu galaxia y me convierte en satélite de tu irresistible atracción.

Solo tú descubres la hembra que hay en mí.”

Con estas palabras quiere demostrarle, que aunque haya dejado que otros hombres se la follaran y ella igualmente haya disfrutado con esas otras pollas, corriéndose de placer en aquella orgía, el que verdaderamente arrebatara todos sus sentidos, su corazón, su alma, es él, Frederick Valverde.

Tras el viaje de negocios en Helsinki, Freddy vuelve a casa, esperando que la sorpresa para su mujercita haya sido del todo placentera.

—*No se preocupe, Sr Valverde, su mujer está perfectamente. Si ella no se ha podido comunicar con usted aún, es porque su móvil se rompió cuando cayó al suelo. Se hicieron grabaciones de algunos momentos que espero ella le muestre y comprobará lo mucho que gozó. Gracias por confiar en “Bali services”. Que tenga buenos días.*— fue el mensaje grabado en el móvil de Frederick por el responsable del encargo tan especial hacia su querida mujercita Alina.

Madrid, una vez que Alina ha recogido a Frederick del aeropuerto y están de vuelta al hogar.

Ella se porta en casa como si no hubiera pasado nada. Quería gastarle una broma, hacer como si nada hubiera ocurrido y mantenerle en suspenso. Seguramente Freddy querría saber hasta el mínimo detalle, e incluso ver las grabaciones de alguna secuencia de la nohcecita que pasó con todos esos personajes venidos del club nocturno. Pero iba a jugar con él al ratón y al gato. Se tenía que ganar las confesiones de una pecadora que no se arrepentía en absoluto de haber probado la fruta prohibida.

Él la miraba esperando algún atisbo por el que sonsacarle todo lo que vivió, si gozó, si sufrió, si tuvo miedo... pero nada. No daba ninguna señal de querer contar nada. Hasta se planteó si verdaderamente habían acudido esos tipos a su casa y si se habían equivocado y habían ido a otra por error. Lo dejó correr y esperó a ver el regalo que ella le tenía encima de la mesa, envuelto en papel celofán con un enorme lazo dorado. Dándole un abrazo en el que ponía todo su corazón, le dijo:

—Ábrelo. Espero sea de tu agrado.

—Bueno, ¿Tantos slips me has comprado? En esta caja hay por lo menos cuatro docenas... te has pasado mil pueblos, gatita.

—No son solo los slips tan sexys que te dije. Hay algo más.

Él tiró del lazo y con cuidado fue retirando el papel grueso que cubría la

caja rectangular, estrecha pero de unos 40 centímetros de largo por 30 de alto, y unos 20 de grueso.

Apareció la nota que leyó con mucha atención y le causó una gran emoción, estrechándola entre sus brazos para demostrarle cuánto necesitaba esas palabras. También había en el paquete un cuadro, una réplica de una obra de arte antiquísima. En él aparece una mujer desnuda echada a lo largo de una cama y dos hombres, uno detrás de ella y otro delante. El de atrás oculta la cara de la mujer con una tela y ofrece la vista del cuerpo femenino desnudo al otro que la observa, éste parece un personaje importante por su atuendo.

—Interesante... ¿Qué representa? —pregunta él hechizado por la imagen. —la mira extrañado, algo está queriendo decirle con este cuadro. La besa con ternura en los labios. —Gracias, amor. Me tienes alucinado con estos detalles. —expresa con un brillo de felicidad en sus ojos.

—Es de *Eugène Delacroix*, se llama “*El Duque de Orleans enseña a su amante*” del 1825 —explica Alina, con la convicción de que él apreciará la historia que surge de esa escena pictórica.

—Entonces ¿Qué pretendía al mostrarla? ¿Excitarle? ¿Cuál es su historia?

—El personaje que muestra la desnudez de la dama al otro es su amante, el Duque de Orleans, *Luis de Valois*, hermano del rey Carlos VI y el que la observa es su propio marido, el chambelán *Aubert le Flamenc*, noble que servía y acompañaba en todo momento al mismo rey. Pero no se da cuenta que es su propia mujer la que está viendo desnuda.

—¡Qué curioso! Seguro que cuando hacía el amor con su marido no se desnudaba. Antes llevaban unos camisones que tenían un agujero en la zona de...— y le pasa con picardía una mano por la entrepierna a Alina que suelta un grito parecido a un quejido juguetón. — ¿Cómo se llamaba ella? —pregunta interesándose a fondo.

—Pues esta dama tan bella se llamaba *Mariette d’Enghien*. Tuvo un hijo con su amante, el famoso Duque de Olivares. Ese chaval acompañó en las

batallas a la célebre Juana de Arco. Al ser hijo fruto de fuera del matrimonio la misma Juana lo llamaba Bastardo, pero él recibía esta mención con orgullo. ¿Has visto? ¿No me digas que no te inspira alguna historia referente a ello? Te veo en la cara que estás volando con tu imaginación...— le dice a su querido escritor, dándole en donde más le duele, las hazañas sorprendentes y verídicas que han hecho historia.

—El fetichismo viene de muy lejos, no se ha inventado hace poco, desde tiempos inmemorables han habido personas que disfrutaban con la exhibición de sus desnudos. Lo que se conoce como “*candaulismo*”.

—¿Canda ... qué?

—Candaulismo, es una necesidad de mostrar a otros la imagen del desnudo de tu propia pareja. Hay hombres a los que les excita que otros vean a su pareja como Dios la trajo al mundo, ver cómo la desean.

—Entiendo perfectamente, Frederick. ¿Pero verdaderamente las aman? ¿Eso es amor? ¿O simplemente las utilizan como si fueran meras prostitutas a su servicio, a las que puede incluso compartir?

—Al contrario, no las utilizan, las invitan a sentir de una manera extraordinaria, a experimentar con la provocación. Además es un orgullo para él exhibirla.

—Claro...entonces es como el que enseña sus trofeos a otros... me hubiera gustado encontrar otro cuadro en el que fuera a la inversa, es decir, que el hombre fuera el que estuviera desnudo y su propia mujer le observara sin verle la cara. Pero si existe ese cuadro estará entre cenizas, los hombres os habéis llevado todos los derechos hasta hace bien poco. —y resopla con algo de fastidio.

—¿Quieres que te explique de dónde viene el término candaulista? Lo estudié para dar vida a uno de mis personajes, un experto en artes amatorias que tenía muchas amantes y a cada una le gustaba una manera diferente de vivir el sexo con él.

—¿Y si me lo explicas entre sábanas? Quizás así lo entienda mejor...

—Gatita, me muero por verte desnuda. Este cuadro me está resultando demasiado inspirador. Quiero escribir en tu piel toda una novela de amor con final feliz. —rieron y se zambulleron desnudos a la cama donde hacía unas cuantas horas habían sucedido tantas cosas excitantes.

—Bueno, por dónde iba..? Ah si.. *candaulismo*. Viene del griego, de un rey que se llamaba Candaules. Sobre los siglos VIII , VII.. no recuerdo bien. Según la leyenda en las fuentes mitológicas, este rey quiso que su siervo llamado Giges de una zona llamada Lidia, viera a su mujer desnuda. Lo preparó todo para que él la sorprendiera en sus aposentos sin ropa, sin que ella supiera tampoco la travesura de su marido. A ella no le debió hacer ninguna gracia y mandó matar a Giges o que éste matara al rey como venganza.

—¿Y qué ocurrió? ¿Quién murió finalmente?

—Giges no se lo pensó. Mató al rey y ocupó el trono. Pero hay otra versión del origen de esta palabra *candaulismo*, y es que este mismo rey ordenó a su mujer pasear desnuda delante de los soldados .Ella se negó y la mandó matar.

—¿A ti qué te parece que hubiera hecho yo, Freddy? —le pregunta jugando con los dedos por su pecho.

—Imagino que me hubieras complacido. Además tú no tienes ninguna objeción en desnudarte en la playa nudista. No es como en aquellos tiempos que no enseñaban ni los tobillos.

—Pero es diferente... en la playa vamos a tomar el sol. Y soy libre de destaparme o cubrirme.

—Ahora recuerdo que también entonces se organizaban fiestas en las que a escondidas los amigos del marido junto a este, observaban cómo la esposa se bañaba. Para el esposo debía resultar muy excitante, incluso si me lo imagino resulta muy erótico. ¿No lo crees? Se debe sentir poderoso de crear excitación en otros hombres a costa de su mujer. —él resopla esperando que ella le revele su gran experiencia, pero nada, no suelta prenda.

Alina le toca más abajo confirmando que sus pensamientos le están

poniendo a cien.

—Reconozco que saber que te están mirando puede incrementar la excitación en una misma, sentir que eres deseada debe subir la libido a tope. ¿Pero no se sentían celosos o les daba coraje que la desearan?

—No. Y no se siente cornudo, es más, no tiene miedo de perderla si llega el caso de que otro se sienta tan atraído por ella que quiera tener sexo con ella con su consentimiento claro está. No tiene miedo de perderla porque disfruta del placer que ella llega a experimentar con otros, quiere que sea libre para escoger, para sentir...

—Eso es porque está muy seguro de ella, porque su potencia sexual la tiene amarrada a su poste...— ella bromea jugueteando con el miembro de Freddy va poniéndose furioso y cada vez más duro.

—Cariño, yo también te he traído algo. —dice él alargando su mano hacia la cartera que tiene en la mesita de noche.

—¿No me habrás traído unas braguitas con la bandera de allí? —ella le hace cosquillas en el costado al haberse dado la vuelta.

—Toma, espero te ilustres y te sea útil. —y le entrega un paquetito donde se adivina por la forma que se trata de un libro.

—¡Vaya! ¿De dónde has sacado esto? —se queda admirada al ver que es un manual de la escritora Deborah Sundahi. “ *La eyaculación femenina y el punto G* “

—De una librería del centro. La misma en la que compré el libro del escritor que tanto te gusta, Ulises Novo, del que tienes toda la colección de poemas y novelas. Me venía rondando por la cabeza hacía tiempo. Al pasar por delante entré y lo cogí. Espero te guste. La autora fue una conocida actriz porno. Ha escrito este libro para que las mujeres conozcan mejor su cuerpo. El punto G, o próstata femenina se puede estimular igual que el clítoris. —la empieza a tocar, buscando su botón mágico del placer entre las braguitas.

—Mmmm siiii.¡ Me encanta! Mira, aquí dice que es la terminación del clítoris, en la cavidad vaginal, y alrededor están las glándulas de Skene, las

que producen el líquido de la eyaculación femenina. También se llama Skirt a esa propulsión de líquido. Incluso hay canales que transportan la eyaculación hacia la uretra.

—¿Qué más, cuéntame.. qué más dice el libro? —él sigue masajeando sus labios vaginales, introduce un dedo dentro de su coño y busca en su interior ...

—Mmm si... dice que a veces parece que te hayas hecho pis pero se trata de otra cosa..Mmmm ¿Estás decidido a llevar a la práctica las enseñanzas de la autora de esta joyita de libro?

—Sí... vamos a demostrar que es verdad lo que dice... ¿estás dispuesta, Alina? —sigue introduciendo otro dedo más dejándola temblando.

—Si sigues así no voy a poder leer nada más...

Él se detiene, toma el libro y busca la parte en la que se orienta cómo se provoca esta reacción. Está deseando verla toda derretida. Quiere ser su guía para que goce al máximo con increíbles orgasmos.

—Quítate las braguitas, tesoro. Abre bien las piernas, amor. Tócate el clítoris, dale calor, excítalo.— ve cómo ella cumple todo lo que le ordena. — ahora pasa tu mano por debajo del culo e introduce dos dedos dentro . Hazlo, cariño. Muy bien. Como ves, los dedos apuntan hacia el ombligo, como indica el dibujo. ¿Lo ves? —y se lo enseña para que ella verifique que es así la postura adecuada para conseguirlo.

—¿Cuánta profundidad tengo que sumergirlos?

—Solo unos centímetros, lo notarás según dice aquí si notas una zona acanalada y te dan ganas de orinar. ¿Sientes el hueso púbico?

—Vaya...se me hace extraño tocarme el interior. ¿No sería mejor que lo hicieras tú y no precisamente con los dedos? —le mira convenciéndolo, ofreciéndole su sexo para ser penetrado por su miembro.

—Solo quería que te exploraras. Ahora vamos a ver si llego a conseguirlo.

Freddy se despoja de su slip, su pene sale disparado de la prisión que le impedía manifestarse en toda su plenitud y se dispone a buscar en el interior

del coño de Alina ese punto G que quiere hacer eyacular para que ella se desparrame de gloria divina.

La coloca de tal manear que su cadera se incline y pueda llegar más a la zona en la que se quiere centrar. Con movimientos circulares, va presionando poco a poco en el punto.

—¿Notas algo especial?

—Mmmm muy especial.... —ella gime con la respiración agitada. Se está deshaciendo de placer.

—Así, es... déjate llevar... siéntelo. Ahora contrae los músculos del interior, como si quisieras retener la orina, intermitentemente. Contrae las nalgas también. Vamos, nena, lo vamos a lograr.

Él se detiene, vuelve a embestirla, vuelve a parar, se vuelve a centrar en esa zona tirando hacia arriba, queriendo tocar su hueso púbico.

Ella está totalmente al borde del orgasmo, moviéndose para encontrar también la conexión que está intentando localizar y estimular, ejercitando esas contracciones que él le ha indicado. Se ha debido lograr porque nota que algo ha crecido dentro, el botoncito G se ha debido despertar porque está dando señales de querer emanar algún líquido a través de la uretra. Él levanta aún más las caderas de Alina y presiona más su polla en su interior, dando con el hueso púbico acertadamente. Roza su clítoris a la vez con su cuerpo.

—Mmm me estoy viniendo... Freddy... no puedo más.... Esto es ...Aaaggg!!

—Así, muñeca, saca el máximo placer... dámelo todo... yo también... Aaaggg!!

Se contraen los dos cuerpos cimbreándose al mismo ritmo, acoplados de una manera muy distinta a otras veces que habían hecho el amor. Era como un estudio de la anatomía y su capacidad para lograr el máximo placer. Alina notó que salía demasiado líquido de su interior, unida a la extraña sensación de haber sido tocada en un sitio antes inexplorado. Todo eso le gustó pero no le acababa de convencer.

Se levantaron para darse una ducha rápida y deshacerse de los fluidos que impregnaban sus cuerpos.

—Cariño, está muy bien experimentar todo esto. Pero me gusta más cuando viene de sorpresa, cuando no te lo esperas. Esto ha sido...— le dice Alina mientras se tiran de nuevo a la cama, arremolinándose.

—Te entiendo, Alina, es como si hubiera sido al ginecólogo, ¿verdad? — se puso encima de ella y empezó a besarla por la nariz, la boca, la frente, los ojos...adorándola.

—¡Exacto! ¡No lo podías haber definido mejor! Es como si hubiera llamado al médico de familia por un ataque de histeria en la época de las tatarabuelas y me aplicasen el remedio ese que calmaba los nervios de las mujeres a base de masajes en la vagina, introduciéndoles objetos parecidos a vibradores para dejarlas satisfechas.

—Madame, ¿la he dejado plenamente satisfecha?

—Mmmm no sé... aún tengo algo de nervios en mi interior...

Ella inició un camino de besos por el pecho de Freddy, intentando contarle todo lo que vivió con aquella gente del “*Bali*” pero no se atrevía.

CAPÍTULO 15

Mazmorras, castillo del Carmine, Nápoles, cinco años atrás.

“El patíbulo del sexo”

Claudia está semi inconsciente, encerrada en una mazmorra de las que pertenece al viejo castillo que ha pasado a ser el campus de maniobras de la vil Joanna. Un carcelero la vigila, atento a que, cuando despierte del estado somnoliento que le ha provocado el narcótico escondido en su bebida, finalice su efecto.

Toda ella está intacta. No la han maltratado ni la tienen atada ni amordazada. Ella no tenía nada que ver en la metedura de pata de su amante. Frederick era el único que debía desaparecer para que no se destapara la verdad sobre las maquinaciones de la Sra Montalván, Joanna Mazzini.



Mientras tanto, a él le toca salir a las gradas, a esa especie de circo romano, parecido a un pabellón o a un estadio de boxeo en cuyo centro hay una pista a la que los focos dan protagonismo.

Un haz de luz sigue su camino obligado por los dos esbirros de Joanna, conduciéndolo a lo que llaman el “*patíbulo del sexo*”.

Los asistentes son gente elegante, llevan máscaras que les hacen irreconocibles. Las mujeres llevan sus vestidos medio abiertos. Lucen valiosísimas joyas, van peinadas con mucho esmero por estilistas con gusto sofisticado, maquilladas en tonos dorados y labios escarlata. Parecen salidas de una película de los años 20, igual que los hombres que llevan trajes de grandes diseñadores, aunque a medida que discurre la noche van despojándose de ellos para acabar con una simple toalla cubriendo sus partes.

Están esperando que comience el espectáculo, hablan entre ellos, riendo, alternándose de asientos para cambiar de compañía cada vez que les apetece.

Unos van en pareja, otros la encuentran allí. En algunos sofás anchos y mullidos hay varios grupos de personas que yacen como en las orgias romanas, deleitándose con caricias y besos entre unos y otros. Son los más veteranos que, asiduos a ese circo erótico, están acostumbrados a desinhibirse con total libertad antes, durante y después de que dure el show.

Todos tienen en común la afición por el sexo en vivo. El ambiente está cargado de excitación. Las miradas, los gestos, todo en ello implica un ansia por la exacerbación de los sentidos, por ir más allá en las prácticas habituales de cualquier sala de porno.

A Freddy le parece que le tocará hacer de experimento para que a ellos se les encienda el morbo. Intenta encontrar a Claudia entre toda esa gente, o en algún lugar del escenario por si a ella también la tienen como menú para tales voyeurs.

Está claro que a todos les van las emociones fuertes. Se besan, se acarician con lascivia y ya no es como en el “*Vanity*”. Aquí no hay consenso. Él está forzado.

Hay mujeres y hombres que están semi desnudos, vestidos únicamente con una capa que esconden sus vergüenzas. Son los *comodines* del patíbulo del sexo, van de uno en uno animándoles como *jokers* para que no decaiga la fiesta. Les hacen insinuaciones a las damas que van solas para que se sienten con otros hombres si es de su gusto u otras mujeres si así lo desean, que igualmente han acudido en solitario. A otros l@s halagan en belleza o elegancia para que se sientan más seguros, pues hay quien ha ido allí por primera vez y no tienen aún confianza. De cuando en cuando es@s jokers abren un poco la capa para “*ir haciendo boca*” y tentarles, para que se dejen llevar por los sentidos e incrementen su excitación.

Una azafata va ofreciendo todo tipo de juguetes, preservativos, cremas lubricantes, toallitas higiénicas... con la bandeja colgada a su pecho por unas

cintas. Todo está incluido. Dos enormes puertas a los lados de las gradas indican con su testigo luminoso las entradas a las toillettes, donde seguramente van a refrescarse a menudo todos los asistentes y puede que dentro continúen la diversión los que prefieran más intimidad.

En el centro de ese pequeño estadio hay una cama redonda rodeada de faldones blancos, tan vaporosos que semejan nubes celestiales. La pista va girando para que todos puedan admirar lo que sucede en esa cama. La chica que está atada en esa cama redonda en la pista giratoria, parece muy joven. Hay una pantalla que enfoca y emite lo que reproduce instantáneamente.

Joanna sale a la pista, se pega a la espalda de Freddy y le apunta disimuladamente con una pistola por detrás sin que nadie perciba el arma.

—Tienes que hacer el numerito de la seducción delante de todos estos espectadores, que han pagado un dineral para divertirse. —Le dice en voz baja para que solo él pueda oírla.

—¡Estás loca, no soy tu payaso!

—No, cielo, eres mi gladiador y según veo, las apuestas se van pronunciando a tu favor así que no les hagas quedar mal y haz lo que tan bien sabes hacer.

Freddy la mira con verdadero odio. Se jura que Joanna lo pagará caro, con la misma moneda por lo menos.

Los jokers recogen las apuestas de los espectadores. *¿Pero qué tipo de competición es esta?* Se pregunta Frederick sin lograr entender qué tiene exactamente que hacer... *¿follarse a la chica?*

A los chasquidos del látigo que lleva Joanna en otra mano, y la orden que señala su mano dirigiéndolo a la pista, él sube a la cama junto a la chica. Su voluntad está siendo amenazada por esa terrible mujer.

Tiene que salir de allí como sea, aquello tenía pinta de representar el último número de su vida, “*después me harán desaparecer...*” piensa.

“El show va a empezar, señoras y señores, distinguidas damas y caballeros. Aquí tenemos la demostración de cómo vence al hombre la

tentación en el mundo, de cuán poderosa es la naturaleza en su más primigenia condición y cómo condiciona nuestros actos humanos". Joanna saluda al expectante público siendo traducida en diversos idiomas por un intérprete que, entre los espectadores con otro micrófono, va informándoles de todo.

“Vean a esta bella y seductora joven, en plenitud de sus encantos, con sus curvas de infarto, sus pechos firmes y apetecibles, su sexo dispuesto a ser penetrado, sus piernas abiertas a la pasión desenfrenada...”

“Vean cómo se encienden las llamas del deseo, cómo el varón se verá arrastrado a las profundidades de su exquisitez, cómo hundirá su miembro tal espada de Merlín en la acogedora entrada de la que va a ser poseída”.

Sale de un lateral un tipo con cara de malas pulgas, despoja la sábana que cubre las intimidades de la chica.

Ella es la estrella de ese momento. Se trata de una experta en la materia, una verdadera fiera en el arte del placer sexual, todo erotismo y sensualidad que ha querido protagonizar ese papel en el espectáculo de la noche.

Su nombre es Vallolet, que significa “modestia”, no le hace propio a su manera de ser, pues todo lo contrario, no le importa exhibirse y demostrar lo bien que domina el arte de la seducción. Pero él no está por la labor. Y mucho menos preocupado por su amante.

—Has de acariciar toda su piel, apreciar su suavidad, prepararla para la ofrenda a Eros. Si no lo haces, será tu compañera la que ocupe su lugar y no precisamente tú el que la tengas que poseer. —le ordena Joanna acercándose a su oído, besándole después en la mejilla deseándole suerte.

—¿Qué habéis hecho con Claudia?

—No te preocupes, ella está bien. Cuanto todo esto acabe podréis marcharos. —le asegura su vil suegra, pero para él no es nada creíble.

—*¡Vamos allá! Comienza el espectáculo.*

“Nuestro invitado va a probar la singular y exquisita Vallolet, veamos cómo se desarrolla el cortejo.”

Por favor, caballero, tenga la bondad de tomar la mano de su compañera y saluden al público.”— pronuncia Joanna y seguidamente todos aplauden.

Vallolet es espectacular, una belleza exótica, el tono de su piel mestiza invita al pecado, sus redondeces turgentes sugieren ser moldeadas por manos poseedoras de sus contornos, de su cadera, de sus nalgas respingonas y redondeadas, su cintura fina y esbeltas piernas de maravillosas proporciones.

Labios generosamente pronunciados, boca tan sensual que es imposible no dedicarle miradas tentadoras, de alojar en ella besos lascivos, un codicioso manjar para saborear. La describe el escritor imparable en su mente.

Ella le toma la mano y se inclina como una verdadera artista, se prostra ante las gradas, los espectadores aplauden y tiran rosas al escenario.

Como dos gladiadores del sexo, van a mostrar ante todos algo inaudito, la posesión de sus cuerpos; deben mostrar excitación, convencerles de que tienen su mérito para aprobar su vida, la de Freddy, la *presa sexual*. Si no les satisface, será ejecutado por las manos asesinas de los que no tienen ningún reparo en dejar sin aliento lo que ellos consideran simples cuerpos, sin tener en cuenta sus sentimientos, sus sueños, su derecho a vivir.

—Joanna, antes de la actuar me gustaría proponerte algo. —Freddy astutamente ha diseñado un plan para salir indemne de esas.

—Está bien, toda víctima tiene derecho a pedir su último deseo... pero dímelo al oído... no querrás que mis clientes se desanimen con una de tus tretas.

—Te aseguro que será un éxito rotundo. —susurra pegado a ella. Freddy recurre a una gran estrategia que convencerá a la villana.

—Veamos... Freddy, y por favor, no me aburras con uno de tus guiones... suéltalo ya o pronto bajarán el dedo para que saque a los “leones” —amenaza Joanna refiriéndose a los gorilas que esperan atentos a cualquier señal en todas las salidas del recinto.

—Puedo ser tu mayor éxito esta noche y el que más fama te proporcione para conseguir tus sucios objetivos, ganarás mucho, Joanna, es un increíble espectáculo que a todos dejará boquiabiertos, pero antes de darte mi brillante idea quiero asegurarme de que Claudia está bien.

—¿Qué tratas de decirme? ¿Un acuerdo? Conmigo no hay acuerdos que valgan. Te vas a follar a esa chica ahora mismo delante de todos y después tengo otra sorpresa para mi público, no necesito tus propuestas, tú no eres el experto en la materia.

—¿Y si en vez de la chica.... Follamos tú y yo delante de todos? — Freddy conoce el alma perversa de Joanna. También sabe que ella está perdidamente atraída por él. La ha sorprendido varias veces clavada con su mirada, atenta a sus pantalones y seguramente estaría encantada en vivir toda una aventura tan excitante.

Joanna se queda impávida, la ha sorprendido profundamente. Una corriente de fuego la recorre desde la base de su columna esparciéndose por todo su cuerpo. Mira a la chica que espera en la cama cumplir su misión como amante sexual a la vista de todos, y después se imagina a ella misma protagonizando las escenas tan fogosas que ha imaginado en el silencio de su intimidad junto a su nuero Frederick, el marido de su hija Marlene. El delito sigue siendo el mismo, está atentando contra su vida... ya qué más da si además puede disfrutar de su cuerpo y sentirse toda una diosa del erotismo. Sería una buena actuación que proporcionaría mucha fama a sus negocios basados en vicios y drogas.

Su mente se llena de escenas lujuriosas en las que él la tomará y se desploma por completo aceptándolo.

—Será un placer, Freddy, un bonito broche de oro que quedará como recuerdo de tu paso por mi vida. —ella confía en que mañana él pasará a ser cenizas que el viento esparza en el mar del olvido.

—Pero necesito saber si ella está bien, porque me entregaré plenamente si mi mente está tranquila respecto a ella. Claudia, necesito hablar con ella...

¿Dónde la tenéis?

—Ven, vamos a preparar nuestro numerito y mientras tanto sacaré un voluntario... eso les pone mucho. —Joanna indica a uno de sus vigilantes que lleve a Freddy al backstage.

“¡Un momento! ¡Atención!

Como hoy quiero sorprenderles más que nunca, antes de que nuestro gladiador entre en escena, quiero que un voluntario o voluntaria se acerque y nos muestre sus poderosas armas de seducción. ¿Alguien desea participar?”

Los jokers se encargan de seleccionar a los que van levantando la mano. La oferta está mayormente deseada por hombres, pero no faltan mujeres que anhelan participar.

Mientras tanto, Joanna se retira del escenario para dar paso al que finalmente va a inaugurar el gran juego del erotismo y el morbo.

—Escúchame, maldito hijo de puta. Habéis traicionado a mi hija. Tú y tu amante pasándolo tan bien mientras ella te espera en casa con los niños. En este mundo, el que no cumple su palabra es eliminado, y tú has roto la promesa que hiciste en el altar.

—Joanna, quiero explicarte algo. Por mi vocación de escritor he recogido información sobre tu trayectoria y la tengo en casa. Si me matas, y tu hija llega a encontrar el cuaderno donde lo anoté todo, cambiará la idea que tiene sobre su madre y la perderás.

También tengo algunos datos que te incriminan en varios delitos de blanqueo de capitales provenientes de tus negocios ilegales, los tengo en lugares ocultos que solo si desaparezo del mapa se harán públicos cuando la policía haga el registro pertinente.

Frederick tiene pruebas, pero no precisamente en su casa. Lo que le ha dicho a Joanna puede asegurarle el pasaporte a la vida, poder salir de allí y recuperar a Claudia.

Durante mucho tiempo ha tenido que soportar en compañía de Marlene,

su esposa, las aburridas galas benéficas de Joanna para favorecer mediante organizaciones no gubernamentales (que en realidad no son tales, sino ficticias) a sectores desfavorecidos de la población marginal.

Frederick ha descubierto que las intenciones en todas esas galas no son las de favorecer a gente necesitada, pues apenas les llega parte de lo que se recauda, sino a las manos de usurpadores de identidades falsas, magnates que no tienen bastante con robar a los pobres sino que además les confinan en suburbios tan precarios que están desprovistos de lo mínimo para ser habitables. Les ceden terrenos que pertenecen a los cauces de los ríos, propiedades que nadie quiere y que hacen engordar su valor para hacerlo pagar a tales entidades altruistas, colocando indelebles casetas como viviendas, que en un desbordamiento de aguas por la crecida del río ante alguna copiosa lluvia, se convierten en tumbas flotantes; pero a Joanna y sus secuaces eso no les importa, solo les interesa ocultar un movimiento de dinero negro a través de dichas donaciones. Lo que han recibido a cambio, será una bonita suma que les permitirá vivir a cuerpo de rey a los mediadores para el resto de sus días. Ella podrá sanear sus cuentas blanqueando toda la fortuna que está ganando en sus negocios apartados de lo legal.

Cuando Freddy descubre esa estafa a la solidaridad, quiere advertir a su esposa Marlene de la clase de engendros que planifica esas concesiones de terreno a los necesitados, pero con esa confesión comenzaría un verdadero calvario, por lo que decide emprender una persecución silenciosa. Va guardando datos en apuntes de sus libros, camuflados entre los renglones de sus manuscritos. Todos se hallan en la oficina de la editorial.

Joanna se queda perpleja. Conoce la actitud investigadora de Freddy, pues para sus novelas se documenta exhaustivamente acerca de todo lo referente al tema que en sus libros predomina. Se siente vulnerable y no le queda otra que planear otra salida a la que se esperaba anteriormente.

—De acuerdo, tú ganas.

Freddy conseguirá salir vivo de esa a pesar de representar una amenaza

para la familia Montalván. Joanna, la gran señora digna y toda una dama de sociedad en España, llegaría a convertirse para su hija y el resto de la sociedad madrileña en toda una alimaña, una mujer sin corazón, una figura diabólica arrastrada hasta su propio infierno si se deshace de él.

—Hacedla creer que es una sesión inocente de sumisión, vendadle los ojos y lleváosla a su hotel. —ordena la villana a un subordinado.

Claudia es liberada inmediatamente y vendada la meten en una furgoneta con los cristales tintados para llevarla a su hotel. Una vez allí, en cuestión de minutos, llaman a Joanna para confirmar que la orden se ha llevado a cabo.

—Quiero hablar con ella. —pide imperiosamente Freddy. —debo avisar a Claudia, explicarle por qué no estoy con ella... si no doy señales de vida llamará a la policía.

—Está bien, pero como te pases de listo y le des alguna pista sobre todo esto, ten por seguro que el que la está vigilando acabará con ella después de experimentar hasta dónde es capaz de resistir con una buena sacudida de latigazos, y no precisamente de tiras de seda.

—No te preocupes, me limitaré a explicar que ha surgido un contratiempo, que me he visto obligado a volver a España y que nos encontraremos allí... que he estado aturdido tras beber y he perdido el móvil.

—Así me gusta. Toma, llámala y acabemos con esto de una vez. —le dice dándole el móvil.

Claudia espera encontrar en el hotel a Freddy, ajena a todo lo que le está pasando.

—¿Dónde se habrá metido? —se pregunta, sin saber que el que la ha conducido hasta allí aún aguarda tras la puerta.

Le ha llamado a su móvil durante el trayecto, pero Freddy no contesta; tampoco le dicen nada sobre él ni el chófer ni el acompañante que la vigila. Insiste repetidas veces en dar con su amante pero ya la línea de él deja de emitir señal. —“Quizás siga en el club...” —se imagina mil cosas. —“quizás haya tenido que volver a Madrid solo pero...dejarla así sin despedirse era

muy sospechoso.”

CAPÍTULO 16

Freddy llama desde el móvil que le ha pasado Joanna, será una llamada con número oculto. Claudia sin embargo contesta, está impaciente por saber qué ha pasado y piensa que tras esa misteriosa llamada puede haber algo de luz en la gran incógnita que la embarga.

—¿Quién es?

—Claudia, soy yo, Freddy, escucha, no te he podido llamar antes porque perdí mi móvil. Estuve bebiendo, ya sabes... me sentí confundido con todo...y al final opté por volver a España yo solo. No quiero volver a verte, lo nuestro se acabó.

—Pero, ¿qué te he hecho? ¿No lo habíamos estado pasando bien?

—No, tú lo pasabas bien. Yo he sido tu títere, y quiero recuperar mi vida. Tú me tentaste y caí como un iluso. Pero te repito que no volveré a estar más contigo y por favor, olvídate. Vete con otro que te siga tus locuras, me tienes hartado ya.

—No lo entiendo, pero lo que sí está claro es que eres un hipócrita, seguro que has encontrado a otra con la que divertirse y a la que someter. A mí me tienes ya muy vista... pero te digo una cosa... ya lo veía venir. He visto cómo mirabas a otras mujeres y sabía que tarde o temprano ibas a cambiarme por otra. Pues ¿sabes qué? Que yo también me he hartado de ti y de las noches que paso sola, pensando en ti, mientras estás con la aburrida de Mani en tu preciosa mansión de lujo. A mí me dejabas las migajas... pero tú lo has querido, hoy mismo tendré a alguien que me caliente la cama. Adiós, y que te den.— y cuelga.

El manos libres permite escuchar la conversación, y Joanna está realmente satisfecha por lo bien que le deja sentado a su amante Claudia de su decidida ruptura sentimental.

—Lo has hecho fenomenal, te has ganado el premio: Nuestro contacto la

seguirá y cuando haya cogido el avión el problema se habrá acabado, tu amiguita no sufrirá ningún chance.

—¿Y quién me asegura que no se quedará en Nápoles buscándome y tu esbirro la tortura?

—Bueno... eso depende de ella... si es buena chica y no mete las narices donde no debe, no le pasará nada. Es libre para decidir lo que quiera hacer, ¿no? Además, parece que le gustan las sensaciones fuertes, pero por su bien, más vale que vuelva a España y no comience a indagar.

Freddy conoce a la perfección a Claudia y sabe que es muy cabezota, que a pesar de haberla dejado plantada, ella no va a estar convencida del todo.

Ahora su cabeza prepara un plan para salir de allí con vida. No las tiene todas.

En el hotel, Claudia comprueba que Freddy no se ha llevado su maleta; eso la alerta. El pronto del enfado se ve superado por la imperiosa realidad: él nunca la dejaría así, ni se iría sin lo puesto, además es absurdo haber comprado otro billete de avión teniendo el suyo en el hotel. Por muy decidido en romper con ella que esté, qué menos que volver al hotel a recoger el billete... pero claro, puede que no quiera verla, que no quiera enfrentarse directamente cara a cara y prefiera coger el primer vuelo sin despedirse, en medio de una gran confusión mental, de una verdadera tormenta interior.

—Bueno, ahora vamos a darles al público lo que les hemos prometido. Confío que demuestres tu gran capacidad para asombrarles. —le coge por un brazo y le lleva de regreso a la pista.

A Joanna le han puesto un antifaz negro con perlas color sangre y un atuendo propio para la actuación que va a volver locos a todos. Su figura de pantera se ve intensificada por un corto camisón negro con encajes rojos del que sobresalen sus piernas esbeltas de vértigo. Todo un bocado de perdición.

El piano vuelve a tocar notas graves, augurando que se acerca el gran momento.

A Freddy le vuelven sensaciones de dolor que esa música le provoca. Su

padre se le representa volviendo de la tumba para atormentarle de nuevo.

De la pista sale el voluntario que ha estado disfrutando delante de todos de una buena sesión de sexo duro con la fantástica belleza exótica mientras ella se despide para desaparecer en el backstage y cobrar por su actuación.

Frederick la observa. En su rostro se aprecian marcas de bofetones, así como en su espalda se recogen los latigazos que ha recibido. Sus seños sangran y de los pezones aún cuelgan pequeñas argollas que el voluntariado le ha clavado. También sus piernas están llagadas con las cuerdas que la han ligado a los barrotes de esa cama, de ese potro de tortura donde siguen colgando cadenas y esposas.

Se sobrecoge al pensar que hubiera tenido que hacerle todo eso a la pobre chica. El dolor estaba reflejado en su cara, solo él obtuvo placer. Un placer macabro.

Freddy tiene que saludar ahora al público que los aclama de pie, aplaudiendo.

Joanna se pasea delante de él exhibiendo su muñeco de feria, su presa.

Han cambiado las sábanas, ahora son negras.

Frederick da la nota y ofrece a todos una magistral lección de seducción. Vuelve loca a Joanna con las caricias con la que está empezando a recorrerla por todo su cuerpo. La envuelve en sus brazos y se precipita a devorarle los pechos como un poseso. A ella le ponen los hombres con garra, igual que ella, y se ve retada a ser más perversa que él.

Lo lame, le besa, le excita, se pasea con él por la pista como si bailaran tango, en mil posturas, insinuando ser dos fieras que se van a devorar.

Los acompañantes del voluntario le vitorean. Les ha debido hacer pasar unos intentos y excitantes momentos con su cruel intervención. Seguramente resultó demasiado verídica.

¿Cómo se podía pretender disfrutar haciendo daño sin tener la plena conformidad de la que sufrió la agresión? La regla principal en toda sesión de sexo con castigos es que no se aplique más dolor del que se pueda soportar,

que quien recibe latigazos, pinchazos, golpes, ataduras, asfixias... pueda parar de inmediato el tormento. Pero en ese sitio exclusivo para perversos sexuales, no hay límites.

—Joanna, acércate a las cadenas. Demostremos que nos gusta provocar.

Él la ata a uno de los postes que rodea la pista. Va pasando el mango del látigo por sus piernas hasta llegar a sus ingles. Y entonces tira de su pelo hacia atrás con una mano, haciendo que ella se arquee para poder meter una mordaza en su boca.

Todo lo tiene a mano listo para disponer de lo que necesite en ese show erótico.

Una sacudida de dolor espontánea hace que Joanna se llene de calambres, le tiembla todo, desde los pies a la cabeza. Cada latigazo es un paso más a la locura de las sensaciones, le arde todo.

Sus gritos sofocados por la borla con la tela alrededor de sus mejillas impiden ser escuchados pero se percibe un eco de profundo desgarramiento en sus circuitos sensoriales.

Freddy descarga su ira, con los ojos encendidos en intensa cólera.

Esa mujer merece mucho más que eso, merece sentir el castigo correspondiente con la dimensión apropiada a sus delitos.

Debe ser juzgada en público, que la desnuden ante la sociedad a la que dio otra imagen de alma caritativa y dama ejemplar, ante su hija, a la que tenía engañada y no la ha dejado manifestar con libertad su deseo de ser feliz, merece que la condenen por haber levantado un mundo de apariencias, a base de mentiras que debe derrumbarse como un castillo de naipes.

Freddy se siente de repente poderoso. La tiene atada, pero no puede escapar así como así. De buena gana saldría corriendo pero los vigilantes lo detendrían de inmediato con la fuerza titánica que demuestran, sus músculos están que explotan de dureza, y el combate haría más interesante la noche.

Ya se imagina el desenfreno macabro que resultaría de su intento de fuga.

Los espectadores quieren ver sangre correr y no será precisamente la

suya la que les distraerá a toda esa escoria de luxe y sus miserables gustos adictivos al horror.

Por su bien, Freddy sigue con el plan que ronda por su mente y se adueña de la razón de Joanna, haciéndola delirar de placer. La suelta y la toma en brazos. La besa allí donde ha dejado cada tira de cuero su marca.

Es una gran atracción poder ver a la misma dueña del negocio centrada en esa pista.

Ella no participa en ninguna actividad conjunta, no está presente en las ruedas de sexo ni en orgías ni busca confundirse en la marea carnal que somete a altas temperaturas a todos los viciosos de sensaciones libidinosas y perversas.

Ella siempre vive las experiencias de alta tensión erótica en privado, con quien ella elige para sodomizar, en común acuerdo o no, según le convenga. Pero más bien le apetece ver pedir clemencia en el más fiel sentido de la palabra, transgredir la voluntad del que quiera poseer la pone a cien. Es una adiestradora de sumis@s que formarán parte de su séquito de amantes, la abeja reina de la colmena del “*Vanity*”, que cada noche crece en adeptos a su oscura adición perversa.

Ella es la Dómina Alfa y Freddy representa junto a ella en el show a un Dom Alfa. Dos titanes desencadenando lascivia, deseo, morbo.

Él hace que ella se quede de pie encima de la cama redonda. Él se queda de rodillas junto a ella y se acerca a sus muslos. Toma sus manos y le pide en voz baja que intente luchar, que se defienda, que parezca una agresión.

A todos les encantará ver a la mujer fatal en plena actitud de guerrera.

A Joanna se le enciende el piloto de emergencia en su afrodisíaca manera de vivir el sexo y arremete contra Freddy echándose sobre él para luchar.

Ella toma un látigo y él coge algo que le pone los pelos de punta: un arnés con un lo que parece un pene de color negro, de la misma largura que el más común del auténtico miembro viril.

Joanna lanza con buena puntería las cuerdas del látigo azotando a Freddy

en su abdomen. Este se agarra a las cintas que rápidamente atrapa y tira de Joanna haciéndola caer. Se levanta y se suelta del mango del látigo, buscando otro instrumento de defensa o de ataque.

Coge una vara de hierro candente de un horno que conserva su calor. En su extremo lleva la inicial V , y desea grabarla en la piel de Freddy para siempre.

Él la rodea a una distancia prudencial y busca el momento apropiado para saltar sobre ella y hacer que suelte la vara de hierro.

Ella es tenaz en su objetivo y le distrae sonriéndole, subiéndose el camión para despistarle. Bajo la tela sedosa se descubre un abdomen perfectamente modelado por su constancia en el ejercicio y la musculación. Los ojos de Freddy se pierden en ese infinito de llanuras que su cuerpo avanza hacia el disfrute más salvaje.

Oleadas de deseo se cuelan por sus sentidos bajando la guardia en la lucha; es lo que espera ella que le atiza de improviso cual kung fu en una reacción que supera la velocidad de la luz. Le ha dado en un brazo, quedando su piel quemada y soltando humo del abrasamiento sufrido.

Él se enfurece más y más, sombreando su mirada como el mismo diablo en persona. En una furiosa arremetida lanza una cuerda que coge del suelo al cuello de la arpía que le ha marcado y la enrosca con destreza en esa maniobra para después tirar y hacer que se sofoque al faltarle el aliento.

—No menosprecies mis ganas de torturarte, Joanna. Yo también soy como tú en el fondo... me llama el dolor ajeno. Y el tuyo es el que más deseo en estos momentos.

—Es una pena que tengamos que vernos así. Sería mucho mejor haber sido cómplices. Pero... aún estás a tiempo... —le insinúa ella malévolamente.

Esa mujer le enciende hasta límites insospechados. Su fuerza diabólica y sensual a la vez le arrastra a querer poseerla para destrozarla por completo.

—Después de esta ridícula actuación te aseguro que multiplicaré tus ganancias. Todo se puede hablar... — le propone él astutamente.

A ella le brillan las ganas de avanzar junto a él en un futuro de iniciativas que se le ofrecen exitosas y agradablemente placenteras.

—No me gustaría eliminarte, Frederick, y más viendo cómo estás fascinando a mi público. —susurra con voz sensual.

—Entonces, dales lo que esperan: déjate querer...

—Será la primera vez que desnude mi cuerpo ante tanta gente, pero esta noche es muy especial. —expresa con atrevimiento, mirándole como si le comiera con los ojos.

Ella hace un gesto a uno de los esbirros para que coja el hierro candente y acto seguido camina hacia el pianista que sigue tocando al pie de las gradas. Invita a Frederick para que ocupe su lugar, para que toque la melodía que a ella la hace sucumbir como mujer y abrir su paraíso de romanticismo excitante a la vez que dramático y tortuoso.

Freddy es aclamado también por el público que espera que intervenga en ese paréntesis que promete ser un alivio ante tanta tensión.

Un grotesco invitado se acerca para tomar el arnés que Frederick pretendía utilizar con Joanna en una doble penetración y le pide que lo utilice, que no puede dejarles con las ganas de ver algo realmente apetecible de presenciar.

Otro espectador baja para interrumpir esa petición y se ofrece él mismo para disfrutar en público de tal penetración. Ha visto el momento para ser el centro de atención de todos. Le encanta que le miren y su ego más lascivo le domina. El primero asiente y le conduce a la cama giratoria. Ambos son corpulentos, llevan barba y bajo sus antifaces salen rayos de codiciosa perversión. Sus capas se caen como las hojas de un otoño repentino y dejan disfrutar a todos los presentes de sus esculturales cuerpos, propios de quien está muy pendiente en ser admirado. Imponentes músculos en todas las partes de sus anatomías prometen un espectáculo de primera.

Sus bóxers negros son arrancados con ansias por uno y por otro, en una acordada entrega a experimentar de sus cuerpos. Son espectadores y entre

ellos sí que respetan los límites.

El primero se apodera del arnés y lo sujeta por sus caderas y bajo las ingles para que se mantenga con firmeza.

El segundo comienza a saborear el miembro del otro, arrodillado, exponiendo su trasero ante los esbirros que ya se están acercando para facilitar el acoplamiento.

En esta clase de sesiones, se precisa de otra persona. Esta tercera figura participativa, miembro del equipo de Joanna, se tumba en la cama dejando su boca lista para que entre la polla del primero, absorbiéndola por completo en su garganta, tragándosela para proporcionar el máximo placer al que va a follarse al segundo.

El tomador deja su entrada lista para que sea embestido, situándose de rodillas de espaldas al que tiene el arnés. Con la ayuda de un poco de lubricante le empotra la polla negra mientras que la suya propia está succionada por el que yace debajo, el esbirro de su ama Joanna.

La escena es un éxito, el público aplaude, excitándose y pidiendo a los jokers que les lleven vibradores, y otros estimuladores sexuales para intensificar su placer.

Joanna se acerca al oído de Freddy y le pide que toque la melodía que él sabe ... la que siempre toca en casa de su hija a petición suya... la sonata patética de Beethoven.

Frederick se sienta en el taburete y la observa radiante, con su melena suelta y ese aire tan sexy que si no fuera por su venenosa alma, la seguiría hasta perderse con ella en los derroteros de la pasión.

Sus dedos avanzan por las teclas, convirtiendo el espacio en un universo de magia y ensueño. Joanna le roza los hombros, besa la herida causada por el hierro ardiente y sigue tocándole por la espalda, pasando sus brazos hacia su pecho y electrizando todo su cuerpo. De pronto, algo hace clic en su cabeza. Se acuerda de su hija. Si da el paso y se lanza a disfrutar de Freddy, será como lapidarla, no podrá volver a mirarla a la cara, antes preferiría verle muerto

que matar su amor propio. Él es aún propiedad de su hija y como tal lo va a respetar a pesar de que hayan sido otras mujeres las que le hayan convertido en infiel.

Le invita a salir de la escena ahora que están todos distraídos con el trío de varones en la pista central.

Ella le hace un gesto de aprobación al que impide el acceso a la salida para que les permita salir.

Por el oscuro pasillo iluminado por débiles velas en candelabros sujetos a las paredes imitación a piedra antigua, se pierden de la vista de todos hasta llegar a un pasadizo secreto. En este recorrido han parado antes en una habitación donde ella ha tomado su bolso y su ropa. Se cambia y le proporciona a él una de las capas que seguramente dejó uno de sus amantes en sus frugales encuentros.

La calle está desierta, aún tintinean algunas estrellas en la noche que se despide con tenues rayos anaranjados del amanecer. El clic de un monovolumen se acciona y en tres segundos están dentro del mismo, dirigiéndose hacia el pequeño paraíso de Joanna, su lugar más íntimo, desconocido por todos los que forman parte de ese fantasmagórico mundo del que obtiene su mayor fuente de satisfacción.

—¿A dónde nos dirigimos? —pregunta Freddy algo aturdido. *“Debería haber echado a correr desde que salimos a la calle.... O ahora podría abrir la puerta y salir en marcha. Pero no lo hago...¿ Qué me ocurre?”* —se está sorprendiendo de la poca capacidad de reacción que tiene de escapar.

Quiere conocerla mejor, quiere saber a dónde le lleva y hasta dónde es capaz de llegar siendo tal como es, dominante, salvaje, pero exquisitamente sensual y sexy.

Han llegado a un claro en un camino que han tomado en el profundo bosque de las afueras. Entonces ella para el vehículo y sale invitando a Freddy para que la acompañe.

En ese sitio se respira una fuerza misteriosa, mágica.

Hay unas matas de arbustos dispuestas en círculo con un espacio desierto de plantas en el centro. Alguien lo ha preparado así porque la naturaleza no dispone la vegetación tan caprichosamente perfecta en esa forma circular. La tierra del centro parece estar arañada con unas líneas que él no consigue interpretar.

—Tenemos que hacer un pequeño fuego, ¿me ayudas?

A él le parece que se ha vuelto loca, que esa mujer tiene más misterios de los que una mente imaginativa puede concebir.

Con aire de extraña sospecha, Freddy va recogiendo ramitas que encuentra alrededor, sin dejar de observarla.

No soy ninguna bruja, pero lo que vas a ver te hará entender muchas cosas.

El fuego comienza a arder al provocarlo con ayuda de un mechero que ella saca de la guantera del vehículo. Ella le toma su mano y le sitúa al otro lado de las llamas. Le mira y de sus labios arrolladores emite un deseo en voz alta:

“Por el poder de los ancestros que protegen las huestes de su descendencia,, yo te hago pasar al círculo de inmunidad.”

Freddy la suelta, ni mucho menos va a pasar por las llamas.

—Es un ritual gitano para que silencies todo lo que has visto y permita que no tenga que matarte, Freddy. Tu juramento me bastará para que puedas volver a tu hogar, y hacer como que no ha pasado nada, que no nos hemos visto en Nápoles. Pasa por el fuego, por favor. Da ese salto para que pueda fiarme de ti.

Él no se puede creer lo que está escuchando, pero una sensación sobrenatural le sobrecoge y le recorre por la espina dorsal dejándole inmóvil, embobado al ver cómo la cara de Joanna se convierte en una dama del oscurantismo. No le importa pasar por encima del fuego si ella así lo precisa.

Freddy salta, envuelto en chispas del fuego que parece envalentonarse de repente. Ella cierra los ojos y pone sus manos en actitud de rezo, soltando una

retahíla de frases en un lenguaje extraño que él no acierta a saber su procedencia.

En una de las frases parece escuchar la palabra Seth, que identifica como al dios del caos según la mitología griega, hermano de Osiris.

“Es como un dialecto antiguo... parece un hechizo, esto no me gusta nada...”— concluye Freddy, totalmente convencido de que esa mujer está haciendo magia negra.

Reacciona con espanto y la atrae hacia sí. ¿Cómo puede estar tan loca? A él le parece que hasta ahí ha llegado el límite de su paciencia y le toma su cara entre sus manos, intentando que salga de su fantasía gótica.

—¿Qué te han hecho? ¿Por qué has llegado a convertirte en un alma esclava de a saber qué secta satánica?

Ella le mira, se difuminan sus rasgos poderosos y hasta hace unos segundos convencidos en las fuerzas oscuras y se desdibuja esa arrogancia para intentar comprender su pregunta, intentar comprenderse a ella misma.

El silencio, el cansancio, lo absurdo de la situación y la debilidad que puede con su alma atormentada hacen que ella acabe por buscar refugio entre sus brazos, derramando un caudal de lágrimas estancadas de hace tiempo en lo más profundo de su corazón.

—Aprendí de mi maestro... él me instruyó e hizo de mí lo que soy.—
Joanna confiesa, abatida.

Su mente atrae unos recuerdos de cuando era solo una niña. Entonces su vida era una pesadilla y por mucho que quiera no consigue olvidar las sensaciones que le quedan al recordarlo.

Se sientan junto a un árbol, apoderados del cansancio y el sueño. Ella tapa sus esbeltas piernas estirando la tela del vestido, intentando hacerse un ovillo doblando las piernas, poniendo su cabeza en las rodillas con los brazos como almohada. El se pega a su cuerpo para taparla con la capa que ahora les cubre a los dos.

Ella entonces apoya su cabeza en los hombros de Freddy y sin más

palabras se quedan descansando, ella confiada en que su nobleza no la traicionará y no la deje ahí sola. Entonces se queda profundamente dormida

En un lugar recóndito de la Toscana...

La piscina climatizada de una gran mansión está iluminada con haces de luz verdes y azules, ofreciendo una visión magnánima de la residencia de máximo confort que posee Joanna, habiéndola comprado con las ganancias que sus negocios proporcionan. Es su otra vida, la otra cara de la mujer del señor Montalván, la que derrocha en fiestas y en regalos a sus invitados pero que en Italia no solo la respetan sino que también la temen.

En una de las tumbonas del recinto del spa en esa lujosa mansión hay un hombre echado. Sus ojos cerrados y las manos sobre su estómago entrelazadas dan testigo de estar en pleno relax. Una chica de unos 20 años aparece por la puerta, lleva una toalla en la mano, parece que se va a dar un baño, pues lleva un gorro elástico en su cabeza que esconde sus cabellos. El hombre se dirige a ella con la suficiente familiaridad para considerar que se trata de su padre.

—No me salpiques, nena, no quiero que se me corte la digestión. —le dice haciendo el gesto con las manos para que se retire de su lado y no le moje al saltar al agua.

—No, no te mojaré.

—¿No...qué? —le pregunta con arrogancia.

—No, señor.

La joven se zambulle con cuidado de hacer lo posible para que ni una gota salga fuera de la piscina. Da unas cuantas brazadas y por un momento el agua que baña su cara se confunde con sus propias lágrimas.

—Vallolet, sal ya. Ven aquí. Tienes que desayunar.

—Sí, amo. Enseguida estoy a su lado para que me dé el desayuno.

La joven sale de la piscina, se seca un poco la cara y se arrodilla a los pies del hombre que la reclama. Este se desabrocha el pantalón y le ofrece su verga flácida para que la meta en su boca.

Ella la coge con delicadeza, le pasa su lengua por toda su extensión con

la punta y después envuelve con esmero en su boca el glande, succionando y empezando a bajar y a subir todo ese trozo de carne hasta que va cobrando dureza. Entonces el sujeto se suelta en jadeos y acaba por hundir toda su polla en la garganta de Vallolet, la chica que ha elegido del show en vivo presenciado la noche anterior. La vio en la pista con aquel voluntario y también quiso probar las delicias de sus favores, por lo que embolsó una buena cantidad a los encargados de esos servicios extras para disfrutar con ella como esclava en una de las mansiones para clientes vips que Joanna regenta.

En esa gran casa hay muchas habitaciones, muchos espacios que permiten disfrutar a los que allí se hospedan del máximo confort y de la compañía de hombres o mujeres que trabajan para Joanna. Han sido adiestrados por ella y sus ayudantes para ser los mejores siervos y satisfacer las necesidades y gustos de sus poderosos clientes.

CAPÍTULO 17

Frederick piensa qué puede hacer para resolver ese crucigrama que tiene delante, cómo salir de esa encrucijada.

De momento se ha convertido en alguien sumamente importante para Joanna, esta le ha mostrado su talón de Aquiles al comprobar cómo se derrumbaba entre sus brazos, cómo ha concebido que toda esa vida que lleva no le proporciona ninguna satisfacción, sino que la está ahogando en un pozo cada vez más hondo y oscuro del que difícilmente va a poder salir.

Tras varios días de viaje, ella ha elegido un destino en este paréntesis en la vida de ambos: el pueblo de la Toscana más emblemático y cautivador: San Gimignano. Está de paso hacia su destino final, una villa que posee en medio de unas impresionantes fincas de viñedos.

Por el camino conversan, se establece entre ellos un clima de confidencialidad en el que pueden llegar a revelarse muchos e importantes misterios sobre la cara oculta de Joanna.

En la radio han puesto la emisora de música clásica, y en ese preciso momento tocan la novena sinfonía de Beethoven, el movimiento 4 en el que la orquesta va acelerando su ritmo in crescendo hasta parar de repente con el único sonido de las trompas dejando en suspense lo que va a ocurrir después. Joanna va a cambiar de canal pero Freddy la detiene apartando su mano de la radio.

—Espera... escucha...te va a sorprender.

Ella le hace caso y pone toda su atención, le siente tan centrado en la música que le mira para ver qué expresión tiene en esos momentos y comprueba que en el marido de su hija, el artista está ocupando su personalidad, su mirada está abierta a un horizonte infinito de sonoridad celestial. Comienzan a sonar unas notas y parece que va a volverse a escuchar el tema principal repitiéndose, pero en lugar de ello invaden los sentidos

acústicos ¡todo un coro enorme de voces angelicales y la orquesta a la vez!

—¡Es realmente conmovedor! —expresa ella, elevando las cejas como si también ascendieran las alas del ángel que lleva dormido en su interior y que sólo la potencia de la música que viene de un genio puede despertar.— Siempre te ha gustado Beethoven, incluso fue motivo para que escribieras tu libro. Dime, ¿qué es lo que te atrae del gran compositor aparte de su maravillosa música?

—Beethoven era un alma solitaria, profundamente romántico, concebía el amor con tal apasionada fuerza que sufría considerablemente cada vez que le negaban expresarlo. Pero tenía una gran capacidad para sentir una fuerte conexión con el Universo y ello le ayudó a superar momentos difíciles en su vida y poder manifestar su espíritu creativo.— calla unos instantes y sigue hablando ahora en un tono más bajo, más sentido: —En casa guardo una copia de una carta que se encontró en su escritorio, dedicada a una mujer muy especial pero inalcanzable, su “amada inmortal” como así la mencionaba demostrando un amor profundo, espiritual.

—Supongo que tendría amantes.— Joanna deja de mirar a la carretera por unos instantes para dirigirse a Freddy y atravesar sus pensamientos con lo que a ella se le viene en mente.— Y por supuesto que gozaría de los favores de alguna mujer aunque fuera pagando ¿no? No me lo pintes como un monje, porque ni entonces los religiosos eran unos santos.

—Él creía en Dios fervientemente. Tenía un alto sentido de la moralidad, pero igualmente se sentía atraído por algunas de las mujeres que llegó a conocer o a las que dio clases de música. Una de ellas, Teresa de nombre, pero no recuerdo el apellido, le ridiculizó delante de todo el público en un concierto que el genio dio en casa de unos ilustres personajes. Beethoven iba a pedirle su mano a los dueños de aquella mansión y esta le dejó claro que no era de su clase social. Imagino que fue un batacazo en su orgullo.

—¡Qué vida tan triste y a la vez qué maravillosa obra dejó! Incluso estando sordo pudo componer esta bellísima sinfonía. —Joanna se refiere a la

que acababan de escuchar.

Los dos participan del mismo interés por la música. Siguen charlando durante gran parte del trayecto.

—Siento que por mi culpa te hayas sentido alguna vez como Beethoven, rechazado por no pertenecer a los círculos sociales en los que mi marido se mueve; siempre he querido dar a mi hija lo que yo nunca tuve. Por eso cuando me habló de ti puse tantas objeciones.— ella se pone las manos en la boca, intentando que no suene tan dramático, intentando no sentirse tan villana — Marlene no te habrá hablado de esto, pero, yo intenté apartarla de tu lado. Ahora me arrepiento. La felicidad no tiene que ver con la posición social ni con el dinero.

—¿Qué te ocurrió, Joanna? ¿Quién te hizo así?

Joanna traga saliva y calla. No puede hablar. Se va derritiendo por dentro. En su cabeza tiene mil imágenes que desea que desaparezcan y no le hagan volver a sentirse desgraciada. Son parte de un pasado que quiere olvidar pero en su intento se vuelven más grandes, más profundas, ahogándola.

No podría contarle qué fue de ella cuando era una jovencita. Por qué su existencia tomó los derroteros de la fatalidad de repente. Ni se imagina Frederick que ella se crió conviviendo con la pobreza, el hambre, y la delincuencia que asolaba las calles del barrio humilde en el que malvivía su familia. No puede contarle que tuvo que pagar con su propia inocencia porque un hermano suyo no cumplió debidamente con cierta banda criminal, ni lo que fue de ella después.

Nápoles, 30 años atrás

—Les juro que trabajaré duro hasta que darles todo lo que nos piden. — decía suplicante una niña de 16 años a la que llevaban a rastras por el muelle del puerto, intentando meterla en un yate entre dos tipos con muy mal semblante.

—No queremos dinero ahora, bonita, te queremos a ti.— le dijo uno de los dos, arrojándola al camarote.

El otro tipo se quedó en el muelle, soltando las amarras de la embarcación. Aunque le hubiera gustado evitar que la chica pasara a las mismas puertas del infierno, no pudo hacer nada o hubiera puesto su vida en peligro.

Conocía a la pequeña de toda la vida, igual que a sus padres. Tener la desgracia de un padre alcohólico y una madre prostituta, era ya de por sí bastante tormento para una criatura tan hermosa como era Joanna, pero si además su hermano estaba metido en problemas de ajustes de cuentas, era como haber obtenido todos los boletos premiados de la lotería para ser una completa infeliz ese mundo tan difícil.

Se sabía de sobras entre los marineros de la zona que ese yate se dirigía a la isla de Capri, y que en su trayecto se celebraban verdaderas bacanales, unas veces con chicas de alterne y otras que no iban precisamente por su propio gusto, como era el caso de la que ahora iba dentro.

—Preparadla, vamos a comenzar la subasta enseguida. —ordena el que parece va a ganar con la venta de los servicios sexuales que esa belleza por estrenar le va a proporcionar. Es un hombre rudo, calvo, con cara de malas pulgas, en un traje marrón de mal gusto que le queda pequeño, y un puro apagado que sostiene en su desagradable boca.

Ella es un manjar delicioso para los gustos viciosos de los que van a apostar por pasar la noche con ella y hacer lo que quieran durante el fin de semana que van a estar en los alrededores de la isla. Echarán el ancla en los enclaves que más les apetezcan, y combinarán las visitas a los restaurantes yendo con las motos acuáticas o botes a motor que dispone la gran embarcación de 12 metros de eslora, con los baños y zambullidas en las aguas coral que bordean las playas de ese idílico lugar. Pero Joanna no verá siquiera el agua... se quedará abajo en el camarote a expensas de los deseos del que la haya comprado.



Freddy había causado un gran cambio en la mujer fatal que intentaba dominar el mundo. Ella había tocado ya fondo con el ritmo de vida que llevaba y había estado a punto de cometer una terrible atrocidad: eliminar al esposo de su hija a pesar de haberla engañado con su mejor amiga, Claudia.

Pensar en lo terrible que debía resultar que su hija no pudiera saber del paradero de su marido, verla sufrir al creer que hubiese muerto, secuestrado, o incluso que la hubiese abandonado dejándola sola a ella y a los niños, le hizo cambiar de opinión a la hora de seguir empleando las tácticas criminales que se gastaba con el resto de los que le estorbaban en sus sucios negocios.

Estaba a tiempo de devolverlo a su hogar, íntegro, y que el destino se ocupara del resto. No quería cargar en su conciencia más pesares de los que ya tenía. Además, haría lo posible para que Freddy le pidiera el divorcio a su hija y que esta emprendiera de una vez una nueva vida dejándolo libre. Su hija podría cambiar, ser menos exigente, menos escrupulosa para no vivir tan agobiada por el orden y la limpieza. Pero para lograrlo tendría que ser ella, su madre, la que deshiciera ese hechizo en su personalidad y la liberara de todas esas manías.

Joanna tenía la culpa de que su hija tuviera una imperiosa necesidad de lavarse continuamente, que no pudiese disfrutar de los besos apasionados de su marido, de que no quisiera dejarse llevar por caricias que supusiesen contacto con fluidos corporales, saliva, sudor, y que por todo esa asepsia enfatizada se creara tanta distancia en el matrimonio que ya hacía aguas.

—Freddy, tienes que avisar a Marlene para que no se preocupe por ti. Llámala y dile que tardarás una semana más en volver. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Ayer mismo por la mañana mantuvimos una conversación larga y

distendida. Me puso con los niños y te aseguro que está tranquila con los detalles que le di sobre mi viaje. Es mejor que espere hasta mañana para llamarla. No suelo hablar con ella cada día en estos casos. No te preocupes, no sospechará nada y Claudia tampoco será capaz de hacer daño a su mejor amiga, estoy convencido de que a mi regreso seguirá esperando volver a mantener relaciones conmigo, pero lo dejaré claro, lo nuestro ha terminado, te lo aseguro. Quiero, igual que tú, alejarme de estos vicios de una vez.

—Lo que hagas cuando vuelvas es asunto tuyo, pero, por favor, procura que Marlene sufra lo mínimo, mi amor por ella es puro y profundo, es lo único que tengo en esta vida, ella y mis nietos, son el motor que me sostiene, no los quiero perder. ¿Me das tu palabra de que los cuidarás si me llega a pasar algo?

—No te va a pasar nada, Joanna. Pero para que estés más tranquila te doy mi palabra. Me ocuparé de que nunca les falte nada y los cuidaré y protegeré con mi propia vida.

CAPÍTULO 18

San Gimignano(Patrimonio de la Humanidad por la Unesco)

Frederick se ha cambiado de ropa en una de las tiendas de los pueblos del camino. Está muy intrigado por ver hasta dónde le está conduciendo esta nueva mujer que está empezando a descubrir, y crea una atmósfera de confianza para que las aguas vuelvan a su cauce y no se genere un torrente destructivo si le dice las cuatro cosas que piensa de tal como actuó con él, con Claudia, con Marlene, con todos.

— ¿Por qué elegiste este sitio? —le pregunta como un niño que sale del autobús en plena excursión del colegio. Han aparcado a las afueras en un parking vigilado y han subido a una torre extraordinariamente alta.

— Es considerado el pueblo más bonito de Italia. Al estar entre Florencia y Siena, se convirtió en la ruta europea del peregrinaje que se originaba en Inglaterra, en Canterbury y acaba en Roma. Es la *vía Francígena* como así la llaman. Los nobles de la región hicieron fortuna gracias a este trasiego de gentes que necesitaban hospedaje, así como establecieron una importante función comercial. Los nobles rivalizaban en demostrar quién tenía más, quién era el más rico y poderoso. Por ello mandaban edificar estas torres, a cuál más imponente, más alta. Desde esta altura la defensa también ocupaba un papel primordial, como ves se domina gran extensión de terreno. Al enemigo se le veía venir enseguida.— se pone la mano en la frente para imitar a los vigías de entonces.

La vista panorámica de los viñedos desde uno de los 14 rascacielos que se elevan en lo alto de una colina confirma que se trataba de uno de los enclaves más bonitos que se ha visto jamás. Kilómetros y kilómetros de la maravillosa Toscana se contemplan desde allí. La ciudadela bien conservada alrededor,

otorga el carácter histórico haciendo que se adapte enseguida la mente al viaje en el tiempo e imagine cómo sería la vida en aquellas épocas.

— Esta torre *Grossa* es la más alta, tiene 54 metros, como si fueran 18 pisos de altura. La de allá —indicando con su mano a otra torre— se llama *Rognosa*, es de 51 metros, son las joyas de esta ciudad. Se construyeron 72 en total durante la Edad Media.

— ¿Cuántos habitantes puede haber aquí? —pregunta él arrugando el ceño, tratando de contar las casas.

— Unos 7.000, más o menos. Aquí son muchos los que se dedican al agroturismo. Otros tienen retiros para los que aman la paz espiritual, son los que se enorgullecen de que Dante Alighieri haya vivido en este pueblo. —y suspira, con nostalgia de lo que pudo haber sido su vida si hubiera cambiado los negocios que tiene por otros tan saludables como estos.

— Podrías dar un giro a todo y considerar dedicarte también a esta clase de vida...¿No te gustaría? —parecía que Freddy le había leído el pensamiento.

— Me gustaría tanto... me gustaría incluso desaparecer... caer al vacío y ... desaparecer... —se inclina hacia la caída que tiene ante sus ojos, agarrándose a la barandilla del muro que les protege.

Frederick la toma por los hombros y trata de calmarla.

— Vamos... esa no es la salida. Solo crearías más dolor a tu hija. Tienes que dar un paso pero no hacia el abismo, sino hacia adelante, sin mirar atrás. Será duro. Te verás sola al dejar a los que antes te admiraban por tu egoísta ambición, te verás perseguida por los que quieran seguir beneficiándose de tus negocios, pero lo tienes que intentar.

— ¿Tú crees que habrá un lugar en el Universo para un alma atormentada como la mía? —Joanna ahora miraba hacia el cielo, esperando que se abriera algún claro en el que apareciera una escalera en forma de nubes como en el disco de *Led Zepelin*.

— Alguien hizo de ti el ser en el que te convertiste. Quien quiera que sea es quien debe pagar eterna condena. Tú has sido una víctima, Joanna. Te he visto poseída por el espíritu de una secta, tienes que contarme quiénes son para que te pueda ayudar a salir de ella.

—Es peligroso para ti que lo sepas, pero, pensándolo bien, yo también te puse en peligro y has salido victorioso. Te lo contaré todo cuando llegemos a la villa. No quiero perturbar el encanto de este paraje mencionando a ese clan. Puede que su nombre tenga también poder al pronunciarlo.

Freddy le pasó los dedos por su cabello, quitando unos mechones que ocultaban sus ojos; se habían colado en su rostro por una ráfaga instantánea de viento. Ella sonrió corriendo un velo a los pensamientos derrotistas que parecían haberse evaporado tras las palabras alentadoras que salieron de los labios de Freddy.

Bajaron de la torre y pasaron por el pueblo.

Se respiraba historia por todos sus rincones. Al no poder transitarlo con ninguna clase de vehículo de motor, se podía caminar con tranquilidad por sus calles, en las que se evocaban escenas medievales, las huellas de peregrinos, caballeros y nobles impregnaban cada piedra, cada puerta, cada balcón.

Fueron a la puerta de San Giovanni, a la plaza de la Cisterna, en el centro de la ciudad. Desde allí se contemplaban las torres desde abajo, ofreciéndose altaneras, confirmando el afán de aquellos nobles pretenciosos que querían

destacar ante el pueblo por ser lo más altivos en el sentido literal de la palabra.

— ¿Quieres un helado? Esta es la mejor heladería del mundo. —Se refería a la *Gelateria Dondoli*, ganadora del premio a la mejor fabricación artesanal de helados del mundo.— Te recomiendo el de crema di Santa Fina.

— ¿De qué está hecho? Tiene buena pinta. —le dice sacando su lengua y esparciéndola por sus labios con cara de picardía.

— Es todo un pecado... está hecho con crema de azafrán y piñones.

— Un afrodisiaco irresistible... lo probaremos.

— También tienes el *Champelmo*, otra de las especialidades que debes probar... te gustará.

— ¿Qué magia tiene ese helado? Cuéntame —le susurra con cara de niño travieso.

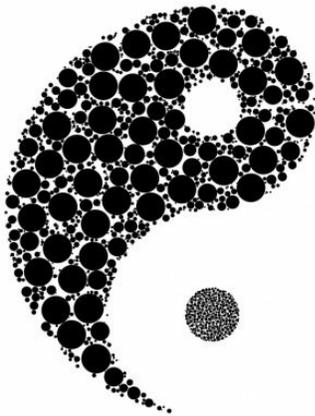
— Este es para ir directo a la puerta de la felicidad...tiene vino rosado pomelo espumoso...te elevas solo de probarlo ...

— Por eso este pueblo era el favorito del poeta italiano Dante.... Se inspiraba muy bien aquí...— ríe y acoge a Joanna estrechándola por la cintura.

Pasean tomando cada uno una especialidad de los deliciosos helados y después visitan alguno de los museos y palacios, como el célebre *Ridolfi* que dio nombre a un lujoso hotel emplazado en el mismo pueblo. Tomaron un vino en una taberna, el más famoso de por allí, el blanco seco, un vino afrutado de los más finos de Italia que traspasa fronteras en su fama, cuyo origen se remonta al pueblo etrusco. (S.V a. C)

Le sirvieron los platos más representativos de la zona, *panzanella*, la ensalada más conocida de la Toscana, hecha a base de y trocitos de pan duro y verduras de temporada como tomate, cebolla, albahaca y pepino, rociadas con aceite de oliva virgen extra, vinagre y sal. También dispusieron en su mesa un plato de pasta llamado *parppadelle*, acompañado de setas y carne de caza y otro de *ribollita*, con judías blancas, tomate y col silvestre en una sopa deliciosa.

El rostro de Joanna se vuelve más dulce, va apareciendo la suavidad donde antes había rigidez, sonrisas donde antes triunfaba la ironía en el rictus que le servía para humillar y dominar.



Visitaron después el museo de la tortura, donde pudieron ver las prácticas aberrantes en las que torturaban a los presos para satisfacer el espíritu sanguinario hacia el enemigo a quien querían que confesara alguna información importante.

—Esta es la Doncella de Nuremberg, o también llamada “Iron Maiden”. En esta especie de ataúd en la que cabe perfectamente una persona de pie, el que estuviera aquí encerrado no podía escuchar ni ver nada, porque las paredes que la encierran con tan gruesas que le aíslan por completo. La puerta que cierra es giratoria y tiene pinchos metálicos por dentro.

—Es demencial.... Imagino el sufrimiento de estar sintiendo los puñales ahí dentro...

—Sí, Frederick, llegaban a durar días de agonía...

—¿Y esa silla? No es muy cómoda que digamos. —se refiere a una metálica que también tiene bastantes puntas afiladas en su base.

—Como ves, el carácter torturador sigue en los genes de mucha gente que hoy día los siguen ensañándose sin ninguna piedad. En esa silla ataban desnudos a los considerados endiablados por la Santa Inquisición. Les golpeaba un torturador mientras el escribano tomaba nota de su declaración de culpable, que es lo que se pretendía conseguir. Para aumentar el castigo llegaban a calentar la silla con fuego debajo de ella, así los pinchos ardían dentro de su piel. Después eran enviados a la hoguera o les confinaban en una celda para el resto de sus días.

—¿Para qué servían estos cascos? —Frederick tomó una especie de jaula de hierro en la que podía caber la cabeza de una persona, con extensiones a los lados como si se tratara de un bufón, algo aparatoso y molesto de llevar.

—La Iglesia se los ponía a las mujeres que concebían demasiados hijos o a los que consideraba meritorios de escarnio público. La insensibilidad humana llegaba a ensañarse a límites insospechados. Se llama la máscara de la Infamia. Los ataban a quienes las llevaban puestas a un poste en un lugar público y sufrían el abuso de todo el que quisiera humillarles.

—Me recuerdan a las escafandras de cuero que les ponen a los sumisos para hacerles sentir propiedad de sus amos. Es algo que no tiene explicación pero tú mejor que yo conoces el efecto que causa en esas personas los tratos humillantes que reciben, las vejaciones...

—Necesitan que alguien les domine, posea sus pensamientos, controle sus impulsos... detrás de cada sumiso hay un alma encadenada a unos traumas, en cierto modo les liberamos al castigarlos.

Frederick se quedó callado. Él había estado castigando en cierta manera a las personas que le habían demostrado afecto, a su esposa Marlene, por no entregarse por completo a ella y a Claudia, por volverla adicta a él y sus juegos perversos.

—Si viviéramos en esa época medieval, tú y yo habríamos sido condenados a la hoguera, hubiéramos expiado nuestros pecados ardiendo ante la mirada inquisitiva de los jueces eclesiásticos.— bromea Freddy con la expresión de pánico figurado que a ella no le hace ninguna gracia.

—También hay hogueras que castigan delitos contra el orden divino que arden en nuestra propia conciencia... —piensa en voz alta Joanna, mirando hacia un cuadro que representa a una bruja atada en un poste del que comienzan a surgir llamas por sus pies.

Reanudan el viaje siguiendo rumbo al sur y llegan a una residencia propiedad de Joanna. En ella se siente segura, está fuera de toda actividad ilícita y es donde reside cada vez que visita su país natal.

Entran en lo que más bien es un palacio, tras aparcar el coche en la explanada que pone fin a los inmensos jardines que anteceden la presencia de la imponente edificación de estilo renacentista. El aire huele a naranjos en flor, a miel, a amor. Los criados les esperan en la puerta para saludarles. Todos con uniforme según el rango en el que definen sus funciones. El ama de llaves lleva puesto un traje de corte sobrio, gris, del que destaca un pañuelo blanco en el bolsillo exterior con puntillas y una camisa inmaculada con el cuello alto, confiriéndole un aire monacal.

Las doncellas llevan un atuendo más cómodo, faldas más cortas con vuelo de color burdeos, camisa blanca con botones que permiten llevar un discreto escote y una cofia en la cabeza de color blanco nuclear, impecables, sin ninguna arruga en los tejidos, almidonados y con los zapatos relucientes. También llevan medias tupidas que no dejan percibir el color exacto de su piel.

Les dan la bienvenida con gran efusividad.

—Bienvenida, Señora Manzini. Bienvenido Señor...

—Es mi profesor de música, el Sr Serra. Adecuadle la suite de invitados, se quedará por unos días. —ordena Joanna sin pararse en su avance hasta el salón.

Pasan dentro, a través del arco de la entrada ornamentado con figuras que Freddy observa detenidamente y le sugieren escenas del campo, recolección de frutos, pastoreo, labrado de la tierra... algo muy propio para una residencia en plena campiña.

Dentro todo es glamour, elegancia desmedida, brillan hasta los azulejos de las baldosas que forman una glorieta en medio de la mansión en la que un cuadrado de arcos enmarcan los porches que rodean a una pequeña placita interior donde una fuente se alza en forma de escultura. Evoca la Fuente de Neptuno de Roma. La forma estrellada de su contorno, coronada en el centro por la estatua de Neptuno atacando a los leones marinos que le rodean sobre los pequeños muros que sostienen la fuente. A cada lado las cuatro nereidas que muestran serenidad en contraposición con los caballos que aparecen desbocados, con las cuencas de los ojos salientes en esa dinámica muestra de arte, cuya manifestación original es propia del arquitecto y escultor Giacomo della Porta, resultando una perfecta imitación que dota de distinción y esplendor el bello palacio.

—Tengo debilidad por las obras de arte.— confiesa ella, acercándose a las esculturas, pasando sus dedos por las formas redondeadas de las ninfas.

— Ahora estás tocando una representación mitológica de la madre de Aquiles. ¿Conoces su historia?

— Tetis, la madre de Aquiles, era hija del Dios del océano, Nereo y la diosa Doris. Se casó con un mortal, Peleo, y no podía soportar que sus hijos fuesen simples seres terrenos como su esposo, por los que, arrojándolos al fuego creía que así se desprendían de la humedad humana y se convertirían en inmortales, pero fallecían en el intento. Solo le quedaba Aquiles, con el que utilizó otra técnica: sumergirlo en las aguas del río que separa la vida de los vivos de los muertos, el río *Éstige*. Lo sujetó del pie mientras lo bañaba en las infernales aguas, quedando esa parte de su cuerpo vulnerable.

— Así es... todos tenemos nuestro propio talón de Aquiles. Debemos decidir a qué mundo pertenecer, al de los simples mortales o al que pertenecen los que ambicionan por dominar con desmedido egoísmo a los demás. No lo digo por ti, Joanna, pero lo que has levantado a tu alrededor... ¿de qué te sirve? ¿A quién estás intentando superar? Es como esas torres que hemos visto en el pueblo de Gimigiano, rivalizando en altura... ¿Quién es el que hace sombra a tu torre?

— Buena pregunta. Es mi propio marido. Él cree que no soy nadie, que gracias a él tenemos el nivel de vida que podemos disfrutar, por eso quise demostrarle que puedo conseguir tanto o más que él.

— ¿Y es él quien te ha hecho así?

— Haces demasiadas preguntas, Freddy. Es mejor que no me conozcas demasiado. Poseer la verdad puede ser muy peligroso para ti.

Un hombre se acerca a saludarles. Va elegantemente vestido y parece que le molesta que esté acompañada de otro hombre.

— ¿Cómo está la reina de la casa? —le coge la mano para besarla con muchísima delicadeza, en un gesto muy aprendido que por costumbre repite cada vez que la saluda.

— Te presento a un amigo mío. Es el profesor de música, el Señor Serra. Estará un par de días. Si no te importa, me dará clases para aprender a tocar mejor el piano. Tendrás la suerte de disfrutar por la noche con sus composiciones. —le dice Joanna a ese hombre con el que parece tener una relación de pareja.— Francesc, él es mi mayordomo, Petrus, pero considéralo como mi mano derecha. Sin él, esta casa sería un lugar frío, sin vida. Él hace que resulte tan acogedora.

— Mucho gusto, Señor Serra, encantado de contar con su gran talento. A Joanna y a mí nos agrada sobremanera la buena música y será todo un honor

para nosotros que nos deleite ante el piano que tenemos abandonado en el salón. Ya casi considerábamos que era un objeto de decoración. Hace mucho tiempo que nadie lo toca. Adelante —, le indica el lugar donde lo encontrará, hacia un impresionante lugar en el que podría caber toda una orquesta filarmónica.

— Será un placer, Petrus, llámeme Francesc a secas (tendría que aprenderse ese nombre que accidentalmente se ha inventado Joanna para proteger su identidad)

Petrus le conduce hacia el piano, un precioso *Steingraebe E-172*, de color negro, reluciente y majestuoso al que solo unos pocos pueden tener acceso por su altísimo precio.

—Es un modelo alemán, de la localidad de Bayreuth. Joanna quería tener algo único y creo que al elegir este piano acertamos. —expone Petrus, orgulloso de haber hecho una buena adquisición bajo los deseos de su señora.

— Veamos.... —dice Freddy sentándose en la banqueta para abrir la compuerta que esconde sus teclas. —suenan con potencia, como es la tónica de los pianistas alemanes, pero a la vez se aprecia una sonoridad dulce.— sus dedos van recorriendo el teclado, deteniéndose en algunas notas para hacer arpeggios— Los artesanos alemanes son unos genios en la fabricación de pianos, pero este es verdaderamente auténtico, y por lo que me cuentas acerca de su procedencia, Bayreuth es un pueblo que tiene fama de gran calidad artesanal, según la tradición a la que son fieles.

Joanna le mira encantada, se enamora de su manera de expresarse, del profundo conocimiento respecto a todo lo concerniente al instrumento musical que tanto le fascina y le pide que toque alguna composición.

— Por favor, Fre.. Francesc , queremos escuchar algo bello...¿querrás? — Joanna acaricia el perfil del piano mirándole con algo de timidez.

— Dama, caballero.... Siéntense... comienza el concierto.— bromea Frederick apuntando hacia los sofás para que se acomoden.

Joanna y Petrus dan unos pasos hacia atrás y, mientras ella se sienta en una de las butacas que hay a lo largo de la inmensa sala, Petrus se queda de pie junto a ella, atento y expectante por si se requiere de su servicio. De repente se le ocurre ir a por unas copas de champán y ordena a una sirvienta que traiga el carrito con lo necesario para brindar después.

Frederick rompe el hechizo que había dejado mudo el piano durante años y envuelve la atmósfera en cálidas sensaciones sonoras que derraman endorfinas en los canales neuro sensitivos de Joanna, elevándola a un estado de ensoñación.

Toca el Rondo Capriccioso, Op 14, con total maestría. Hace algunas variantes que ensalzan momentos en la partitura, creando una gran expectación en Joanna que no deja de admirarle.

Entonces su pensamiento vuelve a dirigirla a esa época de su vida en la que la música ambientaba la exquisita relación que tuvo con aquel joven que la hizo tan feliz...

Ella desfilaba junto a un grupo numeroso de chicas en una de las atracciones que eran expuestas para ser elegidas por los clientes del prostíbulo de lujo en el que se encontraba saldando la cuenta pendiente de su hermano con el clan mafioso. Le salvó la vida pero perdió la suya propia.

Los acordes iban marcando el ritmo de los pasos de las jóvenes; salían de los altavoces de ese local lujoso, y aunque pareciese que estaban deseosas de complacer a quienes las escogieran para pasar un rato con ellas, en el fondo escondían un mar de lágrimas por desatar.

Ella tenía la suerte de contar con la ayuda de uno de los camareros, Henry, un chico alemán que se enamoró de ella nada más verla salir de aquel yate al

regresar de la isla de Capri. Él estaba en el muelle arreglándolo todo para recibir a los viajeros, y al verla, tan desvalida, con la cara llena de moratones, sin apenas fuerzas para salir de la embarcación, la sujetó para que no cayera al poner el pie de la pasarela al muelle. Vio en sus ojos el amargo espanto de quien ha sido torturada, violada, forzada a hacer cosas que jamás hubiese imaginado se llegarían a hacer entre un hombre y una mujer, o incluso con más de uno.

Inmediatamente unos brazos fuertes y mezquinos se la arrebataron de sus manos y la metieron en un furgón junto a otras chicas que también iban en el trayecto, pero estas no estaban tan tristes, ya habían hecho ese tipo de viajes más de cincuenta veces. Eran veteranas, estaban pulidas y sus heridas se habían curado a base de resignada aceptación e incluso les ayudaba la anestesia emocional que les proporcionaba el consumo de las drogas que les daban para conseguir más de ellas.

El chico, tras verla desaparecer en la furgoneta, preguntó al que aseguraba el yate, amarrándolo con las cuerdas, que a dónde se las llevaban y este, al ver lo interesado que estaba y cómo había mirado a esa chica a la que él conocía de pequeña, le dijo que tuviera precaución, pero que si quería ayudarla, fuera al Teatro San Carlo, donde por las noches, cuando no había concierto, se celebraban otra clase de eventos en sus galerías subterráneas.

El joven, aun con el temor de meterse en un problemas, pidió ser uno más en el equipo de camareros que allí servían bebidas y aperitivos a los reunidos en ese tipo de fiestas clandestinas. Su cometido en la organización se limitaba a atender los equipos de negociación, normalmente en las oficinas del centro donde se amparaban por empresas tapaderas como restaurantes, hoteles o supermercados que compraban y vendían blanqueando el dinero sucio.

Él y otros más eran testigos silenciosos de todo lo que se escuchaba en esas

negociaciones. Servían las copas, atendían en las comidas y cenas que celebraban en el mismo centro de negociación, sin tener que estar pendientes de ser descubiertos por micrófonos ocultos en los restaurantes de la ciudad. Pero nunca había ido a ese otro lugar de esparcimiento. Selló su pacto de silencio con el hombre del puerto, pues haber desvelado ese lugar suponía ser pasto de gusanos.

El chico, decidido en dar con la joven y poderla ayudar, aprovechando que uno de sus jefes estaba medio borracho le propuso ir de putas. Así podría sacarle entrar en el tema más rápido.

A pesar de ser su subordinado, él contaba con el aprecio de sus superiores, era el que mejor preparaba los cócteles, con brío, derrochando mucha simpatía, haciéndoles reír con sus ocurrencias en un humor inteligente que se hacía admirar.

Su jefe al final soltó prenda, y mientras manoseaba a una de las stripers que se había sentado encima de sus piernas en uno de los locales que frecuentaron esa noche, le dijo al joven que sabía de un sitio donde verdaderamente te lo podías pasar a lo grande.

Tras unas cuantas copas más, el jefe acabó contándole lo que él ya sabía. Que bajo el teatro, aprovechando los túneles construidos antiguamente para almacenar el agua en Nápoles, se había creado un área para los peces gordos, donde daban rienda suelta a sus gustos especiales. Él era también encargado de dirigir el servicio de atención a todos los que allí se reunían. Entonces, el joven aprovechó la ocasión para poder asistir a tales fiestas y, dada su habilidad para tratar con éxito a los clientes y hacerles pasar un buen rato con sus ocurrencias, el jefe aceptó su proposición. Quedaron en ir a los dos días siguientes de esa noche para acudir a la próxima celebración de tales fiestas tan especiales y misteriosas para el joven.

Joanna y él poco a poco se hicieron amigos. Él la animaba a intentar salir de allí, y dado que ella tenía tanto miedo, ideó un plan para que su escapada no tuviera ningún riesgo. La envolvió en los manteles sucios para llevar a lavar y la metió en el carro de las bebidas. Ella se había doblado todo lo que había podido, acuclillada para no hacer demasiado volumen y al sacarla ya en la calle para meterla en el coche que tenía aparcado cerca, uno de los miembros de la organización criminal le sorprendió. Le pareció que algo se movía en ese fardo de manteles y le hizo abrir la puerta del maletero.

Aún recuerda como si los estuviera viendo, los hoyuelos en sus mejillas cuando sonreía, los rasgos asiáticos de sus ojos cuando la miraba desde lejos, transmitiéndola fuerzas para aguantar cada noche, para que su mente volara de allí y soñara estar en otro sitio junto a él.

No supo más de él. A ella se la llevó ese encargado que les sorprendió y acabó en un local más espantoso del que había intentado huir.

Antes que ser violada por los borrachos que allí acudían, encerrada en una habitación mugrosa, cogió una botella, la rompió y se cortó las venas.

Tuvo suerte de que enseguida la reclamaran, y al abrir la puerta para que pasara el primer degenerado de la noche la encontraron tirada en un charco de sangre.

La pronta actuación de uno de los que visitaban el local de alterne, haciéndole un torniquete, evitó que se quedara sin vida, aunque ya estaba muerta por dentro.

Por gracia del destino, ese mismo cliente era un estudiante que junto a sus compañeros de clase, habían ido a celebrar el fin de curso de la carrera.... Se llamaba Alfred, y tenía como apellido Montalván...

En esos momentos, Frederick tocaba una pieza de Frank Liszt, "*Ständen*" en español: "*Serenata*", con tal intensidad en la expresión de su esencia musical

que desató todo el caudal de lágrimas contenidas en el corazón de Joanna. Se levantó y corrió hacia uno de los cuartos de baño para esconder su dolor.

CAPÍTULO 19

“Aplaudid, amigos. La comedia ha terminado” (Beethoven en su lecho de muerte.)

El eco del silencio se extendía entre las losas del cementerio. Una sombra se alargaba pronunciándose hacia una de las lápidas. La tenue luz de las candelas que los visitantes habían encendido para homenajear el día de los santos difuntos a sus seres queridos ya en el otro mundo, otorgaba aún más misterio al lugar, rincón apartado de los vivos, sereno refugio de los cuerpos que dejaron migrar a sus almas hacia el infinito.

La figura ensombrecida se hace ahora visible estática ante un mausoleo, una mano sobresale de la capa que la cubre para sacar unas llaves, la otra mano sujeta un candil. Sus dedos largos y finos delatan ser los de una mujer. De espaldas también se puede adivinar que bajo la capucha se encuentra una melena rubia por los mechones sueltos que se han escapado de su escondite.

Abre el portón y entra con sigilo, como si se tratara de una ceremonia en la que solo participa ella y la memoria de los fallecidos que en el mausoleo se encuentran sepultados.

Cierra la puerta y se queda dentro, a la luz de su candil que deposita encima de la gran tumba que se erige en el centro de la habitación. El reposo de los muertos ha sido interrumpido por esa mujer que pasa sus dedos por las letras esculpidas en la losa de mármol con los nombres de sus ocupantes:

Frederick Valverde, músico y escritor, terminó sus días en la Tierra para seguir creando en el otro mundo el día 21 de Diciembre de 2021.

Alina Noguera Méndez, esposa de F.V. fallecida el 21 de Diciembre de 2021.

Juntos en el Paraíso, descansan en Paz.

Al pasar los dedos por los de ella no puede evitar una mueca de enfado que se dibuja en la comisura de sus labios apretados, sellando una maldición que quiere contener.

—¿Por qué me dejaste? ¿No te hacía feliz? Yo te amaba... ¿Por qué tuviste que traicionarme? Yo hubiera sabido cuidarte, te mantenía en equilibrio, teníamos una vida ordenada, una familia feliz, yo te quería, te respetaba, velaba por ti. Pero tú preferiste jugar con fuego, quemarte con mujercuelas que estimulaban tus demonios. Preferiste sus caricias lascivas a mi cariño, elegiste condenarte en pasiones descontroladas, hundiéndote en el mundo del vicio y la lujuria. Y a mí me dejaste arrinconada como a una muñeca usada, humillada ante la sociedad, despreciada por ser lo que cualquier hombre desearía: por ser una esposa decente y digna.

Ahora mírate. Yaces ahí dentro, tu cuerpo pudriéndose, el que tanto has hecho gozar con esas fulanas y con la que compartes la tumba.

Sí, Alina, tú no tuviste la culpa de cruzarte en su camino, y acabar en este triste mausoleo, siendo tan joven y bella, es una lástima que pudiendo haber conocido a otro hombre, condenases tu juventud con este depravado que acabó contigo. Él no te mató pero empezaste a morir desde que le conociste, desde que caíste presa de su encantadora sonrisa, de sus conquistadores ojos de genio, de sus manos apresadoras, de su enigmática atracción fatal.

¿Vuestras risas, vuestros gemidos de placer dónde quedaron? Os pensabais que ibais a ser plenamente dichosos dando rienda suelta a los placeres de la carne, y ahora estáis ajustando cuentas con la justicia divina.

Nos sentiréis otro calor que el de las llamas del infierno, os acariciarán los tridentes de diablos que torturarán vuestras conciencias, hasta que reconozcas, Freddy, el daño que nos has hecho a tu familia por elegir tu egoísta satisfacción.

Te ha perdido la carne, Frederick, has sucumbido a las tentaciones que solo conllevan a la perdición. Te compadezco, podrías haber seguido tu trayectoria literaria, enfocada en obras tan bien consideradas como la que publicaste por primera vez, esa novela que según tú, la protagonista se parecía a mí, y que te izó del anonimato para ser mundialmente conocido y admirado. Después te dedicaste a escribir cosas obscenas, monstruosidades nacidas de tu

mente febril y sucia. Te encaminaste al mal, querías experiencias nuevas y te cansaste de mí. Ahora no podrás gozar con tu cuerpo dormido, ni besar otros labios, han quedado sellados para siempre, tampoco tus manos podrán acariciar otra piel que no sea la de la seda del féretro. Todo tu cuerpo ha dejado de sentir, igual que mi corazón dejó de hacerlo el día que me abandonaste.

Descansad pues, criaturas perdidas, si es que podéis después de haber contraído tantos pecados, descansad que yo rezaré por vuestras almas para que no vaguen errantes por el mundo de los vivos como seres desencarnados, anclados en su pasado terrenal.

Que Dios se apiade de vosotros.

Dicho esto, lanza a la losa un beso de misericordia tras rozar dos dedos en sus labios , tomando de nuevo el candil para abrir la puerta y salir del mausoleo.

CAPÍTULO 20

Esa misma noche, tras volver del cementerio...

Marlene, ya en casa, vuelve a leer algunos escritos que encuentra rebuscando en el despacho de su ex y difunto marido, Frederick. Son bocetos, fragmentos, borradores de algunas de sus novelas. Se detiene en algunas frases que le llaman la atención:

“Sus labios son abismos al acantilado de la locura, besos como saltos al vacío...amar a morir.

Esperar a que aterrice su mirada en mí, su sexo en mi boca, su sonrisa en mi desierto para convertido en vergel de auténtica pasión.

Me pueden las ganas y la atrapo, la anclo en mi sexo para que lo succione.

La subo a la mesa, sus nalgas encima de una bandeja de plata, la cubro media cintura para arriba y espero impaciente poder disfrutarla...

Su sonrisa malévola, escondiendo insanas intenciones...tentándome siempre.

Desnudándome con la mirada...atrapándome en sus redes.

Sus gemidos al deleitarme con sus fluidos, son la música que quiero escuchar. Sus gritos ahogados al embestirla con mi sable, son la sinfonía que quiero tocar...

Su mirada traviesa de niña mala...su rostro angelical.” F.V.

“A mi querida zorra inmortal”

Marlene sonríe despectivamente. “Qué inmoral. Pretender hacer una carta al estilo Beethoven a una de sus putas... Freddy estaba obsesionado con el sexo...

Pero después de leer ese escrito le viene un pequeño mareo. Se sienta y se da algo de aire a la cara doblando la carta para poder agitarla.

Vuelve a escuchar algo, se levanta y coge el teléfono.

—Mamá, he pensado que podrías venirte a vivir conmigo, esta noche he oído ruidos fuera en el jardín y me temo que alguien esté merodeando por la casa. ¿No te importa venirte a pasar unos días?

Marlene está atemorizada, sabe que hay gente que persigue a su padre para ajustar cuentas. No es el único caso de secuestros a las hijas de los empresarios deudores para conseguir recuperar las cantidades que se han ido sumando, favores, comisiones, o chantajes.

Se ha vuelto a acostar tras hablar con su madre, llevando al dormitorio una tisana calmante que ha preparado en la cocina.

Está sola, el servicio no regresa hasta las 6 de la mañana y aún faltan tres horas. La luna asoma por los ventanales superiores del gran salón. En las cristaleras inferiores está todo tapado con cortinas espesas, decoradas con motivos florales haciendo juego con los cojines de los sofás.

No se atreve a descubrir la vista del jardín, con miedo a enfrentarse a alguna presencia que pueda rondar afuera.

Sus hijos están dormidos, protegidos en el piso de arriba con la puerta cerrada. Se ha asegurado de que las ventanas estén bien cerradas en su habitación y para más seguridad ha puesto en activo la cámara de vigilancia que enfoca sus camas.

También tiene la alarma conectada, y al menor atisbo de que alguien quiera traspasar el cordón energético que bordea la casa, sonará y avisará inmediatamente a la central de policía para que acudan urgentemente a defenderla.

Pero sabe que muchos asaltantes se las saben todas, y que disponen de muchas técnicas para traspasar toda barrera sensora. Lo ha visto en tantas y tantas películas, donde artilugios novedosos consiguen desactivar las líneas receptoras de esas alarmas tan sofisticadas, que no le extrañaría que algún experto en la materia haya podido acercarse y anular el sistema de detección de intrusos.

Va a la cocina a buscar el taser por si necesita defenderse, coge el

teléfono y no da señal. Su móvil no aparece, lo tenía en la mesilla de noche y ha desaparecido.

Tiene a mano el arma que ha rescatado del lavabo, de uno de los armarios superiores que no alcanzan las niñas ni el personal de servicio está autorizado a abrir. Dentro de un envase aparentemente de un cosmético está ese artilugio que nunca ha hecho servir y que con descargas eléctricas lograría paralizar a un supuesto asaltante. Lo coge con esperanza de poder devolverlo a su sitio tras comprobar que no hay motivo para usarlo.

Va con la respiración entrecortada, intentando percibir cualquier sonido sospechoso, y cree haber visto moverse la cortina un poco. Juraría que todas las ventanas estaban cerradas, que ni un soplo de aire entra a través de ellas. Tampoco tiene mascotas, ni perro ni gato que produzca ese movimiento al pasar por allí.

CAPÍTULO 21

Por fin Marlene descubre que se trata del jardinero. Es un hombre corpulento, muy fuerte, acostumbrado a las labores del campo, a cargar pesos sin esfuerzo con sus potentes músculos en brazos y muslos, y una energía que parece no acabársele nunca.

Le ve acercarse a los aspersores y activar su mecanismo. La lluvia de riego va envolviendo las plantas, creando junto al sonido que hacen las gotas al caer sobre las hojas, una sensación de confort.

Le observa ahora que él no la ve, medio agazapada entre las cortinas. Le ha pillado varias veces mirándola de reojo en la piscina.

Su imaginación la conduce a una escena prohibitiva para su estado de dama digna y casta.

Le gustaría tenerlo cerca y escuchar de sus oídos lo apetecible que le supone para él ver su cuerpo en bañador paseándose a su alrededor.

Cierra los ojos y le imagina apoderándose de sus pechos, acaparándolos en su totalidad como dos garras que la apresan.

Su madre , Joanna la ha animado a desinhibirse, a dejarse llevar por las fantasías para aumentar su líbido. Han acudido a un centro especializado en comportamientos maniáticos y va haciendo progresos. Su piel está despertando de deseos antes desconocidos y para ella no aceptados.

Con cierto nerviosismo desliza la compuerta de cristal por sus guías correderas, y sale al porche tal como está, con el camisón que la cubre lo suficiente para no estar totalmente desnuda.

El jardinero se yergue y deja el aspersor que estaba activando, posicionado hacia los rosales que rodean la fuente y la mira sobresaltado.

Se acerca a ella para saber si necesita algo, pero una sensación de extrañeza en su interior le dicta que la dueña no es la misma de siempre, su mirada, sus pasos lentos y sensuales.... Es como una aparición milagrosa.

Ella no le dice nada, espera a que él cruce el sendero de piedra entre la hierba y se queda frente a frente mirándole, extasiada, tratando de hablarle sin palabras.

Él la toma en sus brazos, sabe qué es lo que necesita la dama de ojos tristes, la que él desea con profunda pasión, a la que seduce con cada flor que hace germinar en su maravilloso jardín, donde ha plantado con esmero cuidado los más sorprendentes collages de colores para alegrar su espíritu y decorar su vida.

La lleva hasta el invernadero, allí pueden estar solos, ocultos a la vista de los niños que pueden levantarse de noche.

La luna aparece y desaparece guiñándoles un ojo en las vidrieras, ocultándose tras las nubes que juegan con su brillo plateado.

Él le susurra palabras seductoras en su oído, recorre su cuello con su aliento y se atreve a pronunciar deseos de lo que quiere hacerle, y ella no se resiste, permite que sus dedos manifiesten su conformidad, buscando la cúspide de su virilidad. La toma como un instrumento que transformará con su magia sus ansias en puro gozo. Efervescentes agujas de placer se clavan en su piel al ser penetrada de golpe, sin apenas retirar sus prendas, contra las estanterías de las plantas, viendo cómo algunas macetas llegan a tumbarse al hacer espacio entre ellas para sentarla entre ellas y tener a su merced su cuerpo, su cálida vagina a la que está embistiendo con fuerza, sin piedad, hasta propagar por su médula oleadas y oleadas de calor en circuitos orgásmicos que se suceden durante minutos, evaporando su condición humana para convertirla en pura energía sexual.

El la encierra entre sus brazos pero a ella esa prisión se le antoja perturbadoramente deliciosa, no quiere huir, quiere sentirse bajo su voluntad, y sentirse poseída se convierte en un estado de ánimo cada vez que enlaza su cuerpo contra el suyo, al cual quiere enraizarse y separarse jamás de su piel, de su aroma, de sus besos envolventes y su mirada volcánica.

La estruja cogiendo sus pechos, sin que el daño le moleste, haciendo que

se estremezca, al tocar su fibra más profunda, y amplía sus ráfagas de placer deslizando sus poderosas manos hacia su vientre, para de nuevo tomarla al volver a recuperar el aliento.

La pone de espaldas a él, la inclina dejando que ella se sujete en las columnas donde trepan las enredaderas y se agacha para ensalzar su vagina con preliminares de besos y caricias que concluyen en nuevas embestidas, satisfaciendo la bestia que llevaba dentro hace años deseando ser despertada para enloquecer de placer.

“Soy suya de pies a cabeza, soy suya en cuerpo y alma, cada milímetro de mi piel le pertenece desde el primer momento que me hizo vibrar y delirar de excitación.” —le confiesa a su madre al revelarle su encuentro con el jardinero al día siguiente, cuando Joanna la visita para solucionar el tema que tenían pendiente al día anterior.

—Entonces, ya no querrás que me instale en tu casa, supongo...— resuelve Joanna al verla más segura y feliz que nunca.

—Mamá... no hace falta aclararlo... pero ¿te puedo pedir una cosa? ¿Puedes llevarte a los niños esta semana?

CAPÍTULO 22

Alfred Montalván está tumbado en la alfombra. Ella sentada en una silla, con un vestido rojo que le llega de escándalo hacia la parte superior de los muslos, las piernas cruzadas, sin bragas. Él, esperando el momento oportuno en que descruce las piernas para ver parte de su pubis, intentar ver la entrada del éxtasis que seguramente estará húmeda, mojada, preparada para adentrarse en su perdición.

Ella le pasa un pie por encima de la cara, él lo chupa, le roza sus ojos, la cara, y él intenta llevar su lengua por toda la planta, por los dedos, saboreando cada centímetro que forma parte de ella.

Sus pies le aplastan como a un insecto, le hacen sentir mísero y pletórico a la vez, de merecer su placer, de saber que su entrega la produce tanto placer. Que él es su juguete en ese momento, su fuente de satisfacción, lo que le produce igualmente dicha al tener ese papel por cumplir y lo quiere llevar a su consecución,

Su mirada insolente, sus labios rojos expresando su dureza, su firmeza, su expresión orgullosa de diosa..

Después le provoca, abriendo un poco las piernas, dejándole ver la raja que asoma entre ellas, los pliegues que le llevan al paraíso, el horizonte por el que se quiere perder y no regresar jamás.

Se levanta, siente su poder, está a la espera de sus reacciones, viene, se agacha y coloca su sexo encima de su boca. Da gracias por tenerla entera, por saborear su premio, por contemplarlo en toda su extensión, se asoma mejor para abarcar con la mirada todos sus labios, la entrada jugosa que clama atención...

Se sujeta a sus muslos, roza sus medias recogidas por el ligero que se suspende desde la cintura con tiras de seda negra

Su lengua intenta alcanzar su sexo, su fragancia erótica le embriaga y

le sobrevienen unas ganas infinitas de devorarlo enterito, ese coñito tan rico, tan succulento, tan inflamado pidiendo ser debidamente follado, lamido, embestido.

Roza su clítoris con la punta de la lengua y va jugando con su punta redondeada, dando pequeños círculos alrededor, intentando ser lo más electrizante posible, de prolongar la agonía en darle placer y espera que ella le pida que introduzca toda su lengua en su vagina, que es lo que está deseando, hasta que no puede más y se adelanta, surca los pliegues y se adentra en sus palpitantes oquedades y llega hasta el tope que su boca puede dar, abarcando toda la extensión que le cabe, como si fuera la lengua su polla, follándola hasta que se corra sin piedad, con frenesí, con lascivia.

Ella presiona su sexo contra su boca, le está provocando increíbles sensaciones orgásmicas y en balanceos se frota contra su cara , atrapando su lengua para conseguir su orgasmo que va viniendo a medida que su fluidos confirman que eyacula en éxtasis de máximo gozo.

Está gozando la diosa, aúlla con locura, está desbordada al conseguir disfrutar como una leona salvaje, apoderándose del servicio de su presa.

Él bebe el cáliz de su éxtasis, su esencia sabe a lujuria de mujer, a sexo al rojo vivo, a pantera dominante y devoradora, a su dueña y señora, a su diosa, a su ama.

La adora, se somete a la esencia de su grandeza, le ha transformado con su poder de diosa. Se amolda a sus necesidades, quiere pertenecerle en las condiciones que ella decida, es todo lo que a ella le antoja que sea.

Rendido a su voluntad. Intentando ser digno de ella.

Ellos son Alfred Montalván y ella es Claudia, ahora forman una pareja en secreto, sin que nadie sospeche sus encuentros. Son libres para vivir sus pasiones, pues finalmente Joanna y él se divorciaron tras un acuerdo económico que desfavorecía a la bella italiana, pero a cambio tendría lo que más necesitaba: libertad para empezar una nueva vida.

—Claudia, mi reina, mi amor... acércate a la chimenea conmigo, por

favor.

—¿Tiene frío mi esclavo? —le pregunta ella, juguetona.

—No, pero quiero que me hagas una promesa.

—¿Qué clase de promesas?

Entonces él comienza a recitar unos mantras en un lenguaje extraño, la coge de las manos y exclama:

“Por el poder de los ancestros que protegen las huestes de su descendencia,, yo te hago pasar al círculo de inmunidad.”

Epílogo

¿Cómo murieron Alina y Frederick?

Ambos acudieron juntos al club de sexo libre “Bali” para experimentar juntos ciertas prácticas eróticas, una vez que ella se lo propuso, confirmándole lo bien que se lo pasó con aquella repentina visita sorpresa que él encargó durante su viaje a Helsinki. Una vez dentro, disfrutaron de varios encuentros con los diferentes miembros del club, y uno de ellos les propuso el juego de la asfixia, en el que , con la debida presión, lograrían obtener placer multiplicado a la máxima potencia. Decidieron compartir la misma estancia, animados por vivir las fuertes sensaciones que tanto prometía aquel individuo experto en la materia. Cada uno con distinta persona practicaron sexo, él con una chica exuberante, pelirroja, de grandes proporciones en sus pechos y caderas, extasiándole por completo, y ella con un adonis de belleza masculina, atlético, viril, musculoso, y rápido en las destrezas por excitarla, consiguiendo volverla loca con solo acariciarla con sus hábiles manos y rozarla con su pecaminoso miembro endurecido a más no poder. Al colocarles los envoltorios en la cabeza para procurar la falta de oxígeno adecuada y así conseguir el éxtasis, la cuarta quinta persona de la sala que les asistía, miembro igualmente del club, ajustó demasiado la cinta adhesiva que sujetaba el plástico, y a la hora de quitarlo, tras el tiempo que ya se consideraba peligroso de mantenerles sin apenas respiración a la pareja, le resultaba imposible. Esa persona, que

llevaba una máscara que ocultaba todo su rostro para crear una atmósfera de misterio, además llevaba peluca. Nadie supo quién fue , pero a esa habitación en la que se empeñaban en desquitar los adhesivos para que pudieran respirar Alina y Freddy , no volvió a aparecer, así como en el club nadie supo de quién se trataba pues así había entrado en el club y así debió salir, totalmente de incógnito, como era permitido para los que no querían ser reconocidos y disfrutar sin repercusiones.

La pareja se asfixiaba, los envoltorios se pegaban a sus cabezas, se metían en sus bocas al querer coger aire sin ningún resultado, los gemidos ya no eran de placer sino de pura agonía. Y como dos peces fuera del agua, se les fue yendo la vida, desnudos, intentando traspasar con sus dedos la dureza resistente de ese plástico que no cedía y les mataba poco a poco. Cuando les quitaron todo eso de encima con unas tijeras, ya habían fallecido. Sus corazones dejaron de latir, y aunque les intentaron reanimar, era demasiado tarde, no se pudo hacer nada por ellos.

Los servicios asistenciales se los llevaron en una ambulancia pero solo pudieron confirmar, al llegar al hospital, que habían muerto asfixiados.

Por petición de la familia de Alina, al conocer la triste noticia, llevaron a cabo una investigación un equipo de detectives junto a las labores de la policía, y acabaron por cerrar ese club definitivamente.

Hasta el día de hoy nadie sabe quién era aquella mujer misteriosa que ajustó demasiado sus envoltorios.

Solo se pudo encontrar en el lugar de los hechos, un rubí rojo brillante que se habría desprendido de alguna joya de su dueña, la misteriosa desaparecida.

Pero ante falta de pruebas, ni grabaciones de cámaras, pues estaban prohibidas, no se pudo saber nada más y el caso quedó cerrado. Accidente fortuito fue la conclusión del fatal destino que se los llevó por delante.

"Si alguien tiene la capacidad de hacer vibrar las cuerdas de tu alma merece que componga sinfonías en tu cuerpo, en tu mente, en tu espíritu,

haciendo inmortal cada sensación que te lleve al nirvana, a la nada, al todo..."

CAPÍTULO 23

Dedicado a todas mis amistades. No puedo enumerarlas a todas por completo por lo que pido disculpas si me salto alguna.

Quiero mencionar con el agradecimiento profundo que les profeso, a mis amigos del grupo de lectura Arde..

Andy, que siempre estás brindando todo tu cariño y amistad, y nos envuelves con tanta dulzura.

A Ulises Novo por salpicar de misterioso ingenio el recorrido de nuestra afición literaria. Gracias a Ulises he salido en Mundiario.com, periódico digital de gran visibilidad y acercarme a los lectores.

A Irina Cristina por su generosidad.

A Cristina Fernández por su maravilloso apoyo.

A Normma, por esos ratitos en los que o faltan risas y adrenalina.

A Eve Romu, por su valiosa colaboración en la promoción de mis novelas haciendo teasers y banners. ¡eres una crack!

A Susana Aguilera, por compartir nuestras lecturas con la misma sintonía, pues hemos hechouna piña sin darnos ni cuenta.

A A-R. Cid porque gracias a ella he conocido a personas tan estupendas, por darnos la posibilidad de conocer su interesante obra.

Ha sido un periodo de trabajo con la ilusión de poder transmitir sensaciones que surgen al crear secuencias, historias que se cuelan por mi imaginación para elaborar esta segunda parte de “Perversa”.

A continuación pueden ver el comienzo de la nueva entrega que saldrá en breve: **“EN TUS GARRAS”**

Traducción de “IN YOUR CLUTCHES” , novela que narra la aventura erótica que vive Frederick Valverde , célebre escritor y músico junto a Rachel, mujer que lleva una vida monótona y aburrida hasta que se conocen personalmente tras un concierto al que asiste la joven con su

amiga Mary, propietaria de un club social de sexo libertino de prácticas de BDSM.

Algunas Opiniones de los lectores que la han leído en inglés:

***** Andy García: *“Una palabra : guaoooo!! Una historia que te deja sin aliento, fuerte pero entretenido, muy caliente, que tuve que detener varias veces por el calor pero es ciertamente adictivo. Felicidades, estaba en llamas.”*

***** Dulce Landa *“Esta historia fue realmente buena, me encantan los personajes, la historia, tenía muchas expectativas para este libro, algo que me cautivaría, es algo que debe leerse. No puedo esperar para ver nuevas publicaciones de esta autora”.*

15/ 02/ 19

EN TUS GARRAS



Sheila Maldonado

Venecia

INTRODUCCIÓN

La brisa de la tarde juega con las banderolas de pequeños botes que salpican de vida las nostálgicas aguas de Venecia. En cuyo reflejo se asoma una bella puesta de sol.

Desde las ventanas del emblemático *Palazzo Martarizzo*, Rachel puede

disfrutar de una hermosa vista de las góndolas que pasan por el idílico canal. Es el hotel más reconocido, ícono histórico del arte y la cultura venecianos, decorado con gran elegancia, destilando romanticismo en cada rincón. Objetos de inestimable valor y carácter renacentista muestran la sensualidad en colores cálidos y formas delicadas. Ella está en la habitación principal esperando a Frederick Valverde, su compañero, su amante, su Señor. Cuatro candelabros presiden solemnes el dormitorio cuyas velas emiten una luz muy suave a la vez de misteriosa. Una música ceremonial surge de los altavoces situados en lugares ocultos, proporcionando una ambientación propicia a los rituales. El clima es idóneo para dejar rienda suelta los sentidos, en juegos tranquilos y relajantes pero a la vez prohibidos. Un Chardonnay está en la nevera. Hay cuerdas unidas a ganchos en las paredes y en la parte superior de la cama.

Frederick está en su casa, es dueño del hotel-palacio. Por eso se siente cómodo en su hábitat.

Entra dando pasos apenas perceptibles. Su respiración aumenta en intensidad y finalmente se convierte en un suspiro de satisfacción. Se está preparando para desempeñar su papel como Señor de la esclava que lo espera en la suite, su dominio interno está saliendo. Sus manos se cierran en un puño de anhelo reprimido. Siente que ella gemirá tan pronto como lo vea. Finalmente llega. La suite es una sala de juegos eróticos. Se para en frente de la puerta y la abre. Las notas del piano se vuelven más graves justo en el momento en que aparece ante ella. Ella lo mira, pero de inmediato se arrodilla, se arrastra hasta que alcanza sus pies y se abraza a sus piernas diciendo: Bienvenido, maestro.

—Perrita obediente, eres la criatura más bella del mundo. Veo que me esperabas con ganas. Demuéstrame lo mucho que me has echado de menos. Vamos, levántate y quítate la ropa. Después me servirás una copa, esclava. Te recompensaré con caricias si te portas como a mí me gusta.

Rachel está bajando los tirantes de su espectacular vestido negro. No se necesita mucho para deshacerse de él porque el gran escote le permite mover

la tela de seda por sus caderas y caer al piso, en sus brillantes tacones de aguja negros con una suela roja diseñada por *Christian Louboutin*.

Frederick se dirige al gran piano negro que está en un amplio rincón de la suite. Acompaña con sus notas la melodía que se está reproduciendo en ese momento.

"Súbete al piano y siéntate frente a mí", ordena.

Rachel pisa un taburete y se sube como un gatito al piano.

"Abre tus piernas ante mis ojos; necesito ver lo que es mío"

Rachel está disfrutando al ser contemplada en toda su intimidad por el hombre que más desea en este mundo.

Las piernas abiertas revelan el cáliz de su feminidad, completamente afeitado y tatuado con una Flor de Lis en el monte de Venus.

Frederick se vuelve loco al ver ese detalle en su pubis y se inclina para besarlo. Sigue tocando y esta vez la mira a los ojos.

"Acércate, Rachel"

Ella deja que él aspire su aroma, le gusta sentir cómo la acaricia con sus labios y saborea su sexo. Luego Frederick toma la copa de champán y se la ofrece.

Rachel bebe y pone su boca cerca de la de su señor, recostada en el piano. Ella vierte el líquido dorado en su boca y él lo prueba como si fuera el néctar de los dioses.

Rachel yace sobre el piano negro como ofrenda a un sacrificio. Frederick deja de tocar, se levanta y se acerca a ella. Él acaricia sus piernas, y comienza a deslizar sus dedos a través de las medias. Toma su cintura como si se tratara de una guitarra que va a tocar y empuja su cuerpo contra el suyo. Frota su miembro entre las piernas de Rachel, sin parar de mirarla.

—Dime, perra, ¿a quién pertenece su cuerpo?, Pregunta Frederick con autoridad.

—Señor, todo mi cuerpo, toda mi piel, todos mis agujeros están a su disposición. Úselos como desee, soy su sirvienta, soy un instrumento para su

placer. — Rachel se ofrece como una sumisa perfecta.



Dos meses atrás...

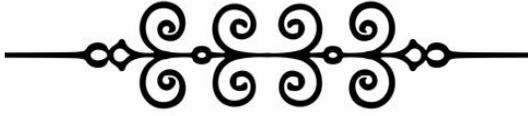
Rachel

Estoy en la cúspide de los treinta. Si estos son los mejores años de mi vida, mi vida va a ser una ruina. Voy del trabajo a casa y de casa al trabajo. Ya se sabe que si siempre hacemos lo mismo, sin suponer ningún desafío ni procuramos darnos la oportunidad de ser felices, la vida puede volverse aburrida ...

El negocio me absorbe por completo. Trato a todos mis clientes con el mismo nivel de respeto que si fueran los maestros de la escuela en que estudié : Sin confianza.

Cada cliente del restaurante es muy importante para mí. Necesito pagar muchas facturas y solo si tengo muchos clientes, puedo hacerlo. Es por eso que necesito separar mi vida privada de los negocios.

Pero como la gente no puede vivir sin oxígeno, yo no podría vivir sin sexo. Como dijo algún neuropsiquiatra, durante el orgasmo se liberan endorfinas que pueden ayudar a mejorar nuestro estado de ánimo. Por lo tanto, practicar sexo sería una buena forma de sobrellevar el estrés, pero no puedo disfrutarlo. Actualmente no tengo ninguna relación con el sexo opuesto. A veces pienso que sería una buena idea irme de putos y no pensar en buscarme novio. Total, son complicados los hombres, te acaparan y merman tu libertad. Y a mí no hay quien me eche el lazo aún .Faltaría más.



Maria, mi vecina

—Necesitas aprender a divertirte un poco.— María me dice, preocupada al verme algo amargada.

—Está bien, a ver, si tú fueras yo, ¿a dónde irías? —respondo.— Ya ves que lo que a mí me gusta es descansar en casa, mirar la tele, leer.... Ya sabes. Tengo amistades pero no me gusta molestar, ellos ya tienen sus parejas, no como yo, ¿y qué voy a hacer con ellos ahí como una arrimada?

Entonces María me invita a ir a su casa, para hablar más tranquilamente.

En la casa de Maria

—Siéntete como en casa, Rachel, ponte cómoda.

¿Cómo puedo sentirme agusto en una casa vacía? Su casa tiene pocos muebles.

—No es como lo imaginé . —suelto algo indecisa. No sé si le va a sentar mal que se lo diga.

—Ah, claro, te sorprende verlo todo tan despejado, ¿vedad? Necesito suficiente espacio para mis juegos.

—¿Qué tipo de juegos?

—Te lo explicaré. Suelo celebrar fiestas privadas. Muchas personas no saben dónde divertirse con sus propios amigos. Ofrezco mi casa y juego con ellos. Me encanta recibir masajes. A ellos les va eso también. ¿Lo pillas?

—Claro, ya me hago una composición de lugar.

—No hace falta decir que, por supuesto, lo mantienen en secreto, son discretos. Rachel, ¿qué piensas de lo que te estoy contando, sinceramente?

—No hay nada de malo en esos juegos, haya o no sexo, normal o pervertido y eso no significa que seas una mala persona. Has encontrado la manera de pasarlo bien sin hacer daño a nadie...

—Sé que las prácticas sexuales de la categoría BDSM pueden tener una mala reputación, como si se tratara de algún tipo de actividad desviada en la que solo la gente que está mal de la cabeza se enreda a satisfacer sus locuras. Algunos medios así lo expresan. Pero créeme, Rachel, hay pocas cosas que sean tan adictivas como la emoción que un dominador desarrolla en la mente y el cuerpo de una mujer o en su sumiso o sumisa. —María confiesa.

Comencé a interesarme mucho en esto...

Si quieres leer más y estás interesad@ en leer la versión en español estará próximamente disponible. Para disfrutar de su lectura actualmente en inglés:

<https://www.amazon.com/B07KX46CP2>

CAPÍTULO 25

Información relevante a los escenarios de la novela “**MÁS PERVERSA**”:

El *Castello del Carmine*, también llamado Sperone, estaba ubicado en el mar, en el área entre Via Nuova Marina y Corso Garibaldi.

Fue construido en 1382 a instancias de Carlos III de Durazzo, un soberano angevino de la época, que necesitaba un baluarte defensivo, tanto marino como terrestre, en el sureste de la ciudad.

El proyecto original incluía dos grandes torres cilíndricas, una torre más grande y las almenas reforzadas por grandes bloques de piperno.

Además, al estar destinado exclusivamente para uso militar, carecía de adornos, frescos, tapices, pasillos y apartamentos reales.

Después de haber soportado la batalla entre Luis II de Anjou y Ladislao de Durazzo (1386) y el sitio de Alfonso de Aragón, en 1484 el aragonés, en la persona de Ferdinando I, decidió hacer algunos cambios, confiando el trabajo al ingeniero Francesco Spinelli, que se centró principalmente en la extensión de las paredes y que colocó una placa en memoria de su intervención. Posteriormente, en 1512, después de una inundación, la torre principal fue dañada y fue reconstruida sobre una base cuadrada.

Otras restauraciones se llevaron a cabo en 1662 para actualizar la estructura a los nuevos requisitos de la guerra y modernizar los interiores, también embelleciéndolos.

Durante su historia, el castillo fue el escenario de algunos eventos que marcaron el pasado de la ciudad, como entre 1647 y 1648, durante el levantamiento de Masaniello, cuando se proclamó la Real República Napolitana y se eligió como la casa de Gennaro Annese. , se convirtió en un

punto de referencia para los insurgentes después de la muerte del propio Masaniello, o, como en 1707, cuando los nobles napolitanos intentaron tomar el poder al designar la "Conjura di Macchia".

Pero a pesar de su importancia, no se salvó de la demolición en 1906 para permitir la construcción de la última sección de Corso Garibaldi. En su lugar se construyeron los cuarteles de Sani, que luego se redujeron en los años 80 del siglo XX.

Hoy en día, dos torres y una parte de los muros a lo largo de la Via Nuova Marina permanecen visibles en la estructura.

Fuente:

<http://www.napoliografia.it/monumenti/castelli/castelloCarmine/castelloCarmin>

****Fuente documental sobre San Gimignano:

<https://www.lavanguardia.com/ocio/viajes/20180108/433907678569/san-gimignano-manhattan-edad-media-toscana.html>

<https://www.tuscany-villas.es/en-toscana/2015/atracciones-turisticas/museos/san-gimignano-medieval-tortura-museo>

(Museo de la tortura)

*****Fuente de Neptuno, situada en el extremo norte de la Piazza Navona de Roma, Italia, cuyo autor fue el escultor y arquitecto Giacomo della Porta en el año 1574 bajo el papado de Benedicto XIV, durante la época neobarroca-necoclasicista.

(Wikipedia)

***** Nereidas, historia mitológica de Tetis: Wikipedia.



FIN